

Miguel Ángel Olmedo Fornas

Libitina Venus

Índice

A las puertas del jardín de Adonis
[9]

Juego abierto
[10]

Identidad
[13]

Coincidencias
[17]

Deseos
[19]

Clase práctica
[21]

Una botella de buen vino
[27]

El mejor de los mundos
[57]

Aquella noche
[59]

Las fases del planeta interior
[63]

Otra vez será
[887]

Algo quiere decir, se supone
[89]

Cumpliendo órdenes
[101]

Punto y seguido
[103]

A medida del otro
[107]

Insistencia, oferta, demanda
[121]

La trilogía
[123]

Por teléfono
[145]

Vacilación. Incongruencia
[147]

Libros y miel
[149]

En medio
[157]

El arte de lo posible
[167]

Imprevisto por partida doble
[169]

La ninfa de las fuentes
[171]

Las cuatro y media
[173]

Hotel
[175]

Una historia con solera
[185]

El amor conveniente y el otro
[187]

Dos
[197]

La vida conveniente
[199]

Paisajes
[217]

Desde lejos
[237]

Flora y fauna
[243]

Juego, juguete
[247]

Los colores del aire
[259]

Marte y los objetivos comunes
[263]

Cuando sea mayor y tenga dinero
[273]

Amores, enroques
[279]

En la calle hay un hombre que ya se iba
[283]

La oración por pasiva
[285]

El pensamiento nómada
[287]

La clienta propone
[291]

El censo de los impertinentes
[293]

Un susto
[301]

Burbujas
[303]

El botón mágico de la diosa
[309]

A LAS PUERTAS DEL JARDÍN DE ADONIS

la diosa de la belleza Venus murmura a una anémona de los bosques las efímeras promesas que regalará al enardecido amante. Joven, idealizada y altiva, viste de sensual transparencia y luce las joyas más vistosas que amores y amadores le han ofrendado. Venus gusta del amor y del halago. Venus tiene el apetito despierto.

Es una espera en balde la de Venus.

Este es el jardín de Libitina. Un jardín de imperecedera placidez, tenue colorido y comedidas fragancias vegetales.

Venus, contrariada por el imprevisto, acude al templo en mitad del jardín a saciar su innata curiosidad.

Antes de llegar al singular edificio, trazado de panteón, en la enmarañada sombra de un olivo longevo la atiplada voz de Libitina, también diosa, también venerada, detuvo el contoneo de la apetente bella y deseada.

—Yo soy antes que tú.

Venus asintió con levedad y caída de párpados.

—Es obvio, mujer.

—Mi nombre es antes que el tuyo entre vivos e inmortales. Yo he sido creada antes que tú, mi lugar aquí es anterior al tuyo y mi leyenda precede y anticipa la tuya.

Venus encantadora, persuasiva, candorosa, pide a Libitina que lea en el futuro.

—Lo que quiero escuchar, venerable madura.

Juego abierto

Las clases de Moncada, y en menor medida las de Gámiz, empiezan con juego abierto. Es el nacimiento para los impelidos por la atracción del vacío y su valedor significado: a ver quién se atreve a más, a ver hasta dónde llegamos, protocolos al margen. Lo sustancial es el juego, el desarrollo de la partida allí donde se engendra. Las clases de Moncada, y en menor medida las de Gámiz, recuerdan la formación del Universo.

Hubo un inicio, cerca y lejos, hace quince mil millones de años en cifra redonda. Hace mucho tiempo de esta génesis científica que avala o justifica o encauza todo el desarrollo posterior. A lo mejor el críptico *al principio fue*, tuvo lugar aquí mismo o donde cada cual prefiera, en un momento parecido a este, con un número de actores reducido —una bagatela si se observa la descendencia—, con la idea connatural de elegir, ocupar, acondicionar, extender, crear, utilizar, reproducir y gobernar. *Al principio fue...* la erección de todo lo demás, y así ha pasado a la historia a falta de mejor referencia.

Cabe pensar en el Tiempo —el dios tiempo— como un verbo indeclinable, reflexiona Moncada. Hay un comienzo que perdura por expansión, que da a entender, si se piensa en ello —lo cual es optativo, a no ser que se asista con regularidad a las clases de Moncada y esporádicamente a las de Gámiz, a no ser que la alumna sea Susana ejerciendo de alumna expansiva—, que ante esta partida la apertura en consonancia es la abierta.

Aunque tal aseveración, como lo demás que sucede en el transcurso de cualquier partida, sea opinable. El juego que propone Moncada elude los límites y las limitaciones, es beligerante con la desidia y el oponente de turno. Moncada ha requisado las demás aperturas, pero Gámiz las muestra porque transige con las comparaciones: abiertas, semiabiertas y cerradas.

La partida que juega el Universo con el único rival que se presta, asegura Moncada, registra una apertura abierta: P4R; la réplica es la conveniente: P4R.

Moncada es un mal jugador. Un jugador que por desfachatez renuncie a las múltiples combinaciones ofrecidas por el juego, ya desde el inicio, que no sea capaz de comparar, prever y replicar movimientos, es un mal jugador y un déspota que defiende y ataca a saltos de pieza equina, un osado y un maniqueo. Gámiz es un buen jugador en el tablero, de esos que no acaban las partidas materialmente —como un juez aburrido de argumentos antónimos y de testigos direccionados que percute maza y eclosiona sentencia al primer atisbo fehaciente de luz—, abandona, propone tablas o explica didácticamente lo que va a ocurrir en cada línea de juego; considerado con los peones y gentil con la dama, sus aperturas son aleatorias: P4D, P3CR, P3CD, C3AR, P4AD. A juicio de Moncada meros silogismos de quien apuesta por la conclusión del juego como objetivo del jugador; poco gratificante, reprueba. A su modo, también remarcado en la pedagogía, Moncada auspicia, propone, exige. Y Gámiz, ortodoxo de la docencia, renacentista de adopción, algunas veces atiende a esa urdida novedad sin apartar la mirada de donde sólo él sabe la tiene posada, pinza el aire con dos dedos de su mano diestra y los conduce a la posición de juego abierto. Son partidas jugables a distancia del tablero, las partidas

preferidas de Moncada, las que recrean un cosmos cuajado de ígneos signos de interrogación.

Identidad

—En alguna parte he leído que, en esencia, somos polvo de estrellas.

Al deshacernos generamos polvo, una nube de polvo si se agitan los restos, si se trasladan de interior de féretro a exterior de tapa, también de urna metalizada a horizonte ambivalente. Es polvo claro y oscuro, según incida el foco de luz.

—Con ese polvo universal e itinerante, además, se siluetea y se recubre la memoria. El artista cósmico e itinerante lo utiliza, antes de solidificarse, para marcar sobre tablillas de barro, piedra o madera el paso cíclico del tiempo, en series de calendario solar y lunar. Una tablilla, un acontecimiento; y así sucesivamente. El artista universal e itinerante repudia los palimpsestos.

—¿Y si sopla viento noroeste de fuerza tres antes o después de la metódica tarea?

—Cuestión de recurrir al registro correspondiente: día, mes y año; de allí hasta aquí. La historia domiciliaria a salvo de turbulencias locales, reacciones termonucleares y emigraciones masivas.

La Primera Ley del Sentido Común avisa: conviene aprender del que sabe.

Aquella noche, próxima al reverberante solsticio de verano, tuvo algo de génesis, de primer impulso; quizá porque a las ocho y media soplabla viento levante, que en sí mismo relata los preliminares. Es viento pícaro y mimoso, que se deja invitar, desborda la amabilidad de la acogida

y al cabo remolonea con las ruedas de los vestidos holgados, las corbatas sin alfiler, los faldones de las chaquetas, las pestañas postizas y la textura untuosa del cutis. A eso de las nueve, por alternativa de la rarefacción, convalidó el viento levante en bochorno, avanzada de una estación afirmada sin miramientos hacia el calendario, que imprime malestar y en algunos casos confusión y hasta pasmo.

Susana fue puntual. El coche de color blanco lucía impoluto y refrescado. Los cristales tintados ocultaban a la conductora, su abultado bolso de tela y un comparsa bicolor obedientemente acostado en la bandeja portaobjetos. Por si acaso la persona que debía aparecer a partir de los próximos diez minutos no era tan resistente a los imprevistos sofocos climáticos como ella, Susana había activado el aire acondicionado, moderadamente, no fuera el remedio peor que la enfermedad. Esperaba a una mujer, se lo dijo su hermano, el hermano responsable de las contrataciones y anejos económicos, e intuía, por delimitación, la dignidad laboral y el carácter consolidado de sus ulteriores demandas. Susana supuso que la clienta aceptaría de buen grado compartir trayecto y habitáculo con la escolta de vientre gris perla y lomo azul mar profundo, si por casualidad la descubría.

El acompañante que Susana acariciaba con el lirismo mitológico de *Dánae recibiendo la lluvia de oro*, obra pintada por Tiziano, es del tipo ballena feliz; se conocieron en la rúbrica de una transacción financiera ordinaria.

—¿Hay alguna criatura en la casa?

—Sí.

—Entonces le hará gracia este obsequio que destinamos a los futuros clientes de nuestra entidad.

El gestor bancario colocó encima de la mesa la mascota de peluche; el anagrama del banco descollando en la aleta caudal.

—¿Qué edad tiene el niño o la niña?

—Veinticuatro años —contestó Susana sopesando el arco de sonrisa del animal—. Yo soy la criatura de la casa.

Susana salió a la calle con la ballena dentro de una bolsa de plástico reciclable. La idea de incorporarse a la clientela de aquella sucursal fue de su hermano, el hermano de las ocurrencias plausibles y las relaciones productivas del negocio en el que participa por gusto o necesidad, según avatares.

—No hay que limitarse a un banco; la fidelidad no se rubrica en un único documento.

La madre de Susana es mujer con sesenta y ocho anualidades a costas, con una sola incertidumbre durante el recorrido: la inclusión de Susana en el libro de familia.

—Cuando correspondía, y las cosas a su tiempo, no jugabas con tus muñecas.

—Un palmo de tacto suave, a contrapelo hace cosquillas. Es un regalo para la niña de la casa, deferencia hacia unos clientes que suman.

—Razón de más para obrar con cabeza.

La madre de Susana tiene muy presente la edad de su hija, su marido y la fámula, no así la de sus hijos varones o la de ella misma. A los veinticuatro años una mujer hace mucho que debe ser adulta en el orden familiar y social, y no acomodarse entre lisonjas a la amplia envergadura paterna, de fácil y recurrente contento. La madre de Susana, que presume de verlas venir de lejos, asidua a la muletilla “ya te lo decía yo” —en cualquier caso es muletilla más amable que “ya lo sabía yo”—, elude a conciencia el plano intelectual, precisamente el más afecto a su hija y al padre

orgullosa y complaciente ante las diferencias, por no estimarlo dirimente.

Susana da unas cuantas cosas por supuestas. Por ejemplo, que las mujeres con las que se identifica —todas desconocidas para el gran público y de pensamiento nómada— relabran a diario su intuición hasta elevarla a la categoría de buen sentido; por ejemplo, que las mujeres anónimas de pensamiento errante desestiman lo previsible en favor de una oportunidad al ingenio, un lance de vida, una cita de puerta grande a puerta pequeña.

A diez minutos para la hora fijada, de ineludible cumplimiento por parte del servidor, Susana observaba el pasillo que recorrería la clienta hasta sentarse en el coche, intuitivamente la bosquejó de vestuario a peinado y bolso, maletín y neuma. Pensó que no diferiría apenas de lo elaborado por su imaginación, aunque a esa hora el maletín o similar bien pudiera ser eliminado de la viñeta. Susana le ofrecería dos periódicos de gran tirada y tratamiento informativo dispar, o en su defecto, de así solicitarlo, resumiría a la manera oral y en tono neutro las incidencias sociales, políticas, judiciales y económicas más destacadas del día; cortesía de la parte contratada.

—¿Cómo llamarás a la ballena tragaperras?

Susana concedió sexo masculino a su mascota; lo de ponerle nombre ni se le pasó por las mientes.

Coincidencias

La clienta se llama Elisa y ha cumplido los treinta. Demasiadas veces a lo largo del año, cada año desde hace unos cuantos, le castigan los oídos voces harto conocidas con aquello de que el tiempo vuela, parece que fue ayer, a la que nos percatamos ya es tarde. Es un canto coral que la flagela, por supuesto bienintencionado, con esos eufemismos y otras lindezas familiares —la de reticentes y monocordes que llegan a ser las proclamas de los que se reúnen esporádicamente—; puyas de las que su hermana se libró optando por una vía pavimentada hace siglos, remozada época a época. Seguramente, piensa Elisa, a su hermano el coro que teje en color de rosa le alcanzará de refilón, o ni eso. Al hermano de Elisa le quedan años y experiencias por delante antes de dar pábulo a lo que de él se incube en el intramuros. Elisa y su hermano se llevan catorce años, Elisa y su hermana, dos; a Elisa y al retrato que de sí misma observa en cada evaluación les separa la pulsación de un botón multimedia.

La distancia, el arte de la distancia, la conveniencia de la distancia. Diego, el evanescente recurso de Elisa, refunde la mutua experiencia en un aforismo: Todo un logro conseguir distancia sin separarse. Diego se refiere a la valoración pormenorizada que del uno hace el otro, al significado del paréntesis en el texto; lo demás, recalca, le trae sin cuidado.

A Belo J., el novio de Elisa, le trae sin cuidado lo que no le concierne. Belo J. es novio de Elisa con todos los pronunciamientos de un entorno envolvente como sábana

de hilo bordada por la costurera más diligente de la abuela, las iniciales entrelazadas. Se sabe que la pareja contraerá matrimonio, hace tres años el enlace fue libremente pactado por ambos y desde el compromiso Elisa, en el papel de acogida futura, frecuenta los hogares en tierra y amarrados del clan de su novio.

El padre de Elisa bendice el noviazgo y maldice el preocupante retardo en poner una fecha, cercana, para la boda. El casar a Elisa con Belo J. trasciende la frontera del deseo. Hay un peligro en ciernes, la estirpe de los Belo J. es codiciada y escasa. Los especímenes del estilo de Diego —por poner un ejemplo de proximidad y percepción— dominan el panorama allá donde se mire, aunque cuantitativamente sean menos los ejemplares, y sin numerar. El padre de Elisa, que presume de verlas venir de lejos, teme a los tipos refugio, a la meditación trascendental acodada, a las segundas opiniones en un foro doméstico y el pensarlo dos veces o más en aquello relacionado con los sentimientos. El padre de Elisa sufrirá de tembleque náutico mientras la empecinada soltera no desamarre la barca del bolardo.

Por el contrario, Belo J. y séquito pasan las páginas del relato prenupcial con la parsimonia de quien da por hecho que el tiempo es domeñable mientras la fertilidad se avenga a garantizar lo que se le supone.

Deseos

Que pase algo, a ser posible agradable y querido. Entonces, si se cumple el deseo, parece que eso es lo normal, lo que debía ser, la consecuencia lógica de una decisión atinada. Parece normal que las historias personales se desarrollen entre un principio, a la carta, y un final que dé razón a lo empezado.

La Primera Ley del Sentido Común deja entrever: cualquier historia carente de principio así mismo carecerá de final.

Susana, confabulada con el interruptor cuando está sola en casa o en el coche, hace lo que puede por negar e impedir el principio de lo que va a ser una partida acreedora de ser jugada desde distintas posiciones. Susana asiste puntualmente a todas las clases que imparte Moncada desde que decidió matricularse en su curso, atraída no a partes iguales por el continente y los contenidos, referencias suficientes para el voto de fidelidad; no toma notas, nadie toma notas en las clases de Moncada. A Moncada le disgustan los calcos en libreta. Moncada apuesta por las anécdotas que recalán en el escuchante como fuente pedagógica. La vida según Moncada es un cúmulo de anécdotas, propiamente asentadas, a las que se recurre ante situaciones presuntamente reversibles.

—Lo que se recuerda y posteriormente se explica bordea la invención.

—O sea, yo, me pongo como ejemplo, no estaba allí, no vi lo que vi, yo no era yo.

—O sea, que lo que ha pasado puede que sucediera como más o menos se cuenta o como me gustaría que hubiera ocurrido.

Las anécdotas cincelan surcos en el cerebro; las anécdotas surgen de la curiosidad que antaño fue virgen; la curiosidad, satisfecha o casi, guía hacia las aguas del estanque, a un punto cualquiera de la superficie, cualquier punto es el centro desde el que se desovillan las intenciones, sinuosas, centrifugas, luminiscentes a parpadeos.

Clase práctica

Las clases de Moncada, y algunas de Gámiz, se complementan en lugares como el local de R. Comodín.

“Los espacios desbrozados por mis amigos son mis hogares”, dijo en una ocasión Moncada, sólo una vez para no despertar alarma social; los docentes deben atemperar su verbosidad.

—Sin debate previo observaremos el microcosmos a la vera de las paredes del jardín. Experimentaremos al tacto en el fluido vital, seremos cobayas inducidas por el centelleo del botón. Esta noche será propicia para el afán científico —sugirió Moncada, concediendo que el misterioso atractivo de su propuesta motivaría a la mayoría de sus alumnos.

Esparcida la noticia consiguió alistar a siete audaces, y Gámiz a tres; en total diez convencidos. Susana estaba convencida de recibir a cambio de su concurso más respuestas que preguntas.

—¿Te sentirás contrariada, tal vez frustrada, engañada, te sentirás manipulada si sucede lo contrario?

Susana, escarbando en los recursos, echó mano de la anécdota: “Mañana podré decidirme entre cómo ocurrió y cómo me hubiera gustado que ocurriera”.

A eso de las once entraron de a dos en el local, Gámiz con Moncada en vanguardia, Susana y su electo par de odisea didáctica cerraban la comitiva. Quedaba inaugurada la temporada de prácticas. En sordina y sin mirarla, él opinaba que en esas circunstancias esperaba poca réplica del botón lúbrico, a lo que ella, en susurro y mimética

posición corporal, opuso que el concepto que tenía respecto del botón era erróneo.

—Es un interruptor replegado, pequeño y esquivo, pero no tanto como se advierte, y lo que activa depende de un dispositivo de uso simple en manejo circular o lineal, de abajo hacia arriba y de fuera hacia dentro.

—Eso pase en el nivel de la información, que en el de los sentimientos dista un abismo —deslizó él masajeándose el cuello y la barbilla con el dorso de la mano.

—Bueno, vale, en el nivel de los sentimientos una charca de agua pestilente equivale al pozo de los deseos.

—Esa es la medida de un abismo.

El cuello del replicante copia una plantilla utilizada en delineación, o una gorguera planchada y almidonada sosteniendo una cabeza rijosa. Susana decidió la primera semana de curso incluirlo en el catálogo de posibilidades. Susana tiene mucho en que fijarse cuando no destina toda su atención al devenir de Moncada por el aula. Moncada pasea su didáctica con muchas tablas. ¿Qué vendrá a continuación: otra anécdota, la Revelación según el maestro, una simple vivencia, un apéndice a la curiosidad del observador impenitente, una fruslería catapultada al estrellato por el patrocinador de la velada? El alumno de cuello levantado y manos seductoras tiene nombre, como todo lo creado, descubierto y modificado por el ser humano; a juicio de Susana es un nombre inmerecido, un error tipográfico, neoplasia registral, un flagrante abuso de confianza merecedor de unánime repulsa e inapelable condena al ostracismo.

Susana propende al exceso y al derroche de bilis ante la distorsión evitable. Era así mucho antes de matricularse en el curso de Moncada, ya era así con todo el mundo de niña e iba por la calle de la mano de padre o hermanos. “Es la

niña de la casa, a ella todo le está bien, le gusta figurar, ha nacido con ese monopolio.” Ahora se le ha acentuado, por lo que en vez de traslucir su parecer a la manera lánguida y concisa del testigo explicando el dislate, venga o no a cuento lo propala a los cuatro vientos precisamente cuando éstos arrecian.

—¿Dónde se inscribe una para integrarse en el censo de los impertinentes?

Todo a su tiempo.

Puerta a puerta, en fila ordenada y fisgona accedieron al publicitado local de R. Comodín. Ya eran personajes de escena y espectadores y tramoyistas también, así lo declaró Moncada ante la desdeñosa, pero educada y gremial, actitud de un Gámiz renitente a los histrionismos. Susana se rezagó unos pasos del resto, dio una vuelta sobre sí misma y examinó el sibilino juego de luces y las sombras esparcidas de techo a suelo y entre el octágono de paredes.

En el espacio a cubierto de R. Comodín la luz es hiladiza, dorada, tañida por el capricho del creador, como lluvia fina descende del diseño abovedado del techo; las sombras son del material de las nubes, algunas claras otras oscuras, y decoran con tibieza las ocho paredes y dieciséis perchas de pie; la iluminación es incidental, como la música de *La ópera de perra gorda* de Kurt Weill o la obertura de *Egmont* de Beethoven, y sólo revela aquello que quiere verse o quiere sentirse, como la agostada fronda combada y el despojado de atavío seno derecho de la extática *Dánae* pintada por Jan Gossaert llamado Mabuse.

De puerta a puerta, Moncada condujo a la comitiva hasta el recinto exterior, o jardín, al fondo y a la vera de las paredes y los heliotropos el estanque comenzó a reflejar a los circunspectos aspirantes a Pléyades. Con discreta mímica Moncada aunó las individualidades frente al in-

consútil manto de agua. El objetivo era que al final de la sesión, experimento o anécdota, llegaran a creer que la presencia conductista del proponente no resultara indispensable. Uno de los objetivos menores era que progresivamente los títeres ignoraran al titiritero, mejor todavía si desechaban la idea de que alguien les había dirigido la voluntad con el poder seductivo de su fama.

Susana sacó del bolso su gorra de tela y comenzó a manosearla mientras observaba al maestro de ceremonia con la ambigüedad de quien participa, a modo de cronista, en la solemne iniciación de los discípulos. Dudó unos instantes sopesando la expectativa del corro, pero al cabo se encasquetó la gorra y el instinto de Moncada le dirigió una mirada.

—¿Habéis vaciado los cuévanos? —preguntó Moncada—. ¿Estáis de pie, tendidos, con las piernas flexionadas? ¿Dónde tenéis las manos? ¿Habéis desplegado los dedos? ¿Qué notáis ahora?

Sólo estaban ellos en el jardín presidido por el estanque y la voz de Moncada. Susana notaba la ausencia del enigmático R. Comodín, no parecía que fuera a presentarse más tarde que temprano en esa primera visita a su feudo. Moncada despertaba en ella un deseo de nuevo cuño.

Susana se propuso conocer a ese tipo loado por Moncada.

—¿Os veis reflejados? Avanzad hasta el borde, inclinaos y mirad. ¿Todos continuáis de pie?

Helaba. A finales de noviembre suele hacer frío. Había algo perverso, quizá obsceno, en la voz de Moncada. El frío confraterniza. Los unos se arrimaron a los otros. El recelo y el frío activan el mecanismo de complicidad entre la gente implicada en un mismo asunto. Susana sintió el húmero arropado de su compañero, luego el codo forman-

do ángulo obtuso, luego el antebrazo raspador, la legra curva en las proximidades. Susana, jalonada de curiosidad, había inclinado su columna hacia él y también hacia la adormecida superficie, todos miraron en el espejo líquido la imagen reflejada del semejante y con prevención la propia. Todos menos Moncada, el maquinador, y Gámez, el escéptico ortodoxo, desaparecido físicamente de aquel escenario para adueñarse del siguiente bajo techo.

—Vamos, primero el que quiera, con el dedo frotar y hender —Moncada trazó en el aire la acción—. Frotar y hender, es una operación trivial. Alguien fue el primero y los demás procedieron según el esquema previsor de accidentes: entrar despacio, prudente; salir ligero, cauto.

Moncada no había dicho nada de sacar el dedo, pero se daba por supuesto. El agua estaba fría, hasta para un dedo avisado. Insistió Moncada en el experimento, perseveraron los voluntarios. Los rasgos de cada curioso cómplice en la escaramuza nocturna se distorsionaron levemente adheridos al movimiento ondulatorio, a lo mejor también las intenciones fueron habilitadas en el mismo trance. ¿Qué pretendía demostrar Moncada? El compañero de Susana arrugó la lámina en un área que a ella pertenecía por territorialidad. Fue como una indicación que otros se apresuraron a imitar señalando la estampa contigua, deformando al compañero. Susana y su pareja posicional, imbricados los respectivos antebrazos, atendieron la incitación visual del maestro hendiendo repetidas veces la cara del estanque hasta perpetuar las ondas, las espirales y las distorsiones. Algunos introdujeron más que un dedo, más que una mano.

—Al viejo estilo; una vez no basta.

El agua estaba fría, pero cada vez menos. A fuerza de intentos podría darse con el escondrijo del botón. La

heladora noche por encima de las cabezas reclinadas no invitaba a seguir zambullendo el dedo, la mano y antebrazo, pero como en el juego era preciso pulsar en la diana y había interés por llegar al final nadie rehusó la comedia. Por allí debía estar lo que buscaban, saltando de ondulación a ondulación, de esquina de estanque a pies de Moncada, de jardín semicubierto a rincón techado de Gámiz.

—Y bien, ¿alguna conclusión?

—Que somos unos críos jugando en la playa de un invernáculo de hojas abiertas.

—Que desde esta perspectiva la controversia entre arriba y abajo y de dentro afuera es una minucia.

—La pértiga, o sea, el impulsor, mientras aflora, chorre y se hunde, proceder ciclotímico, deja tras de sí y para la memoria el rielar de una onda de foco halógeno. No le niego encanto y leyenda al reflejo artificioso.

—Que no recuerdo por qué lo estamos haciendo.

—Que se está mejor con el dedo metido que dejándolo secar a la intemperie.

—Me doy por satisfecho.

Una botella de buen vino

El retorno. A la estela de Moncada se reunieron con Gámiz que acababa de pedir una consumición. Los alumnos ocuparon sus respectivas localidades en la parcela escogida. Susana se situó premeditadamente fuera del alcance visual directo de Moncada y junto a su compañero de feo nombre —cómo se puede tener tan mal criterio al elegir, y para toda la vida, y aún más allá si el bautizado recalca en los anales de la historia que sea—, escorada hacia la experimentación a doble vertiente: ciencia y ficción, hormigueando los dedos de la mano y el interruptor recubierto de una fosforescencia tenue, cálida y gratificante.

—Ha sido aleccionador el chapoteo —dijo alguien del grupo mientras los demás pensaban en lo que iban a pedir a la camarera que se aproximaba con una botella de vino.

—Yo creo que hemos engañado a la expectativa.

—Eso suena hueco. No hay engaño si media consentimiento. Yo confieso, señor fiscal, que lo he permitido.

—A ti te hipnotiza una voz, no necesitas más; hasta ti se accede por la voz y luego dices: “He consentido, estaba de acuerdo”.

—Sí, nos hemos divertido.

—Sí, hemos engañado al frío, porque afuera hace frío. Me he llenado de vaho.

—¿Es así como suena el agua por dentro, a hueco, a vaho?

—Así suenan los humores que van a parar al sumidero.

La camarera presentó la botella, la descorchó con estilo de alta escuela y sirvió el reserva equitativamente en las

dos copas previamente asignadas. Ésta para Moncada, aquélla para Gámiz.

—Flujos al albañal. Quisiera creer que esa es una frase prosaica, pero no lo es.

—Indecentemente acertada la frase.

Susana se hizo a la idea de que a ella le bastaba un suspiro húmedo y un brazo animado para hollar los confines del microcosmos. El aliento del estanque enfilaba hacia la puerta del invernáculo tarareando una melodía acuática. ¿Es así como suena el deseo?

—Nosotros tomaremos lo mismo —dijo su compañero a la camarera, apuntando con dedo firme a Susana—; pero de otra botella.

Susana sintió que la tentación emergía desde ese flanco y con el mismo compás merodeaba la puerta que aísla del jardín. Un reserva distingue. La tentación había acordado la estrategia con su deseo, dejarse llevar era fácil, divertido. ¿A ver qué me propones? ¿Hasta dónde vamos a llegar?

Gámiz compuso un semicírculo discipular hablando de algo tan genérico, apetecible y controvertido como los deseos; Moncada modeló otro parecido y complementario al de su colega refiriendo un intrincado esbozo de experiencia personal. En un extremo de la improvisada otomana, Susana recorría con teórico candor la distancia entre el techo y la irrigada curiosidad del grupo. Pudiera ser así la eternidad: a media luz, a media consciencia, puertas a medio abrir o cerrar, puertas que no acaban de abrirse o cerrarse. Pudiera ser que la perdurabilidad fuera la unión del todo con la nada, otro híbrido que se imagina del mismo color con el que se recuperan los sueños.

“No dejéis de hablar en mucho tiempo. Solicito, reclamo, un viaje exhaustivo por el país del ocio.”

GÁMIZ: El almacén, envoltorio poroso, deseable por momento y circunstancia, se vincula a estéticas modales y a signos externos de afirmación. El deseo perturba el sistema de representación, el deseo es un medidor ambivalente y conflictivo. El observador con sus manejos, apreturas e inercias, altera el objeto observado. Formamos parte de una organización social adoradora de las mediciones, las ambigüedades y los conflictos...

MONCADA: Una calle arbolada, concurrida, ancha. En esa calle antaño más notable radicaba la casa de postas, un edificio bicentenario de tres pisos que además de vivienda ha servido como museo paleontológico comarcal, sala de arte, casino y taberna. Hoy es un pintoresco bar distribuido en planta y media que concilia cronología y tendencias. Entré, saludé al camarero, dije por decir: qué de sol hace hoy, giré hacia la derecha y ascendí al primer piso por la empinada escalera. Una vez arriba me desvié de la senda que conduce a la que considero mi mesa —cerca del balcón que da a la calle, con su añosa puerta de madera color marrón oscuro con postigos— para cerciorarme de que estaba solo, me deslicé hacia la cocina y alcancé el frigorífico. Me atraen los frigoríficos porque me seducen los contrastes y las cavidades frías y oscuras...

SUSANA: Soy Venus...

SUSANA: Venus posa para el artista. Venus retratada por enésima vez, infatigable prototipo de supuestos ideales. Venus la inmortal. Venus es mujer y es femenina; es mujer de mirada periférica; es mujer femenina, inteligente y romántica. Ella, la mujer que el artista escoge como modelo, la mujer del cuadro es Venus, y yo ahora soy ella...

MONCADA: Cavernas y frigoríficos guardan misterios y sorpresas. En el frigorífico inventaré las existencias: pescado, verduras y hortalizas de consumo diferido, fruta madurando al amor refrescado, huevos, lácteos, agua y zumos. No descubrí el mundo tras la frontera de línea blanca porque para eso hubiera debido situarme al otro lado, quiero decir al otro lado de la puerta cerrada, hasta quedar aterido o inoculado contra el frío artificial, hasta convertirme en un pariente de aquellas criaturas nutricias. Y luego, de regreso a este lado, poder revivir la experiencia desde la atestación...

GÁMIZ: El intensivo cultivo al culto, el predominio transnacional de lo accesorio. Lo accesorio, aunque no siempre, puede considerarse superfluo, innecesario. Lo accesorio no es lo principal, pero embellece, honora, califica. ¿Es esta una socialización falsa, falseada, falsificada? Esta es una sociedad de consecuencias, civil, mercantil, laboral, política, procesal, codificada e impresa, arbitrada en asambleas, mesas de convenio, consejos de administración, departamentos tecnológicos; redimi-

da en el lucro y en la cohabitación de emociones y sentimientos catalogados en cuatricromía a medida que, aprobada la oposición, ocupan plaza interina hasta nueva leva. Hidra encantadora, marca registrada...

SUSANA: Venus ataviada con un peplo. No, me confundo. La ropa que me viste es una túnica brocada. La cuña del escote perfila con recato, la lascivia se instala en los tobillos y en lo que insinúa la exquisita protección. Venus crea y bautiza el mundo. Venus nacida de la imaginación. Venus expele su aliento de jardín, crea y bautiza a Marte. Le conviene a Venus acompañarse. Marte es nombre masculino, nombre para hombre, para el hombre que gusta a la femenil Venus. *Venus, Marte y los Faunos*, de Botticelli, es el cuadro preeminente de entre los expuestos en la galería del deleite privado. El arte es un accesorio exquisito. Marte duerme acuciado por el cortejo de pícaros, intencionados Faunos; en rigor aliados de Venus...

SUSANA: Marte se despereza. Nace a la conversión. A sus oídos llegan diversas voces y un canto. Marte expulsa el letargo y ya sabe lo que le corresponde por legado genético. Tiende una mano hacia la mujer, tiende la otra hacia la puerta del jardín que es aliento de Venus...

GÁMIZ: El hombre —voluntariamente dispuesto el género en sentido inclusivo para evitar

fragmentaciones innecesarias— recuerda a ratos su necesidad natural. Los estímulos ayudan. A ratos vislumbra su individualidad amontonada en los anaqueles de la oficina de correos, a ratos se solaza en la multitudinaria partida de las inversiones; una gratificante concesión a la anarquía...

SUSANA: Marte insuflado por el deseo convoca a la mujer ambicionada. Es una requisitoria mímica. Pronuncia un nombre, decreta el lugar, revela su anhelo. Marte tentado, a plena disposición de la conducta primigenia, tiene que saciar su apetito sin demora. Venus entorna los ojos...

MONCADA: Sentado a mi mesa. Todo a la vista, en cuanto a marco se refiere, era conocido, cómodo de mirar, de fácil inventario. Era un mundo ceñido a la memoria, cada cosa en su sitio y cada cual, arriba o abajo, a lo suyo. Aunque faltaba algo. El camarero subió al ático de los excéntricos, nunca le escuché la menor queja, ni a él ni a los peldaños. Los clientes de la planta superior dejamos buenas propinas y honramos con nuestra simpatía y aprecio el sacrificio, nos responsabilizamos de las eventualidades. Cuando el camarero está solo y desplazado suena el teléfono de la planta baja. En mi caso, a la excentricidad se une la trashumancia, sin embargo conservaba en su memoria mi fisonomía y el imprescindible añadido que por prescripción había memorizado. La memoria es generosa con los ejercitantes. Depositó en la mesa los consabidos cua-

dero y bolígrafo. Mi amigo, mientras se hace esperar, alancea la agudeza de quienes supone sus amigos, hay que redactar un manifiesto de impresiones, onduladas o rectilíneas; es una concesión a esa amistad que tantos y tan variados aspectos aglutina y una donación al coleccionista de rarezas. Sonaba el teléfono cuando el camarero y yo concluíamos una somera conversación en torno a banalidades; era lo menos que podíamos hacer el uno por el otro, habitantes del mejor de los mundos conocidos. Antes de interrumpirnos la señal acústica, y dado que en la planta baja a esa hora de tránsito la ausencia momentánea del camarero era dispensable, trasvasamos más diálogo del ritual. He de admitirlo, andaba yo remiso a la introspección. Afortunadamente el teléfono nos recordó la posición de cada cual en el único mundo fehaciente, pudo escapar del cerco indemne. Era de justicia. Lo siento, debí decirle, agradezcamos la llamada que nos ha salvado de un servilismo humillante. Lo siento, mi inteligencia se ha quedado junto al teléfono...

GÁMIZ: Anticiparse al deseo. O modelarlo a supuesta conveniencia. O experimentar en el trapicio. O anularlo. Limitar la tendencia al desorden creciente. Medir toda sensación. La sublime parcela de las contradicciones. Un deseo anticipado a su circunstancia, al motivo que lo crea, estimula o condiciona, es una inversión del cauce por el que se supone discurre. ¿Qué fue primero: el deseo, el cauce

o el estímulo? Un deseo racionalizado es una pretensión contractual...

MONCADA: Cobijo para bohemios y asonadas, es un decir, compréndase el término, en la planta superior, apéndice de sala de estar para individuos de extracción iconoclasta aludidos en sononete de pies y peldaños: arriba y abajo; ya voy, ya vengo. Para el camarero yo debo ser un fósil de desván, una pieza de caza en la vitrina. Qué coincidencia: la llamada era para mí. Mi amigo se retrasaría unos minutos, pero ya estaba al caer. Lo siento, debí decirle otra vez, todavía no aparecen en el mercado los teléfonos móviles. No tardará en llegar, repitió el camarero dándome la espalda, es cosa de poco tiempo. Empecé a hacer planes para la espera delimitando la frontera temporal: un cuarto de hora, media hora, una hora, la hora de la cena, la sobremesa, hasta que el teléfono decidiera por mí. Allá abajo, en la calle, los árboles pasaban calor, un calor asfixiante, algún talento en nómina del estilismo urbano saludado *urbi et orbi* decidió cubrir los alcorques con adoquines, la ranura de una hucha para beber el agua de lluvia y la del riego concertado; un grito angustioso el de los árboles y sus abogados. Me alcanzó un grito, quiero decir otro grito, proferido a larga distancia, quiero decir en la calle, por una mujer desmochada. Asomado al balcón apenas la distinguía, vestido de oscuro premonitorio, ni a ella ni al portal del que salía y entraba llevándose las manos al cuello y al estómago.

Las reiteradas peticiones de auxilio de la mujer recibieron la pronta solidaridad de vecinos, curiosos y viandantes; “no sucumba al pánico”, ella sintetizaba la tragedia a todo samaritano que se acercaba a recabar información. Lo que indefectiblemente pasaba era el tiempo, no hacía falta ser adivino ni mirar desde las alturas colindantes para imaginar que era imprescindible ralentizarlo siquiera a golpe de invocación a los santos de guardia. Mejor apelar al teléfono, sin que nadie se ofenda...

GÁMIZ: El mejor de los mundos es uno de entre los mundos posibles que nacen, se desarrollan y concluyen en un entorno onírico. El desplazamiento de sentido único hacia el mejor de los mundos —mundos momentáneos, frágiles pero compactos— posee un grado de libertad. Un sólo grado. La energía cinética frenada se transforma en calor. La meta es cálida. La vida soñada, el sueño de la vida. El mejor de entre los mundos posibles se vive en segunda o tercera persona del singular y plural...

SUSANA: El deseo de Marte. ¿Y el mío? Me dejo guiar por él, es lo que espera de mí —y de todas las mujeres que renuevan la primavera—, y algo que yo —y todas las mujeres que resisten el invierno— acepto de este juego. Sin palabras cada uno revalida la esperanza del otro. Abre la puerta, salimos al jardín. Los Faunos se arremolinan adornando la trayectoria de Marte, cortejo de gala, migración festiva. De mí se han olvidado. Al cabo,

escandalosos, augures de inminentes placeres, ignoran nuestro juego, el juego que ellos y yo hemos propiciado en tácita e imperceptible connivencia. Los labios de los semidioses ondulan como las ca Brillas, observan el decurso de la parodia en el espejo del agua no exentos de la suntuaria curiosidad que acecha al mito, fruncen sus fantaseados cuerpillos y por fin se sumergen en el estanque. Ahora nos miran a través del espejo. Marte me apremia. Es a él a quien debo mirar, lo exige su brazo extendido. Marte ha despertado al deseo, a la retórica pasión...

MONCADA: Las proclamas, el aire de cara; me asomé. Pese a que me daba reparo meterme entre las macetas, lo hice. El sol continuaba su parsimonioso recorrido por la eclíptica, justamente interfiriendo mi ángulo de visión. En la puerta del bar cuchicheaban el camarero, los clientes y algunos figurantes más que iban o venían. Brotó la vida en los balcones y comprobé con la mano en funciones de visera que no se trataba de una alucinación colectiva al aparecer una dotación de la policía local. El buen uso del teléfono aportaba una esperanza sólida a la resolución del enigma...

SUSANA: Tiene prisa. Yo no, voy a mi aire. Viene hacia mí, con el ímpetu del señor de la guerra me besa, me abraza, vuelve a besarme. Marte persigue labios. Me besa con ruido, es el suyo un beso que retumba en el jardín. Me parece que nos miran,

me parece que nos aclaman. ¡Es tuya, muchacho, macho, invicto tomador! ¡Te la has ganado! El fornido Marte, ante los ojos de una congregación ociosa y permisiva, iza en volandas a Venus y la implícita recompensa femenilmente sumisa, despegue y aterrizaje simultáneos seguro de su habilidad y tacto. Oigo vítores cerniéndose sobre el decúbito de nuestros cuerpos litigando en el circo. Los Faunos brincan detrás del espejo líquido incitando al dios a que me sumerja con él, a que me posea en esa dimensión de geometría variable y conformaciones retráctiles. Los Faunos, otrora mis aliados, ahora son los Saltadores —los sacerdotes de Marte— y cobran el desempeño de su advenediza dignidad en moneda de espectáculo. Llovizna de flores y semillas. Es el protocolo, la boda, una dádiva a la mujer. La superficie del estanque mece la perfumada ofrenda a los dioses. “Marte, ¿qué sabes de mí? ¿Qué persigue tu arrebató? ¿Por qué me has besado? ¿Has cuantificado el valor de las sucesivas acciones? ¿Por qué crees que me has vencido? ¿No conoces otra forma de recorrer el mismo camino?” Estúpida batería de preguntas; yo tan sólo quería decir algo, hacerme notar. Venus deserta de la actuación comparsa, de llamativo búcaro. Venus es una flor, es la flor. “No he resistido el hechizo de tu boca” —¿o es ardor?, ¿o es uno más de los procesos que fluyen por la misma pendiente?, ¿o es el preámbulo sedado de la muerte térmica?, ¿o es que la primavera del dios no discurre sino a la postulada manera de los elementos?—; “no me resig-

no a ser pasivo mirón ante la magnífica promesa sugerida por el céfiro”, susurra, derrochado, babeando. Sin embargo y con ímprobo esfuerzo, Marte se somete a la división sonora del decoro, bregado en la batalla escatima fiereza a su voz para destinarla a otros frentes tangibles. Pero no varía su posición ni permite que yo lo sugiera escuetamente. Nos estamos degradando como mortales con esta urgida conversación y el esperpento de un dibujo carnal; no soy una hetera. ¿Y si nos detenemos a admirar el paisaje? ¿Adivinamos el número de cometas, estrellas y galaxias? ¿Nos arrullamos al amor de la lumbre? ¿Jugamos a despegar alternativamente el marbete de la botella de tinto? ¿Nos ponemos a contar las columnas de agua humeante provocadas por mi mala puntería al bombardear la flotilla de desembarco? ¿Adoptamos la posición física conveniente para la recreación de la conquista del Nuevo Mundo? Yo callada, él sordo. Los dioses se comunican por canales vetados a las especies inferiores...

En grata compañía

GÁMIZ: Algo a tener muy en cuenta en esta partida entre prioridades: la prioridad de satisfacer el deseo, la prioridad de alcanzar un objetivo. ¿Qué es lo prioritario? La baraja se peina a tanta

velocidad que no hay manera de seguir la muda de los naipes. ¿Cuál es la prioridad? Incansables, las cartas permutan de lugar en traslado térmico. Reactivo...

MONCADA: Repito que hacía calor. Pero la sensación de ahogo, de opresión transportada por el aire, se fijaba prioritariamente en el estómago, la garganta y el paladar. De aquella tarde de observatorio urbano recuerdo ese aire denso en el que convergen rumores y emociones originadas a tiro de piedra. Quizá exagero, pero el aire inhalado era magma. Un policía quedó dentro del portal —y fuera de mi vigía—, inmerso en el drama; el otro acudió a la radio del coche patrulla para pedir lo más indicado: una ambulancia. Por aquel entonces, los policías no hablaban desde el hombro y a la UVI. móvil se la denominaba ambulancia. Fueron minutos de apuro y sofoco, de expectación en la barrera y en la arena, en los tendidos de sol y en los de sombra. El calor de la multitud agolpada en un diámetro reducido y el de los muchos diagnósticos a voleo y gesto inacabado competían ventajosamente con la esfera horaria. El policía que aguardaba la asistencia médica en la calzada, agilizando el tráfico incesante de vehículos y peatones, volvió a la radio para insistir en la demanda, me parece estar escuchando su voz; era un veterano, seguramente se había enfrentado a situaciones difíciles, quizá extremas, con una ojeada y las señas de su compañero de patrulla le bastó para comprender la magnitud del drama;

no obstante, conservaba en su estilo de maniobra una componente vecinal, de civil sin mando, delatora por exudación. Curioso: el tiempo era el factor vital y ningún espectador perdía comba observando el reloj; yo tampoco lo hice, el policía sí, no dejaba de mirar el augurio de su reloj con un ojo y la calle con el otro, y auscultaba el aire atrayendo el ulular de la sirena. Pretendía empujar al adversario en sentido contrario al de su natural y vetusto proceder. Vana, aunque loable pretensión...

SUSANA: Es el fatuo relevo a la iniciativa de Venus. Se prodigan los aplausos en el eco. Vienen. Desembarco en las doradas arenas del crepúsculo. La comitiva cruza el umbral del jardín a paso de carga. Nos cercan los curiosos. Él y yo permanecemos interferidos, exvotos en el jardín de las delicias, un fenómeno encomiado por los asistentes a la gala benéfica. ¿Qué será lo siguiente? La impetuosidad es monótona...

MONCADA: Llegó la ambulancia sorteando estorbos. Un minuto antes el policía local, tirando de cigarrillo, apercibía a un conductor que ajeno a todo lo que no fuera su rutina había estacionado su vehículo en doble fila a escasos metros del hervidero y del coche patrulla: ese tipo merecía una multa. Seguro que era su costumbre, seguro que no era el único en su familia. Una anécdota. Ese tipo merecía una pena accesoria a la que castiga el incivismo. De la ambulancia descendieron tres sani-

tarios y a través de un estrecho pasillo abierto por los zapadores en vanguardia se colaron a trancos. Un transeúnte alzó los brazos pidiendo una camilla, a su lado un compañero de experiencia le objeta en el mismo idioma que las decisiones competen a los actores. Me vino a la cabeza una frase: “Así comienzan algunas cosas y otras así acaban”. Me vino a la cabeza y se fue...

SUSANA: Soy la poética Libitina, la precursora, la interpretación de un nombre: apetencia, goce, delirio. Y muerte. La muerte es consecuencia del vivir. Libitina precede a Venus en el acervo mitológico, encarna la muerte en el lenguaje de los poetas, muerte tan patente como la sepultura de la memoria y el destierro del censo. Soy la poética Libitina, que después y en sucesiva cultura fue Venus. Me reconozco adherida a una nube de agua termal. El estanque burbujea con la participación alícuota de los Faunos Salii y las Náyades. Ellos las atrapan, ellas los apresan. Mantiene su vigencia el acuerdo tácito. Me place mirarlos. Marte Mavors, el poético Mavors, estima lo que yace por debajo de su cuerpo y su libidinoso instinto devora, ansía lo que no ve. Exiguas pero infranqueables defensas desbordan su precaria paciencia de jefe belicoso. “Vámonos” —susurra, más su voz es la del trueno, un mandato que sortea chapoteos y apuestas. Marte se ceba en su presa, hay manifestaciones parejas entre la violencia y el erotismo, entre Marte y Venus. Él y yo dependemos el uno del otro en lo que pensamos,

decimos y casi hacemos. “Vámonos” —atosiga—, “esta es nuestra historia y nosotros la escribimos.” Conciso y lógico el razonamiento. Y acomete con mayor denuedo si cabe, exaltado por el hemiciclo humano, en pos de la huraña alma del recatado molde...

GÁMIZ: La composición es un arte. El arte no es rigorista con las definiciones que se le dispensan. Este cuadro —llámese expresamente deseo— es una reproducción apasionada, fisonómica, memorizada y vestida del temperamento. Una ensambladura a partir de instancias. Estas instancias son cabos en los que se insertan cuentecillas de vidrio agujereadas, abalorios, atávica mercancía de intercambio...

SUSANA: Venus gusta de los colchones de nube. El estanque, el *aqua femina*, expele vapor. Retozan envueltos en la neblina los precursores de la fábula. Es una fiesta de agua y vaho. Yo, Venus, me convierto en Tefnut, la humedad. Él, Marte, se convierte en Su, el hálito, dios del aire, del espacio existente entre el cielo y la Tierra; él es quien divide al uno de la otra. Tefnut y Su, hermanos de padre egipcio, encarnan las energías suministradoras de la vida y tienen encomendada la función de alimentar a los muertos. Activamos la regresión. Retrocedemos en la magna historia hacia el inasible origen...

MONCADA: Gracias a la ambulancia prosperó en las gentes de calle y balcón la esperanza del final feliz. La confianza en la solución de casi todos los males es un derecho del que sufre. Yo desconocía el sexo, la raza o la edad del accidentado en domicilio, ignorante como la mayoría de los agrupados observadores, aunque a nivel de la calle terciaba una voz femenina y atiplada, con acento local, asegurando que el héroe del drama era un anciano. De la mano de esa revelación, el informe vecinal derivó en diagnóstico de alcance: infarto. El corazón, claro. Era una hipótesis verosímil para la audiencia. El corazón es pieza esencial, trátese de lo que sea, para justificar en primera instancia lo que pasó, pasa y pasará...

SUSANA: El viernes es el día de la semana ofrendado a Venus: el *dies veneris*. El sábado, que por convención es el día después, se dedica a Saturno. Entre Venus y Saturno subyace una complicidad estelar. Venus usurpa el trono del dual Saturno hasta que la inefable Aurora descorre la cortina. Mientras, Venus reina con su genuino poder mágico. Venus en su territorio, el tentador jardín, sola y tentada. Venus, de nuevo, despoja al pretérito Saturno de su reino unas horas en el tránsito de uno a otro día. Marte, a lo suyo, se desprende de su atavío en los gozosos minutos del triunfo animal, con su mascota aferrada al hombro. Marte está arropado por su telúrica parentela: Saturno, el patriarca; Pico, el celador de los dominios; los Faunos,

descendientes del ave talismán Pico y del venerable Saturno. En el jardín de Libitina...

GÁMIZ: A menudo, una reacción química —o un deseo, por seguir con el ejemplo— no se inicia por sí sola. Hay catalizadores que facilitan el proceso: delegados mercantiles, agentes intermedios, comisionistas. Algunas veces, no obstante, y merece ser destacado, la reacción se produce por sí misma. Dicho de otra manera, causa y efecto alternan en el registro de paternidad...

SUSANA: ¿Y Venus? Deja hacer. Esta es, pese a las apariencias, una aventura trillada. Acaso Venus, en el papel de la mujer seducida, suspira, disimula o simula, absorbe, indaga: ¿qué vas a proponer que me sorprenda? Marte, el amo de la cosecha, es silueta de bruma. Le advierto: “Si expeles vaharadas tan de cerca entelarás el botón”. Sin localizarlo, propone: “Lancémonos al agua”. Me niego a dibujar olas. Marte hostiga los labios y alrededores, cegado, jadeando, a la desesperada. El soplo de Marte yerra el brote de la flor que es Venus. El abono no fertiliza la simiente. Tentativa frustrada. Algo hay de injusto en este fracaso. ¿Ahora qué? Marte se medio incorpora sostenido por sus brazos, flexionadas las piernas; observa, calcula, restriega sus ojos. La derrota es tan digerible como la victoria. Enmudece a la masa con el porte altivo de quien remonta en las segundas partes. Es el suyo un amago de respiro, precursor de respuesta a los

osados que cuestionan su validez para la consecución del buen fin. *Fuga mundi*. Colérico cual corresponde a su inveterada condición pero todavía controlado, tira de la flor, desposee al jardín de la flor preferida. “Vámonos” —ordena reiterativo, monomaniaco, esposado a la electa. Por delante e imperterrita se recorta la tapia...

SUSANA: Pico, el pájaro profeta, el ave que guía a los emigrantes buscadores de fortuna...

SUSANA: Los Faunos, silvanos y campesinos, cornudos y cabrunos, jueces y fecundadores...

SUSANA: Saturno, el antiquísimo, el de próspero reinado, civilizador, festivo y subversivo, agrícola y administrador del Tiempo y la Hacienda...

SUSANA: La disciplina del autor dramático. La escena de la fuga. Marte confía en que nadie nos seguirá en la ascensión por un muro sin asideros. Al obstinado Marte no le arredran las críticas biliares ni las oposiciones que con aviesa intención surgen en el camino, gajes del atrevimiento y el liderazgo, no transige con la sañosa fiscalización de sus acciones. Marte muestra su tenacidad y absoluta disposición a recobrar el resuello en otro escenario, cualquier cosa menos acceder a una resistencia pasiva, lo que sea antes que sucumbir a esa mirada lánguida, a renunciar a mecer el tallo. El pú-

blico, alineado a la estela de los huidos, gesticula y vocea, actúa como tal. Los traviosos Faunos abandonan la gruta de agua para cabriolar satisfechos con el espectáculo y con su doble intervención ora en beneficio del captor ora de la cautiva. Se cruzan apuestas. ¿Resistirá el brazo de Venus? ¿Tocarán esos otros brazos extendidos el arrebol ondeante de su vaporoso vestido? El desenlace está próximo...

MONCADA: Diría que en conjunto dimos por buena la espera y también la dosis de inquietud previa a la aparición de la ambulancia. Insisto: es como si la sola presencia del vehículo bastara para sanar de todos los males. A punto estuve de reincorporarme a mi otra espera, sentado a la mesa, dejando fluir el tiempo, rememorando las sensaciones en la fría gruta de artificiosa perennidad. Yo y la mayoría. Sin embargo, la mayoría y yo permanecemos disciplinados, centinelas en las garitas. ¿Y ahora qué? ¿De qué alertaba el inconsciente colectivo? Contrito e indiferente a la muchedumbre allí congregada, el equipo de rescate abandonó la casa. La ambulancia relumbraba a contraluz con calma inusual. De la prisa a la pausa, un documento gráfico incuestionable. Y no el último. Un minuto después de la mesurada salida de los frustrados rescatadores, el policía a cargo de las comunicaciones transmitió un parte y una solicitud formal. Era una tarde bochornosa y monocroma. El Sol desapareció por detrás de los edificios llevándose consigo algo

más que la luz. En cinco minutos y cubierta por el velo de la discreción se personó la policía judicial. Y para los que no entendieron el simbolismo de aquella obligada presencia, en diez minutos se sumó al elenco un vehículo de la flota del tanatorio. También yo abandoné el mirador. Me senté, descansé el torso, estiré las piernas bajo la encrucijada de varillas de la mesa recapitulando los hechos. Eso creo. Ahora resulta obvio que la esperanza colectiva, avivada con la pertinente introducción de los agentes de la autoridad y el equipo médico ambulante, quedó truncada. La mujer que imploraba auxilio en el primer acto, el individuo de primera fila que reivindicaba la presencia de una camilla en el tercero, el policía fumando para aliviar el ansia en el segundo acto y la compostura de los vecinos en el cuarto, cada cual con su estilo, representaron un fiasco de los que marcan una eternidad. Pero el desenlace no condiciona el éxito de la función vespertina. Para unos y otros, esforzados de la escena y concurrencia, también para mí, lo básico es que pasara algo fuera de lo normal. Y no cabe duda de que así fue.

Entropía (interpreta como gustes)

SUSANA: Siempre se espera que pase algo. Si no, para qué hacer o decir.

¿Quiero o no ir hacia donde él me lleva? ¿Ha de ser ahora, precisamente ahora que cambia el decorado y se incorporan los últimos, invocados actores? Mi equilibrio en la evasión es de traspies, pero consigo en inspirado escorzo mantenerme dentro de la armonía natural de la especie. O, si se prefiere, en artístico garabato de mural realizado de noche. Si reclino la cabeza y me miro de cintura hacia abajo contemplo un dibujo animado proyectado en cámara lenta. Una mano tira de mí, otra quiere lastrar el impremeditado raptó. Me veo como un dibujo animado zoomorfo cómicamente descoyuntado, al inspirado estilo Disney, Fox o Warner mundializado por el cine y la televisión. Todavía intrigada, siempre curiosa, inclino el cuerpo hacia delante y el oído y la vista en sentido opuesto. Contorsionista de cuerpo y memoria. Pienso en lo larga que es una distancia ínfima para el perseguido, jaleado, para el encandilado Marte. Hago memoria.

Moncada y Gámiz llegan a las inmediaciones del tálamo de los dos disidentes adeptos a la experimentación, acotado por el cordón de fascinados. Nos sorprenden poco después de la inesperada avalancha ávida de emociones. Moncada y Gámiz se asombran de tamaña audacia en el jardín. La clase práctica cobra una dimensión exagerada e impropia, a criterio de Gámiz. “Qué falta de consideración” —reprocha, y añade sin perder comba—: “Se ha entendido mal, esto no es una eutropelia, estos dos se han pasado de rosca”. Y aunque se abstiene de proferir en voz alta la continuidad de su exaltada opinión, la evidencia en

su cara y la calibrada torsión de cuello denuncian a Moncada y su método como inductores de la bacanal.

Al margen de responsabilidades indirectas, es evidente que los causantes del alboroto y la jocosidad imperantes en el jardín a esa fría primera hora de la madrugada son dos alumnos aventajados. Objetivamente evaluada, dos es una cantidad soportable que puede reconducirse de vuelta a la pauta de un comportamiento colectivo de plática, asiento y buen vino.

Moncada se zafa con una finta refleja del mimbre acusatorio. “Es una interpretación errónea” —dice en primera instancia, y pretende con esta frase tonante y ambigua que impere la moderación—. “La pugna se da entre otros contendientes. El destello no proviene de ese botón...” —carraspea, se lleva dos dedos de la mano derecha al lóbulo de la oreja del mismo lado—, “aunque tiene mérito localizarlo, sí, ya lo creo que sí. Pero el instrumento al que me refería activa otra clase de mecanismo.” —Se abstrae un instante tironeando del enrojecido lóbulo, no acaba de expresar con palabras la controversia entre Libitina y Venus, algo que merodea le distrae entorpeciendo el curso de su protesta—. “Bueno, admito la complejidad y la semejanza...”

Gámiz irrumpe para vetar la tendencia exculpatoria de su colega, cuando lo que se persigue es remarcar la conducta culposa, con un zarandeo en el hombro. Gámiz deplora las veleidades. “Nos hemos olvidado de sumar” —expone en semitono cómplice, atusándose las cejas. Asiente Moncada, reincorporado al bando disuasorio, alejándose de Gámiz y del estanque, con la mirada en barrido lateral ascendente. “Ya veo, ya” —murmura.

Fiesta. Es una fiesta. Moncada murmura: “Ya veo, ya”. Marte insta a que nos evadamos del cerco, me implica en

un raptó de opereta; los dos esbozamos nuestros respectivos personajes en el circuito para párvulos engonzados a la nube y el sueño del que estamos en un tris de despertar, intuyo que de nada va a servir la pose. Mientras, nuestro animoso y regocijado auditorio se lanza al agua en busca del paradigma de Moncada. “Aumenta el desorden” —lamenta Gámiz evaluando la situación. A riesgo de quedar empapado por la vorágine, nadando, buceando: “¡A por el botón!”, “¡a ver quién lo encuentra!”, “¡premio para el que lo oprima!”, Gámiz planta el cuerpo a un metro del estanque y comienza a impartir órdenes que restallan en los anárquicos nadadores; al tercer chasquido ya va controlando el disloque, al cuarto restituye la medida del orden. Las figuras geométricas, pilladas en falta grave, se metamorfosean en un redondel constreñido a la geografía del estanque. Ejercicio nocturno de natación sincronizada. Gámiz dirige la orquesta sin leer en la partitura, tan parcos como efectivos sus ademanes. Traslación fluida, decretada. Durante un rato que se hace largo. Hasta que los delirantes bañistas, de regreso a la supuesta cordura de una velada de charla y buen vino, comienzan a sufrir las punzadas del frío y la colectivización.

Murmura Moncada: “Ya veo, ya”. Es a mí a quien se dirige, lo sé. Me pide: “Tú no me puedes hacer esto; desde luego, no aquí ni en mi presencia”. Sincronismo. Detonación. Moncada coincide con el pistoletazo del juez de salida y corre que se las pela hacia mi brazo libre que aletea desposeído de voluntad. Marte alcanza la tapia, el obstáculo frena a Marte, se detiene bruscamente y yo, el dibujo animado codiciado por anverso y reverso, impacto con su cuerpo y seguidamente con el suelo, que ya no es muelle ni cálido. Moncada no quiere posponer la caza, lanza el garfio de abordaje y falla por un palmo. Mi

arrebatado y no menos obcecado secuestrador desatiende la trastienda, su enemigo está enfrente. Reta al impedimento, es una declaración de guerra, pero no me suelta, como si le sobraran manos, y yo me escorzo y femeninamente escruto a párpados cayentes cada envite de mis adorados. A qué negar que me siento complacida.

Marte, de cara a la oposición, se las ingenia para sobrevolar el muro de la censura: es el león androcéfalo del que nacen alas, friso asirio del palacio de Khorsabad; una vertiginosa opción de fuga. Moncada, recogido el garfio de abordaje y avisado de la empresa de su furtivo rival, se transfigura en el tetramórfico guardián del palacio persa de Susa que proclama: “Si tu cabeza sostiene una tiara acanalada, la mía, además, exhibe los afilados cuernos del toro proclives a ensartar al ladrón de la beldad”.

Dicho sea de paso: los amores de Marte y Venus cantados por Lucrecio en su poema *De la Naturaleza*, son tan míticos pero menos prosaicos que los nuestros.

Suspiro. La lánguida caravana de nubes, falta de combustible, se despide del marco terrenal hastiada de los peñones y de la dócil presa; este final no les complace como a mí. Moncada no se detiene en sonoras advertencias y persiste en el intento de captura y agarra, más bien rasga, la liviana vestidura pretexto menor del motín. Marte, que ansía lo que no ve y lo que no puede, se queda con las ganas. Las desnudeces incompletas no colman el apetito del famélico hurón y revelan desagradables carencias. Y yo en litigio, poco vestida o casi desnuda, con los labios ya replegados, el interruptor soterrado y los párpados en estudiada caída reprobadora, con los brazos en aspa y las piernas que no acaban de aposentarse en el sitial de las vestales.

En fin...

Marte frustrado

—Me sabe a poco —protestó Marte cuando Susana le quiso convencer de que se habían excedido—. Merezco más que este acceso puritano... Nadie nos ha visto, están demasiado ocupados escuchando a uno y al otro; nadie nos va a echar de menos hasta que se pongan de pie.

Susana opinaba lo contrario; opinaba lo más conveniente. Moncada aparecía sentado, a lo suyo, igual que Gámez, igual que los nueve alumnos voluntarios. El efecto Moncada. La excursión al jardín fue una acción frívola, reflexionó Susana. El efecto Venus.

—Deberíamos habernos quedado con todos hasta el final de la botella; a Moncada le falta poco. Somos unos desertores.

—Era una exploración, recuerda, hay que cartografiar sobre el terreno, tomar abundantes muestras para examinarlas y compararlas en el laboratorio. Me he sentido como una sonda espacial posada en Marte. Tierra: aquí estamos, cambio y corto. Créeme, no nos hemos perdido nada interesante, sé como acaban todos los cuentos filosóficos del mundo y las patrañas.

—Vale. ¿Y sabes cómo empiezan, por qué hay un inicio, dónde y en qué estilo caligráfico se escribe la primera palabra? Érase que se era; hace mucho, mucho tiempo; había una vez...

Susana aceptó la comba reprensora de los labios de Marte el asqueado —los devaneos amorosos de *Venus* y *Marte* según grabado renacentista de Lucas van Leyden—, y acto seguido, a modo de compensación en connivencia con el angelote Cupido pero sin ceder un ápice, le besó en la mejilla.

—Vivamos la farsa como si fuera mentira —propuso, dando por concluido el nebuloso episodio—. ¿Te gusta el teatro de aficionados?

Se reincorporó a su silla en el círculo de adeptos como si su ausencia, advertida siquiera por el metafórico relumbrío de la gorra, se hubiera debido a una ovulación transitoriamente molesta o a una imprevista llamada de teléfono móvil, “lo siento, está en el bolso, olvidé desconectarlo, nada importante”. Rezagado la imitó el amostazado Marte, mal fingiendo que su actuación en lo sucesivo, poco debía quedar ya, sería voluntaria. Tenía que dedicarse con empeño a la obligada satisfacción de cierto tema furtivo y condenado a ignominiosa demora. ¿Sería ácido el sabor de la saliva de Susana al paso de las horas?, ¿mantendría los ojos cerrados?, ¿sus labios dibujarían una elipse o una circunferencia al expandirse hacia el infinito? Marte estaba contrariado y resentido, traicionado por la imaginación, el vaho y la suposición de que aquella reunión nocturna sería entretenida, didáctica. Sin embargo, transcurrido el lapso experimental, continuaba ignorante en materia de orografía.

“Es viernes, el fin de semana acaba de empezar”, alentó Marte a su ego, y se propuso explorar todo tipo de atajos que le permitieran ganar a los competidores, de haberlos.

“Con Moncada tengo mis dudas”, musitó Venus a Susana.

Moncada no se diluye en el juego de azar, según Susana.

El anfitrión

R. Comodín continuaba siendo una incógnita y a Marte le costó varios minutos enderezar el arco de sus cejas, sirva como reseña. La madrugada incrementó la clientela, eran grupos reducidos de número impar y abundante presencia femenina homogeneizados por los dorados hilos de luz.

En el local de R. Comodín cada grupo se dirige sin titubeo hacia una pared, dispone los asientos al gusto y coloca los enseres de mano en las perchas; las individualidades previamente seleccionadas comentan, preguntan o responden por turno y en voz queda; la camarera sirve y se anima la conversación. En el local de R. Comodín cada grupo es un mundo, un pequeño y completo orbe, voluntaria y confortablemente aislado entre biombos de luz dorada.

Moncada dice que el local de R. Comodín se llama *El censo de los impertinentes*, pero no hay constancia de este nombre en ningún rótulo, placa o cartel.

R. Comodín va y viene, está o no está, está y no está. Da lo mismo, en el ambiente impera su misteriosa omnimoda personalidad.

Susana quería tenerle a su lado.

El final del cuento

Lo que se ha conocido de una manera así seguirá indefinidamente, sea cual sea la posterior instrucción del hecho — hecho real o ficticio, acomodado o embutido— o el momento que se destine a recordarlo, o la compañía hacia la

que se vierta. Dentro de un tiempo será aceptable, e incluso bien acogida, la muletilla del *luego lo supe*. Cuando algo se ha inscrito en el registro correspondiente, puede que por implícita necesidad de no devanarse el seso en supuestos antagónicos, prolifera el sentimiento de que así debe ser, de ese y no de otro modo. Lo que suceda después es otra historia; también, a veces, de otro mundo.

—Oye, ¿tú estás seguro de que es así?

—¿Así, qué?

—Pues eso, que ha pasado lo que tenía que pasar.

—Tan seguro como de lo contrario.

Lo dice Moncada

Hay que creérselo, que va a suceder. Y, además, el día después de que haya sucedido creer que es importante, decisivo, trascendente acaso. Que va a servir de mucho, pronto.

El mejor de los mundos

El único mundo que no suele decepcionar a la mayoría de los mortales es el que uno mismo crea. Casos se dan de fracaso hasta en el anhelo urdido en sueños, confirman los sondeos de opinión. A lo mejor lo decepcionante es tener que crear un mundo y vivirlo. O, quizá, lo decepcionante es no ser capaz de imaginarlo, vivirlo como si fuera cierto y creíble a todos los sentidos y examinadores.

Al mundo mejor se le brindan varias oportunidades, se le permite reiterarse y se le eliminan los errores en graciosa concesión.

El mundo mejor es un recurso.

El mundo mejor se escribe en versos aliterados.

Aquella noche

Hay noches que se configuran como una peripecia de idas y venidas, de intervalos que no acaban de acelerar o frenar el tiempo que surca los días y las vidas con paso metódico. Noches que se viven antes y después, un poco antes y un mucho después; y viceversa. Algunas noches comienzan a sentirse y padecerse al mediodía.

—Hay noches de esas que se denominan locas por su intensidad febril en el pensamiento, la palabra y la obra.

—Y las hay cuerdas, noches con o sin propósitos establecidos de antemano, que, quiérase o no, pese a lo insípido de su recuerdo, son las que perviven al arrellanarse en el aterciopelado sofá de la memoria.

Hay fechas resaltadas en el calendario con matiz circescense, en las que predominan los volatines con poco o ningún público para admirar y aplaudir al artista. Cabriolas en el purgatorio con un remo al aire y el otro hendiendo la capa, de aire también, hasta el arnés del paracaídas. Saltos al vacío que son mofa y befa a la estabilidad emocional codiciada, pero de riesgo controlado en tolerable proporción.

A diez minutos de la hora convenida Susana aguardaba dentro del coche. Diez minutos es un espacio de tiempo prudente para disponerse a actuar como de uno se espera al ser contratado para trasladar al cliente de puerta a puerta, esperar dentro del coche o sin apenas distanciarse, volver a circular de camino hacia otra parte solicitada, mantener una conversación variada e inteligible, sin pre-

guntas ni apostillas, confabularse en el consecuente olvido de lo no visto, no tocado, no dicho, no oído.

Susana había estacionado el coche de color blanco en doble fila, sin molestar. A la espera. En tal situación, tediosa, a uno le da por pensar que podría estar en otra parte haciendo algo diferente, en la cripta de un caserón de novela gótica emparedando al infame sentido de la responsabilidad que no cesa en su irritante canturreo: “Necesitas dinero, muérdete los labios, refresca el aliento”. Haciendo hueco entre pared y muro, de paso, a esa vergonzante evidencia de hacer lo que se hace a cambio de lo que tanto se necesita como denuesta y tan poco dura. Pero a todo se acostumbra uno y ya parece lejano el día del estreno — apenas hace dos años—, entonces casi como un favor a sus hermanos; ahora como el casi favor a la inversa.

—Si tienes un paraguas cuando llueve en vertical lo abres, te cubres con él y no te mojas —le aconsejó a Susana su padre.

El padre adora a la hija y sus circunstancias; sea bien recibido y mejor acogido lo que de ella venga.

—Tiene su provecho el ser la última en llegar; a muy considerable distancia de los pioneros.

El padre se siente en débito de edad con Susana.

—Cuando la lluvia cae en diagonal si tienes un paraguas te mojas menos.

—Lo malo es que casi siempre que llueve te pillas a la intemperie, mal aprovisionada. Hace falta un paraguas del tamaño de una copa de árbol centenario.

—Una vez aquí pasamos mucho tiempo a la intemperie, hace falta un paraguas para resguardarse; y cambiarse los zapatos con frecuencia.

La Primera Ley del Sentido Común advierte: el libre albedrío está reñido con la imprudencia, no con la profilaxis.

Susana suspiró lánguida —melancolía de proscenio—, parcialmente resignada, indócil por graduación. Contempló a la mascota en su cuna y la silueteó con uña y yema. Después se dirigió a los retrovisores a pasitos de muñeco andarín, indolente ante la vida ajena transfronteriza que discurre según apreciaciones subjetivas, según se coja el volante con una o las dos manos, se mantenga el pedal del embrague pisado, se coquetea con la bocina. Podía aliviar la espera con el libro comprado esa mañana en el Paraje de los Coleccionistas, la radio o la imaginación, todo bien a mano, tomando partido por lo más inmediato y distraído.

Susana intuía que le iba a sobrar tiempo para ejercitarse a ojos abiertos y cerrados, que es entretenimiento terapéutico e instructivo. Paladear un tramo de mundo con su guarnición de significados apreciando a intervalos de parpadeo lo anterior y lo sucesivo, el repertorio de paradojas en imágenes secuenciadas emitidas por televisión al filo de la medianoche bajo el título de documentales a esa adicta minoritaria audiencia que los colecciona en formato de vídeo. Y así se consigue ver simultáneamente la cáscara y el embrión.

“¿Qué es aquello que desciende como una burbuja de claroscuros colores expelida desde el insondable suceso —como un fragmento de sueño que escapa de la membrana vitelina por la salida de emergencia para ver el mundo exterior— desde el octavo piso del edificio Azul Privilegio?”

En fin...

Las fases del planeta interior

Se llama Elisa, tiene treinta años, se licenció en universidad privada y acopia diversos diplomas y acreditaciones en sendas especialidades que avalaron y sustentan su estatus profesional; desde su despacho apunta al cielo. Bajo sus zapatos de tacón mediano se arraciman los capítulos de una trayectoria en lo fundamental rectilínea, también, a modo de complemento, unas cuantas bifurcaciones apenas holladas más que en su parte inicial —la más llana y previsible—, y con un solo pie. Desde su despacho se observan los meandros de un río agostado por la feroz acometida de la vanguardia estival.

Desde la privilegiada atalaya, con el rótulo de su nombre y dignidad en la puerta, Elisa divisaría los paraísos terrenales si cediera un tanto por ciento de su abigarrada jornada a la improvisación, a la higiene lúdica y a planear a merced de las corrientes. Cuántos se ejercitan en esas actividades y cuán cerca, casi la totalidad del otro sexo y uno o varios peldaños por encima de ella, recuerda Elisa cuando le vence algo parecido al ansia.

Si entonces y por unos minutos, sólo unos minutos, cediera a ese impulso le apetecería atrancar la puerta del despacho, y una vez a salvo de intromisiones indeseables dejarse gobernar por su imaginación hasta donde quisiera llevarla.

Cediendo al impulso

Entonces, si cediera al impulso, a la expectación y a la humana debilidad por ver, tocar y probar, y antes de arrojar su agenda al fondo de un cajón, de aislarse de su secretaria, del resto de la planta, del edificio, de la ciudad y del universo mundo, se haría traer un equipo de música y una nevera rebosante de helados de fresa y chocolate, se liberaría de la ropa sastre ceñida y adaptada a cada compromiso, despojándose de las prendas a ritmo, de mayor exterior a menor interior, arrojándolas con puntería a los rincones, como se lanza un dardo a una diana por estrenar, y no cesaría de danzar hasta vaciarse de argumentos textiles. Primera fase de la operación.

Desnuda, rebelde, excitada, ahíto de helado el estómago y con churretes en la barbilla, descompondría con insana afición el pulquérrimo orden constante en el despacho — la misma disposición y escrupulosidad conque idea, ejecuta y manda—, desparramando el contenido de estanterías y cajones sobre la gran mesa de ala curva y la porción de suelo aledaña. En la poltrona de cuero negro ajustable en altura y respaldo, qué cómoda, qué útil, placentera y distintiva su función, colocada a rastras en mitad de la pieza, desparramaría el cuerpo moteado por cientos de esferitas de brillo tímido y fragancia de mujer indómita. Contemplaría ese su renacido cuerpo ataviado con lunario cendal como si fuera el de una persona con la que por pura casualidad se coincide en una comfortable sala de espera —la figura que vagamente se asemeja a una imagen conocida ya estaba presente, es probable que siempre hubiera estado allí—, o el lienzo de una tardía pintura safánida de intenso erotismo, colgado en la pared de un pasillo interminable que conduce al centro neurálgico. Las bolitas

mutarían su característica redondez al chocar entre ellas sin sonido, y hacendosas e impulsadas esbozarían en la piel una suerte de filigranas, remedando los pliegues del cuerpo convexo, desaguaderos plásticos de ilusorio arrebatado que confluyen en la antecámara del pozo de los deseos. Elisa ha leído, no recuerda dónde ni la literalidad del párrafo, que los hombres prefieren las zonas convexas del cuerpo femenino. El estudio no citaba la preferencia de la mujer al respecto; de eso sí conserva memoria. Segunda fase de la operación.

¿Qué sonaría antes: la línea de órdenes, el teléfono móvil, el correo electrónico o la sempiterna campanilla de toque a rebato? Todo un desafío el mantenerse apartada de la incuestionable realidad. Si continuara cediendo al ímpetu de la ficción, lo siguiente sería embarcarse en un fabuloso crucero por la red de redes desde el monitor de su terminal, con la inestimable complicidad de millones de excéntricos seudónimos, todos a la vez figsando por las mirillas. Ella acudiría al reclamo de páginas que no tuvieran la menor relación con las visitadas por motivos profesionales o didácticos. El tiempo pasa raudo cuando se disfruta del viaje, tecleando, desplazando el cursor sobre las zonas sensibles. Y saciada su sed de aventura virtual, buscaría en el gran bazar una cámara indiscreta de objetivo único para seguir a Diego. Diego se había convertido desde hacía años —el mismo número de años que se trataban— en una obsesión reavivada con mayor frecuencia de lo admisible y llevadero. Quería ver a Diego en su absurdo cotidiano, él lo definía así, aunque no había manera de sonsacarle qué demonios quería dar a entender con la frase de marras. Seguramente nada, o sacudirse la curiosidad ajena economizando oratoria. Le intriga la vida que él se reserva. Ella conoce del refocile de Diego ante sus

estériles esfuerzos por seguir el hilo hasta el ovillo. Lo hace adrede, él juega al escondite en un colosal peristilo, ahora me ves, ahora desaparezco, ahora vuelvo; a Diego le gusta jugar al escondite, al veo y a las cuatro esquinas, sin decantarse hacia lo absoluto. Tercera fase de la operación.

Localizaría a Diego; se haría traer a Diego; llamaría a Diego por teléfono, con suerte tendría el móvil conectado. “Tengo sed” —saludaría. A continuación, y en síntesis, le expondría el cambio en su respetable y paradigmática existencia, los fundamentos de la revuelta y la localización de los focos insurgentes. “Ven deprisa y tráete una botella helada de licor de melón y otra de licor de canela... es urgente, no me falles.” Cuarta fase de la operación.

La música seguiría armonizando el aquelarre. Un, dos, tres, cuatro. Monitores y máquinas de ejercicio en el gimnasio dos veces a la semana, zumo de zanahoria, naranja y limón, el energético lo llaman... premio a la que aguante la fatigosa sesión de aeróbic, irreductible celulitis, nalgas duras, culo prieto, lima a las caderas, sogas a la cintura, lo que sea por maridar hasta que la muerte nos separe con la talla 38, sauna, masaje, insomnio, hambre, polipasto a los pechos-senos-mamas originales, en paralelo al suelo la frente y la barbilla, ¡hay que comerse el mundo!, plancha al vientre, plomada a la columna, la clase termina bañada en sudor. “¿Hace una copa?” “Pídela mientras voy al lavabo, estoy que reviento.” Decidiría dónde evacuar líquido sin abandonar su despacho, arrobada, jadeando por el vigor concentrado. “Soy una pastilla de caldo de carne, de caldo vegetal, una mixtura que refuerza el sabor del guiso; una barra de pan de cereales; un bol de leche con cereales, frutos secos y frutas deshidratadas y prensadas.” “Diego: huele, toca, come; Diego te estoy esperando,

tengo sed, tengo pis, chorreo como un arroyo en el deshielo; sólo me falta pensar en agua y licor de manzana verde. Soy una fuente, un surtidor, la muñeca meona. Soy Egeria, la ninfa de las fuentes. Soy la arquitecta del humedal en el que repostan las aves zancudas. ¿Lo hago de pie, en cuclillas, desde el respaldo, sentada? ¿De cara a la pared, al cristal, a la sociedad de allá fuera, de cara a mi mesa, al virus informático *Hoy también pienso en ti?* Buf... ya he vaciado la vejiga... bah.” Quinta fase de la operación.

“Qué asco de sitio he dejado. Cómo ha quedado todo... y bien a la vista... y demás sentidos... yo delato, ellos delatan... puaj.” Todavía en alas del inusitado impulso, reprobando y tentada, ordenaría a Marta la secretaria —la impertérrita celadora Marta— que cancelara citas y obligaciones.

—Hoy no he venido a trabajar, ¿estamos? Hoy no me has visto entrar por la puerta, no te he saludado con mayor o menor énfasis, no he tomado el descafeinado de cada mañana, ni me has resumido la actualidad ni tampoco he leído la prensa. Hoy no he hablado con nadie que puedas ver desde la aduana, no me ha llamado nadie, mentalízate de que es imposible localizarme. Pero pese a lo que te impongo, y cuídate de cumplirlo al pie de la letra, no se te ocurra librar esta tarde, ¿entendido?

Marta ni se inmutaría; Marta tiene mucho oficio y bastante edad para hacerse cargo de extemporaneidades; los altos ejecutivos suelen pasar por trances que derivan en crisis pasajeras —combates a un asalto, dos a lo sumo— y se desahogan en lo posible para mitigar esas perniciosas secuelas, algunas de retrato pintoresco, por lo menos una vez cada tres semanas.

—¿Te traigo algo? Una Yema de santa Teresa, un Lazo de san Guillermo, el catálogo de verano de *Rendym Fashion* o el de *Pass Platinum*. ¿Qué prefieres? Una infusión, eso es. Traigo una infusión muy caliente, primero haces vahos, luego la ingieres a sorbitos. ¿No te acuerdas de aquellos tiempos felices en que lo importante era curar el resfriado? Sienta bien, ayuda a alejar el embotamiento y ajusta la percepción sensorial. El ambiente se ha impregnado de correcciones horarias en cuanto has sellado la puerta de tu despacho: a última hora del día, última hora de la semana, qué casualidad, se convoca a los elegidos.

—¡Me engañas!

—Nada de eso.

—No soy capaz de aguantar un máster de dos horas ni la aleccionadora charla de un invitado de postín. Excúsame de modo sutil.

—Agradezco el cumplido pero se trata de una reunión extraordinaria, ni se sabe ni se adivina cuánto pasaréis medidos en el cubículo de las revelaciones; mi influencia no pronostica más. Inexcusable, tengo las manos atadas, lo siento. —Marta, que tendría más que decir, aguardaría unos segundos en espera de la presumible interrupción que merecía su lacónico añadido, se llevaría entretanto un dedo al inicio de una de sus cejas y desde allí recorrería el arco ciliar hasta el extremo opuesto. Fin del metódico plazo—. Eso trastocará tus planes de esta noche, me temo. ¿Te acuerdas? Hay que buscar una solución rápida. ¿Qué quieres que haga, doy algún aviso, difiero unas horas lo que ya sabes?

Elisa brindaría un gesto licencioso a la cruel terquedad del inalienable mundo que había edificado estrato a estrato, su venerado mundo de indeleble frontera, su irrenun-

ciable mundo de prestigio y fortuna. Luego, ahondando en cada palabra, exclamaría:

—¡Busca a Diego!

Marta contaría hasta cinco certificando la progresiva desaparición de las lúnulas en sus redondeadas uñas color rosa jabón de tocador.

—¿Llamo a Belo J., qué quieres que le diga, cuándo le digo que pase a recogerte?

—¡¡Encuentra a Diego, inmediatamente, YA!!

—Como quieras, tú llamas a Belo J. y le pones en antecedentes. Buena suerte y que te diviertas. Sexta fase de la operación.

“Todo está escrito” —murmuraría Elisa, columpiando la solapa de su teléfono móvil. Una vez, de madrugada, Elisa le confesó a Diego —hablando a nadie en un páramo barrido por el viento poniente— que el entramado de su vida estaba en vías de encajar definitivamente. Era una solemne estupidez, pero ya estaba dicho. Diego quiso saber —departiendo con una sofisticada obra de taxidermia— de quién sería la mano irrevocable destinada a componer un rompecabezas tan ofensivamente sencillo. Las voces de ambos cedían en intensidad y convicción ante la desidia de hacerse entender. En la séptima y penúltima fase de la operación, Elisa, sentada en el suelo en la confluencia con una de las paredes, acurrucada contra sí misma, con los muslos acoplados al abdomen y la frente apoyada en las rodillas, se llevaría las manos a los parietales y con las yemas de los dedos siseando en la raíz del cabello masajearía la zona a intermitencias de anhelo frustrado. Voluntariamente frustrado, incidiría en su descargo. Poco a poco elevaría la barbilla, recorriendo un pequeño tramo de piel, la recostaría sobre las rodillas y suspiraría con la mirada vuelta a los ochenta y cinco templos medievales de

Khajurâho, en la India septentrional; Diego y ella esculpidos en la pétrea memoria del templo Khandâriya Mahâdeva, inmortalizados por milenios como divinos amantes. Pero ni el uno ni la otra se equiparan a los amantes divinos.

“¿Qué cosas se me ocurren? Merezco ser conducida ante Hike para una sesión de reprimenda. Bueno, si no fuera porque sé que todo es inventado, un irrealizable, un pasatiempo bajo la sombrilla de palma; estoy sola, estoy con una copia en humo de mí misma. De pronóstico reservado. Ja, ja, ja.”

Hike, el médico de la virtud mágica, es el alienista terapeuta de la ciudad al que se confían siete de cada diez reputados profesionales de gabinete —siete son las flechas de la suerte que realizan el oráculo a Hubal, el vidente designado en encuesta por ocho de cada diez de los susodichos.

“Hike el enderezador, tú que tienes respuesta para todo, tú que cobras para disuadirnos de lo inconveniente, tú que contemplas el historial de los pacientes con la asepsia del operario reconvertido a empresario, dime: ¿por qué esta fijación mía por los descartes? Es una veleidad, claro, una reminiscencia amable del pasado, un amuleto cosquilloso, un dedo en el agua a ver cuántas ondas provoca; dentro, fuera, dentro, fuera.”

“Hoy, querido Hike, me evado de la tentación, me visto y me voy; hoy no te pago, ya sé lo que me conviene, siempre lo he sabido, la línea recta es el predicado que vincula al sujeto con el complemento, también es la línea recta el medicamento que produce menos pesadillas y demás efectos secundarios salvo los previsibles por abuso o negligencia. Comprobado: no necesito terapia farmacológica, agua a la cara y al gaznate. Me visto y me voy. Ha sido un

lapsus, la culpa de lo que he supuesto no es mía, no, qué va. Me visto y me voy. La puerta está por aquí, ¿no? Ja, Ja, Ja... Tiene gracia... No veo la manera de salir. ¿Qué ha sido de la puerta?”

Lis en la fotografía

Una puerta de cristal azul cobalto, remembranza de mar asilado, vislumbre de fotografía. El mar desde la cubierta del barco de Belo J. al amanecer del día de san Juan. Elisa surcará la noche más breve del año —en algunas zonas también la más mágica y estruendosa— a bordo de la última adquisición flotante del afamado clan, con su novio pasándole una mano mecánica por la cintura mientras el horizonte se comba y la línea de costa se engalana de hoguera y percusión. Belo J. acariciándola maritalmente en una parcela de piel descubierta, Elisa bronceada en cinco sesiones y acotada en pudibunda posesión. Elisa, a quien su novio a veces llama Lis, durante la ensayada escena escorará la cabeza con indiscutible maestría hasta vararla en la de él, maniobra concertada, en las arenas de un fondeadero a resguardo de cualquier inclemencia atmosférica o ataque pirata.

La actuación estelar del planeta Hike

Hike, el alienista que tarifa por número de neuronas citadas a plenario, observa y acumula.

—Alguna forma habrá de salir, vamos, digo yo —busca Elisa la puerta que recuerda haber atrancado antes de su conversión en ménade.

—La puerta permanece en su lugar, con todo lo demás. Pero tu ropa, he aquí una muestra, ha sido diseminada por aspersion. Estás desnuda y exhibida; te informo de la circunstancia, por si no has reparado todavía.

“Tío socarrón y fetichista.” —Elisa querría lanzarle un latigazo de disco compacto, *Reminiscencias de la octava década vol. 4*, a la altura de la nuez seccionado el cartílago tiroideos.

—Ya. Practico para el próximo festival báquico. ¿Tiene cura este mal?

—¿Quieres curarte?

—Ya, toma y daca. A propósito, ¿cómo he llegado a tu consulta?

—Estamos en tu despacho. Esta es tu fantasía, tú me has traído.

—Ya. Pero resulta que tú eres el fotograma en curso de la película, mi película. Un fotograma invasor, el virus informático *No hay nada como una buena descarga emocional bajo supervisión facultativa*.

—Acepto lo del fotograma invasor, tiene su encanto y embellece el argumento. Tu película es una aburrida reposición.

—Engreído metomentodo. Ésta debe de ser tu fantasía. ¿Andas escaso de clientela? Date una vuelta por el edificio y atibórrate de estrenos de viernes por la noche y pases de madrugada.

—Viernes por la noche. Tus defensas naturales son incitantemente precarias.

—¿Por qué dejas de mirarte el ombligo ahora? ¡Comórtate! ¡Se un caballero y mira a otra parte! —Elisa descubre que en aquella atípica circunstancia sus estremidades han menguado desproporcionándole el tronco—. Tus iconos de tacto blando habrán huido de la jaula.

—Bien. ¿Qué te trae a la memoria esta fecha?

—Vale. A Marta dirigiendo el tráfico a hora punta. Ja, ja, ja. ¿Vamos a jugar a las adivinanzas, espectro engorroso?

—¿Ya se lo has dicho a tu novio?

—¿Qué tengo que decirle?

—Que la guionista se ha olvidado de incluirlo en la película, lo dejas caer y esperas la reacción.

—¡Lo que me faltaba! Un preceptor social. ¿Por qué no te esfumas? Largo, largo, largo. Ejercita en lo tuyo. Estoy muy ocupada.

—Como gustes. Vístete, desatranca la puerta y nos largamos. Te serviré de excusa; se me da muy bien hacer de tapadera.

“La puerta. ¿Dónde está la maldita puerta? Este despacho apesta.” —Sí, te pareces a un tapete de flecos. Voy...

—Coge un rotulador, dibuja una puerta de tamaño natural y vete; la sesión ha terminado.

—¡El colmo de la desfachatez! ¿Me echas de mi despacho?

—Llámame tabla de salvación. Aunque si lo prefieres incorpora a la película por vía de urgencia a Ja, Ja, Jano, el bifronte de doble puerta.

—¿Es preceptiva la ironía entre el médico y su paciente?

—Frente a una trasegadora voraz de los beneficios de la duda, cabe. Padeces un simulacro de diabetes insípida, acrimonia recurrente y episodios de ataxia. Eres una simuladora compulsiva.

—Me río de tu diagnóstico, ja, ja, ja. Te voy a vomitar encima para que dejes de mirarme. “Es para volverse loca. Maldita puerta. ¡Dios!, qué cansada estoy y qué sed tengo.”

—He oído que te mantienes en ayunas. ¿Te apetece algo?

—Que desaparezcas y un enorme vaso de agua fría.

—¿De mar, de nube o de tierra? ¿Algo de música para ambientar al invisible poblador de tu fantasía? Aprovecha la ocasión: dos al precio de uno. ¿A quién le sirvo el agua, a ti o a la escisión?

—Aclárame eso.

—Bien. *Operari sequitur esse.*

—Ya. ¿No se te ocurre algo más asequible a mi atribulado intelecto? Mi latín feneció en el colegio. Una pena.

—Significa: el hacer sigue al ser.

—Vale. ¿Y?

—Significa: uno es propiamente cuando se hallan unificados el actuar y el pensar. Tú actúas pero no piensas y, si se demuestra que piensas, no actúas.

—Ya. En otras palabras...

—Se puede vivir en lo concreto o en lo abstracto, navegar a favor de viento o nadar contracorriente; esto último requiere de una gran pericia y una elevada dosis de inconsciencia. Una vez decidido lo primero, tu caso, tienta experimentar en lo segundo. De tanto en tanto, apetece una pequeña revolución en la dependencia de los juegos. A ratos uno tiende a transformarse en marginal amparado, campeón de porte y encumbrado destino onírico; de viernes

noche a tarde del domingo. De lo contrario, y se comprueba en esta improvisada sesión, la heroína se torna huérfana de sí misma. Cuando la ficción supera con creces en atractivo, luz y color a la fehaciente y también loada realidad, se consuma la escisión. Tú no eres aquella sino esta.

—Ya. Dime, ¿Cuál de las dos está obligada a pagar los inflamados honorarios que harían sonrojar a una comisión deontológica? ¿Nos repartimos la carga financiera *ella* y *yo*? ¿Qué vencimiento de tu nueva casa me corresponde a mí y de qué madera es el bargueño que financia mi contumaz *otro yo*?... ¡Eh! ¿Qué haces?... ¡Me has esposado!... ¡Maldita sea!, con lo que cuesta vestirse con impedimentos. ¿Es esto un número de magia? ¡Deja de balancear las gafas! ¡No recurras a la hipnosis! ¿Pretendes que salga desnuda a la calle?, medicastro miope.

—Con las manillas parchemos el asunto de la escisión. Pero todavía no hemos resuelto el misterio de la puerta, no hay salida que valga; descuida, el mundo no va a verte como yo ahora con mis gafas de montura de titanio.

—¡Mierda!, qué incómodo es este matrimonio.

—Me refiero a esa imagen. Mira lo que pulula sobre tu colérica cabeza, es un nimbo de color corindón violado; el mismo opaco color con el que disimulas la vulgaridad de tus uñas. ¿Ya te has librado de la onicofagia?

—Hace años que no me muerdo las uñas... sólo las repaso, a veces... ¿Vale? ¡Déjame en paz con mis manías y quítame las esposas! Así no puedo ir a ninguna parte.

—A una fiesta con tu novio, no. ¿Qué pensaría Belo J. si estuviera aquí, si viera la disparatada plasmación de su modélica Elisa? ¿Crees qué le gustaría, sentiría un impulso semejante al tuyo, te repudiaría su familia, la tuya tal vez se avergonzaría de tu insospechado comportamiento?

Elisa contra Elisa. ¿Qué pensarían todos de la Elisa que ven a diario?

—Te vas a quedar con las ganas de saberlo, puedes apostar la colección de Mafalda y la titulación de Berkeley.

—Lo lamento, créeme; sería de gran ayuda para ti. Ahora te propongo que caces con red a la mariposa que revolea sobre tu camuflada delectación hacia los relieves tántricos del templo de Konarka. Te equivocas. Las *Parejas Divinas* de Konarka evocan la unión cósmica de los principios masculino y femenino con una franqueza carente de obscenidad; en los muros cincelados se plasma artísticamente la blandura del cuerpo humano y la suavidad de movimientos, un erotismo bello, arte. Me parece a mí que la mariposa se extasía inconvenientemente sin acabar de posarse en el basamento. Tarda en decidirse, mariposea. Consejo: atrápala, disécala y consévala en urna de plástico; como fetiche no recelará casi nadie. Además, si acaso resucita, no podrá escapar. Es una recomendación de la Dirección General de Protección de Intereses Contrastados.

—¿Cuánto más voy a tener que pagar por salir de aquí?, alópata depravado. Me vas a costar un dineral y de propina una migraña.

—Ganas suficiente dinero para permitirte gastarlo en banalidades y reprimendas. Hablando de dinero, te cuento para ilustrar que en el siglo XVII los comerciantes japoneses optaron por el hedonismo y el atesoramiento de monedas de curso legal, una novedad ésta que acogieron con entusiasmo por las muchas y no menos atractivas posibilidades que deparaba. Entre otras, la consecución de la felicidad individual sin atajos rituales. Había que elegir una prioridad en la que invertir abundantemente, y esa fue el

sexo. Tenían apetito y medios para conseguir alimento, adelante pues, el sexo como mercancía que elimina el mundo triste. La vida se tiñó de arco iris y se embriagó de vapores. Intelectuales de la época citaban: “El dinero es lo más interesante y esencial de este mundo”. ¡Qué gran hallazgo!, la de engorros que evita. La profesión no está reñida con la devoción, ¿a quién le amarga un dulce? Pero no soy un alópata. Prefiero ser considerado un médico espiritual que acepta con gratitud toda clase de donativos pactados, he de mantener reputación, deseos y patrimonio. Soy bueno en lo mío, me fijo, dictamino y prescribo: ¿te has visto la cara? La tienes salpicada de manchas de color amarillo oscuro; se denomina cloasma, es síntoma de embarazo y de ciertos estados anormales. ¿Estas embarazada? *Ergo*, la delación del delito.

—¡Vete a la mierda!

—Lo dicho: te falta alimento y te sobra apetito. He ahí la cuestión.

—¡Me quieres quitar las esposas, maldita sea!

—No puedo.

—¡Libérame!

—Imposible. Sólo soy una cortina de humo. Me impulsa el viento. Ja, ja, ja. El viento me acerca, el viento me aleja ¡Fu, fu!, sopla el lobo, pero la puerta no cae, no cae, no cae. Soy un espejismo. Soy Pepito Grillo. Yo también te deseo que pases un buen día. Hasta la próxima, seguro que muy pronto.

La última fase del planeta interior

“Qué desastre.”

Turbada, mohína, obstinada y con las articulaciones doloridas, Elisa se echaría en cara el haber disputado con su imaginación. Reprimenda a los escaques blancos, trampas de arena. Es sabido que la imaginación juega malas pasadas si uno no suele manejarse con ella al menos cuatro veces al día, no consecutivas. El sentimiento de fracaso en Elisa sería demoledor; no inferior el de caos mental —en el que conviene incidir para lo anterior y lo sucesivo—, enorme y corrosiva el ansia de revancha. Cuando la imaginación se torna traviesa y desborda su cometido, contundencia y desquite. Desde los confines del envanecimiento la humillada fiera, ella misma en versión recuperada, restallaría cual trueno que advierte del inconmensurable cableo. Elisa la vengadora.

“¿Dónde está la maldita puerta?”

“El servicio de habitaciones es nefasto” —mascullaría, dirigiéndose tanteando hacia la prominencia de ropa. Se vestiría con mayor calma que la reflejada por su mirada, obsesivamente destinada a resolver el enigma de la puerta. “Debe de estar emparedada detrás de la sucesión de estorbos muebles, qué increíble lo que he llegado a remover, una muralla sin aspilleras; qué fuerza la mía.”

Habría dos opciones. La primera: que alguien, pongamos Marta, pero puestos a elegir mejor Diego, que Diego o asimilado golpeará la puerta con los nudillos, toc-toc-toc, y abriera la puerta con suave desplazamiento: “¿Estás aquí, más o menos por aquí dentro?” Elisa, ya completamente vestida, ahuecando precipitada mechones laterales de su lacio cabello con los dedos de ambas manos, respondería fingida y lícitamente sorprendida: “¡Vaya, pero si

resulta que la maldita puerta se abre al revés!” Diego, enarbolando una escarchada botella de orujo, todavía dudando entre dar ese paso que obliga a participar —está en su derecho— o mantenerse a prudente distancia de lo que ella estuviera tramando —también tiene derecho a verlas venir desde la barrera— exclamaría asombrado: “¡Eh!, vaya cuadro. No cabe un alfiler. ¿Me quedo o me voy?” “Anda, pasa” —invitaría Elisa. Y Diego, si fuera él quien hubiera llamado al auxilio y después abierto la puerta, aún sin desamarrar de la vacilación, objetaría esgrimiendo un argumento de peso: “Gracias, pero ante este adarve, sin alas no podré llegar hasta ti”.

Dos opciones habría. La segunda: que Elisa, compuesta y decidida, tomara partido por la analogía, es decir, por la puerta análoga, si se quiere, la salida de emergencia. Cuatro pasos largos, seis medianos u ocho cortos la conducirían a la frontera acristalada. *Non plus ultra*. Ja, ja, ja. Sigue. Un paso más, esta vez corto, ensamblaría la roda y los esperones con el linde ácueo; el siguiente paso la siluetearía de luna azulina; otro paso de idéntico arco la embalsamaría; uno más la trasladaría a la dimensión de las burbujas. Luego, ya no tendría que activar de nuevo el dispositivo de locomoción. Elisa dentro de la burbuja, Elisa el copo de nieve, Elisa y el cristalino círculo de la transferencia. La emoción de la caída libre, pero al ralentí, el planeta contemplado a cámara lenta en majestuoso picado. Ascensor a la planta baja sin paradas intermedias. Aterrizaje feliz.

Elisa en el vestíbulo del Azul Privilegio, discurre una excusa convincente para enmascarar su conducta. Calificar su conducta precedente de procaz, aunque adecuado, pecaría de tendencioso dado el resultado de la hazaña. Ascensor a la octava planta. El globo de sube y baja entre

planchas metálicas y un espejo. Sola, de perfil, calzado lustroso.

La octava planta. El despacho. La secretaria.

Frente a la puerta cerrada del despacho, Marta sostiene con buen pulso una taza de la que emana un aroma penetrante.

—Hola, Marta. ¿Lo que llevas en la mano es para mí?

Marta titubea un instante; no recuerda haber visto salir a Elisa de su despacho por el conducto habitual. Por lo que parece esta es una de aquellas escenas con truco que exige improvisación.

—Sí... vaya...

—El desayuno, claro.

Marta suele reponerse en un chasquido ante lo que sea, es marca de identidad de la secretaria competente, experta y bien remunerada. En el fondo ella sabe que todo en el mundo ejecutivo, tiene su explicación y su redactado; también la excentricidad fantasiosa.

—Bueno... no es café. Te sentará mejor. Hay que tener en cuenta lo de tu cara, conviene remediarlo sin tardanza.

Es sabido que la imaginación juega malas pasadas si no se suele recurrir a ella, y un día se arriesga el curioso a echar un detenido vistazo por la rendija; la imaginación gusta de concluir la tarea mal que le pese al autor.

Elisa detecta el áspero acoso de inquisitorial memoria. Y Marta recobra la potestad que ejerce en la antesala.

—¿Qué le pasa a mi cara? —“No te lleves las manos a la cara, no, no, no; disimula, ignora”—. Estaba perfectamente.

—Ya, bueno, con estas cosas ya se sabe.

—¿Qué cosas?

—Las manchas, claro. Aparecen, desaparecen, se atenúan o intensifican siguiendo una pauta impredecible.

Oscilaciones de esencia subcutánea, dicen los que dominan la materia. Yo no sé qué se esconde debajo de tu piel, pero esto que te he preparado funciona.

Elisa conduce con disimulo los dedos de una mano entre la mejilla y la oreja, tanteando si el arete es pensil o incrustado, mientras posa la otra en el pomo de la puerta de su despacho.

—Vale, no tengo ganas de discutir contigo. ¿Me vas a decir qué humea en la taza?

La puerta abierta desvela un inesperado panorama, deplorable y miasmático.

—Es un cocimiento de gamón... —comienza a explicar Marta, pero de repente calla, atónita—. ¿Qué... es esto? —interroga al aire viciado en su accidentada huida hacia universos menos culposos.

Elisa activa con presteza la afectación por pasmo, que incluye la reiteración aguda de frases, mimesis sin ánimo de ridiculizar.

—¿Qué... es esto?

Aunque la voz de Elisa nunca ha alcanzado el grado de perfección modular de Marta o de Diego. Diego se desenvuelve divinamente con la voz, convence, conmueve.

—Qué cosa...

—¡Qué desastre! —exclama Elisa. Se le ha escabullido de la boca un gruñido pendenciero cuando pretendía algo más sustantivo, extenso, acusador, hiriente y, si cabe, exigible a una profesional de su categoría: “Sois coautores, si no cómplices, si no encubridores del delito”. Pero a su pesar y en contra de lo planeado, Elisa denota una inquietante necedad en el arte de la hipócrita improvisación parlamentaria.

Se observan ambas, estacionadas en paralelo a centímetros del umbral, a ver cuál de las dos entra primero. Debe

ser la titular del espacio violentado. Debe ser Elisa la ultrajada quien valore los daños y cuantifique las nada desdeñables secuelas económicas y morales de tan reprobable e injustificada profanación. Regresar a lo más reciente es tarea ardua. La curiosidad centellea en los ojos de la secretaria.

Marta suspira y entorna los párpados; también ladea la cabeza como si eso fuera de ayuda en su apremiada investigación.

—Un seísmo muy localizado, parece. Los fenómenos naturales tienen su componente antojadiza, pero no sé yo si llegan a tanto.

—¡No estoy para guasas, Marta! —recrimina Elisa—. Es mi despacho, un lugar protegido. ¿Quién ha entrado en mi despacho? ¿Quién es responsable del... estropicio? Y tú, Marta, ¿cómo es que no te has enterado de esto? ¡Ha pasado en tus narices!

Ha de haber una causa y su causante, es lógico.

—Ha pasado al otro lado de la puerta, mi nariz no es tan larga —excusa Marta su negligencia. Y contraataca, con el debido respeto a la jefa—: ¿Tienes nuevas enemistades en la planta? —inspeccionando sin mancharse los detalles más reveladores. La buena secretaria opta por el método inductivo.

El cocimiento de gamón expande su fragancia más allá de la puerta, imponiéndose al apestoso efluvio del cilanco alrededor de la butaca volcada.

—¡Qué dices! —reprocha Elisa, contrariada por la gratuitad del comentario y el escepticismo inopinado de la comparsa. Elisa no había previsto que Marta pudiera interpretar el argumento de manera incorrecta—. Yo no hago enemigos, no tengo enemigos, “enemigos capaces de una cosa así por descontado que no, a quién se le ocurre”.

—Esto es muy raro, y justo después de saber que se acercan cambios para esta noche. ¿Crees que será una casualidad?

Exasperante secretaria. “¿Trágate tus conjeturas detectivescas, tía vanidosa? ¡Obedece y cierra el pico!”

—Sí, muy raro. ¿Es qué no vas a hacer nada, Marta? Está claro que alguien ha entrado en mi despacho y lo ha puesto patas arriba. Está pero que muy claro que han desvalijado mi despacho. Está más que claro que no se trata de una... una simple gamberrada para ganar una apuesta. Alguien se ha dedicado a revolver en mi despacho. ¡Hay que hacer algo, ya!

Marta remueve el cocimiento de gamón, eficaz contra las enfermedades cutáneas, con una cucharilla de metal blanco; pensativa, segura, irónica.

“Fatídica señal” —lamenta Elisa.

—Le he puesto una pizca de azúcar, para endulzar. Tó-malo antes de que se enfríe.

—¡Marta! ¡No tienes otra cosa en la cabeza! ¡Esto es muy grave, un atropello al derecho a la intimidad! La mía, por supuesto.

—Ya. Y lo de la cara es tan o más grave y tan o más trágico que el atentado a tu relacionada intimidad. ¿No te lo ha dicho Hike? Sé que has estado con él. Apuesto a que se ha fijado en tu cara.

“Tía bruja.”

Elisa hace bastante que sospecha que su secretaría ha sido bendecida con el preciadísimo don de la clarividencia; lo cual le otorga ventaja a la hora de emitir juicios, además de inmunizarla ante argucias mal hilvanadas que se sostienen en precario equilibrio. Por lo tanto, decide Elisa, mejor hacer oídos sordos e imponerse por jerarquía.

—¡Marta! ¡Haz algo inmediatamente! ¡¡Y deja de remover esa pócima!!

Marta la bruja, pésimo cómplice ha elegido.

—Sólo he espolvoreado con una pizca de azúcar de flor. Cálmate. Ahora mismo aviso a los de la limpieza para que desinfecten tu despacho —dice Marta, en su bien asumido papel de reparto. Pero como Marta es una actriz vocacional y experimentada atrapa al vuelo el papel estelar, aunque breve, cuando el buen viento lo impulsa frente a la nariz y los ojos; la actriz con experiencia y vocación no desdeña el publicitarse mejor dotada que su rival. Marta, en consecuencia, no se abstiene de epilogar la escena fuera de guion con un añadido peculiar, síntesis de su reputada capacidad interpretativa. Dice Marta—: El olor penetrante que sale del despacho... me recuerda tu perfume; eso sí, aderezado con alguna que otra especia que aún no acabo de identificar.

Eso dice Marta. Suficiente para que Elisa sucumba, ella y su alteridad, vencidas y humilladas. Al abrir la puerta el mundo al revés se volvió del revés, el mundo latente se vinculó al proyectado con el execrable propósito —*execrable* en definición de Elisa, la perjudicada— de denunciarla como única responsable del desaguizado. Había que ver a la ninfa surgida de la charca pestilente, una caricaturesca miniatura de la diosa Erigia, correteando hacia la puerta abierta, escalando, rodando, descendiendo, saltando por entre los impedimentos, deslizándose más torpe que grácil y galana —poetizados atributos de las deidades—, escurriéndose iracunda hacia las dos humanas que contemplan absortas —una más que la otra, pero esa una pudiendo ser la otra y viceversa, en modo alguno previamente coordinadas en el asombro— como la diminuta ninfa reprende con ambos brazos extendidos a Elisa, y la

increpa con voz estentórea que cuesta creer que nace de tan frágil y menguado cuerpo: “¡Tú has sido! ¡Tú, tú, tú!” Sin aclarar si culpa a Elisa de la contaminación del santuario, del derrumbe de un mundo modélico, de su trivial versión expuesta a una comisión indocta en materia de divinidades o si la responsabiliza genéricamente por las calamidades acaecidas de una vez. Esto es lo que hay: Elisa acusada por la testigo de cargo, sentenciada. En ese momento de infausto protagonismo, Elisa no sabe que es peor: si el coro de elementos delatores desparramados por el despacho, todos a una enarbolando la bandera de la inquina hacia ella, o el grafismo de triunfo acompañado de represalia chispeando en la congénere a su lado. Entonces, qué ocasión propicia, Marta exalta el ridículo de su jefa incidiendo en una nimiedad irrelevante a la simulación: “Fíjate, su peinado es calcado al tuyo; y el color de las uñas. Fíjate”. Marta es mujer dotada de penetrante visión.

Otra vez será

Elisa tendrá más suerte otra vez o elaborará mejor su estratagema de ida y vuelta, si es que cede de nuevo al impulso de su díscola alteridad. Una cesión graciosa y limitada en el tiempo, que nadie se lleve a engaño, y siempre que la mañana o la tarde conceda un respiro al otro lado de la puerta.

Algo quiere decir, se supone

Elisa también imagina al estilo convencional. Hay que decir que Elisa reflexiona como el común de los mortales, sin divagaciones excéntricas, cuando analiza su condición de mujer, su estado civil y su aptitud para enraizar en el palco. Elisa cree objetivamente posible y subjetivamente probable que, incluso siendo mujer, madre, casada, viuda o divorciada, cree que siendo mujer y aun con la menopausia en ciernes, llegará el día en que pueda desbancar al menos a una de las numeradas altas instancias del Olimpo.

Para entonces, si llega el día, a lo mejor son otras sus aspiraciones y otros sus paladares gastronómicos. Quién sabe. Pero no: a la postre cada uno es como se ha hecho.

Similar ecuación de certidumbre puede aplicarse a Susana.

Susana y Elisa no residen en mundos antagónicos. El mundo es uno y esférico, su centro está en todas partes (Susana), su centro está en mitad de la circunferencia (Elisa). La divergencia entre ellas es más de concepto que de idealización.

Susana contemplaba detenidamente el Azul Privilegio desde el coche. A ella le impone y repele la arquitectura uniforme, los colosos vacantes de cornisas, alféizares, linternas, buhardillas o plantas nobles, la insultante simplicidad estructural. La eficiente e implacable gestión de Hades, censura Susana a los responsables juzgados en rebeldía, en un lugar imponente, despiadado en su adecuación al fin, encaramado por nombre a la aristocracia —el

gobierno de los mejores—, lo más puro, fino y acendrado de la singularidad del futurismo en novela.

El Azul Privilegio es un edificio limpio de residuos orgánicos y ornatos vegetales en el firmamento exterior, estoico en la forma, indecoroso en la morbosa transparencia y sarcástico reflejo de sus celdillas rectangulares. El Azul Privilegio es sede de oficinas, transacciones y decisiones de ámbito global.

Dijo Susana a su amodorrada mascota: “Es la repulsiva imitación de una ciudad, en vertical, habitada por mutantes monomorfos, unidireccionales, poliédricos, adiestrados en una intransferible especialidad”.

Convino Susana con la mascota: “Si paso una hora dentro del Azul Privilegio me convierto en uno de esos autómatas con ropa de marca y fragancia cara”.

Susana se abstiene de airear sus opiniones, una vez formadas, ante extraños o conocidos. Hay sentimientos de los que no conviene alardear si quiere seguir en el negocio del que a intervalos subsiste, especialmente si el parecer expresado y sometido a juicio es intrascendente, decadente e inoportuno para la mayoría.

La Primera Ley del Sentido Común recomienda mantener las distancias y aguzar los cinco sentidos al transitar por vías rápidas en condiciones precarias de visibilidad o bajo los efectos de perturbación anímica, prejuicio u ofuscación.

“Es una paradoja próxima a la humana” —evaluó Susana, sumando en orden inverso los pisos del Azul Privilegio. El número total resultante era par, compuesto por dos cifras. Una cifra par y la otra impar. A su vez, las dos cifras sumadas daban un número impar de una sola cifra. Pero Susana desconocía cuántas plantas subterráneas habilitadas para aparcamiento y otros menesteres incorpora

la mole; de ahí que el cálculo no fuera fiable ni tampoco la traducción numerológica. Tema zanjado: el Azul Privilegio denuesta todo aquello que zahiera el cientificismo.

Al simplista dibujo del edificio se opone el laberíntico entramado de sus vísceras, el microcosmos regulado por la tecnología punta desborda cualquier apreciación inducta que pretenda desmenuzar un todo tan abrumadoramente compacto y fluido. Salvo una avería prolongada en el suministro energético, un cerco férreo que impida el flujo constante de la insustituible materia consumible o un certero ataque a la médula espinal que todo lo rige, todavía no exenta de tales peligros.

“Es una paradoja que acentúa la contradicción” —corroboró Susana.

Esta sociedad no es una ni esférica, como no lo es el Azul Privilegio; esta sociedad es un compendio de sistemas y subsistemas sociales.

Gámiz aboga por esta tesis, desde la que pone en circulación difusas analogías del siguiente calibre: “Escarba la superficie con el filo de las uñas, y al que le dé repelús que columpie capas con las yemas de los dedos, al segundo o tercer barrido afloran cantidad de objetos que se ofrecen a examen; al cuarto o el quinto lo que brota es la compleja e imprevisible interacción de esos objetos indagados con los métodos para tal fin”.

—¿Este yacimiento tan fecundo es abarcable con los brazos extendidos, con la vista o con el intelecto? Es por delimitar la ubicación.

—¿La superficie de rasgueo es sólida, líquida, gaseosa o conceptual? Es por adecuar el tipo de impedimenta a la prospección.

—¿Dónde se solicita la autorización para socavar las distintas capas epiteliales? Es por estar legalizado además de legitimado.

Susana suspiró quedo dentro del coche. También Susana siente de vez en cuando la necesidad de legitimarse ante el Alto Tribunal Universal. A medida que la espera se prolonga mayor es el número de situaciones que se reviven, con texto e imagen; los dedos de la mano izquierda de Susana actuaban sobre el lomo de la ballena macho con tierno vaivén, el tipo de contacto que ahonda en la melancolía y la sensual turbación del que lo goza. “¿Qué quieres decirme? ¿Adónde me transportas? ¿Es el prólogo de mayor deleite?” La mascota babearía, si eso fuera posible más allá de los límites impuestos a la imaginación. Si los límites impuestos a la imaginación fueran equiparables a los que asigna la racionalidad, la mascota a la que se concede característica humana recorrería las esmeriladas avenidas del espacio intemporal en calesa palaciega de movimiento perpetuo.

Las avenidas del espacio intemporal —concebidas por la imaginación ociosa, la imaginación artística y la indulgente desiderata— no están urbanizadas y sólo se distinguen por visión periférica. En charlas de dos voces, pocas veces tres, excepcionalmente más, entre Héspero y Eóforo (o llamado Heóforo, Fósforo y también Lucifer), con una y cuarto o una y media botellas de aguapié —bebida de continencia y consuelo de mesa humilde en el Barroco español, que R. Comodín prepara artesanalmente y por capricho, tirando de recurso y empolvada tradición, para guarnecer su carta de elaborados y exquisiteces con el aditamento más celebrado y caro—, virutas de jamón ibérico y tacos de queso curado de ovinos y caprinos trashu-

mantes, la rutilante flecha del tiempo muestra su perfil bicéfalo.

R. Comodín, de quien al igual que sucede con el Tiempo —el temporal y el intemporal—, se conoce lo que él concede, o sea, lo que le conviene —¡qué hombre extraño, cuánta fascinación ejerce el que no se prodiga!—, y Moncada y una tercera persona que no es más que eso y así, en la memoria, se llama, departen sobre lo divino y lo humano a resguardo de la humanidad y la divinidad, con ilustrativas referencias a la desvaída tradición oral.

—En época remota, cuando la mera sucesión de días y noches bastaba para ensalzar el prodigio de la vida, un ser andrógino bípedo —un ser todavía indefinido, en formación, pudiera ser el humano primordial, pudiera ser el precursor del humano macho— acariciaba con una sola mano a su pareja de odisea. Fue tal la prolongación y vigor de sus caricias que el encandilado dador franqueó una a una las sucesivas barreras que preservan el santuario de la musical Fuente de la Vida, llegando a tocar con cuatro dedos el festivo músculo percutor. Y ante el plácet del receptor así agasajado prosiguió el intrépido profanador en su empeño, entre curioso y amatorio, humedecidos y teñidos los cuatro dedos por la densa sustancia ritual regurgitando a ritmo creciente, hasta adherir los apéndices en sendos departamentos que posteriores generaciones de eruditos sexuales denominaron aurículas, dos, y ventrículos, dos. Pálpitos y sedosos escarceos más tarde, el quinto dedo, el rezagado, el oblicuo, se ancló al órgano batiente para no ser menos esta vez, y cabalgó junto a sus hermanos de cavernaria correría mientras el corazón de esta guisa empuñado lo permitió, y luego de haberse dejado montar, que no domar, comenzó el agraviado a desembarazarse con brío de la opresora vecindad amenazando con anegar de

tintura a los invasores, peor aún, presagiando un estallido que diera al traste con la conquista.

—En esa misma época, un poco antes o un poco después, es difícil precisar a tanta maleada distancia, en esa época sin recensiones proclive a mitificar y al mito asida, un ser bípedo de constitución todavía andrógina —pudiera ser la humana primigenia, pudiera ser la precursora de la humana hembra— arrullaba con cántico entrecortado y gutural a su pareja de prodigiosa evolución. Tal fue su arte y perseverancia que logró vencer, en seis transcurros de plenilunio a novilunio, la inicial prevención del otro a los nuevos aterradores significados, y lo adormeció y lo acunó entre el todavía no jarifo pecho y la todavía no dilatada cadera. Luego, aquel pertinaz ser espoleado por el don hechicero con el que la Naturaleza adventiciamente le había dotado, intuyendo que aquello era una muestra de los reovecos en los que inmiscuirse —con la implícita permisión de la infinidad de cuerpos celestes que en aquella apartada cronología, donde la palabra *principio* se escribe hoy en cursiva o bastardilla, se asomaban raudos y esquivos al incipiente proceso que introduce algo sustancial—, siguió a lo suyo descifrando el destino de la especie. Fue tal la dedicación y destreza en su apasionada ocupación, ahora también con el inestimable refrendo de las manos, que en otros dos completos desplazamientos lunares gratificó su tesón traspasando la barrera craneal, alcanzando lo que eones después se reveló a la rosa de los vientos y a los siete mares como masa encefálica. Un hito en el íncipit. No es por desmerecer, pero ya por aquel entonces el órgano percutor y aspensor era más asequible al hallazgo, siquiera por lo notorio, predecible y delator, que éste otro, tan concienzudamente protegido, silencioso, intrincado y de provecho ignoto. Dado que el inspeccionado continua-

ba dormitando con los labios imbricados en la aréola más cercana y el resto del cuerpo embelesado con el porvenir que aquella mística conversación auguraba, vamos, trepando por la cuerda de nudos hacia el séptimo cielo, el osado ser partidario del hipnotismo y la neurocirugía, meticuloso, con tiento, paciencia y sabiduría —cualidades para la confección del porvenir—, aunó su inercia a la de aquella masa inextricable y pasó una gran cantidad de tiempo sidéreo, entretenida y meditando, recorriendo dactilarmente los surcos, quizá enseñoreándose de las respectivas funciones que la posteridad anunciaría; es un suponer. Pero al cabo advirtió que aquel rugoso y esponjado laberinto dejaba escaso margen —por no decir nulo para las precoces mañas del periodo— a la materialización de nuevas circunvoluciones, al albur de la probatura o ideadas, y grande era el riesgo de desbaratar por hundimiento y desgarro lo ya constituido en arcano trabajo de zapa, por lo que, en un alarde hacendoso sin parangón —y afirmando que el orden nace del caos y el caos existe para facilitar un nuevo orden, simple, práctico—, destrenzó decenas, cientos o miles de surcos, que la paciencia y la solicitud del intervenido daban para eso, alisándolos y alineándolos cual meridianos y paralelos de un supuesto globo terráqueo con peana incorporada. Una magna labor. Inconclusa, todo hay que decirlo, pues, a consecuencia de la selectiva y minuciosa manipulación, el otro ser, el adocenado objeto de experimentación, resucitó embriagado, eréctil a tramos e izado de entre las fantasías oníricas por desconocidos impulsos clamando lascivo para ejercitarse en la muy a posteriori denostada técnica de la consumación inmediata.

—Un buen sueño abre el apetito y reanima el instinto; es cosa sabida de antiguo, registrada por amanuenses en

crónicas cotidianas de venta en librerías de lance y herboristerías.

La segunda y última botella de ansiolítico aguapié siempre queda por vaciar en las tertulias de vigilia que organizan Moncada y R. Comodín, ocasionalmente con la asistencia activa de una tercera persona, la tercera copa oblonga, hembra o varón, cuyo nombre pasa a la posteridad de puntillas.

Susana ha repetido como invitada en el Foro de la Exigua Minoría; expectante, relajada, activa, concisa y audaz a partir del segundo acto de la primera improvisada participación en el exclusivo Censo de los Impertinentes. Qué ganas tenía de sopesar la personalidad del renuente de manera tan exclusiva, qué anhelo extático por revalidarse en la irradiante connivencia de los claustreros con el simbólico dorsal en la testa a guisa de diadema.

“Soy Susana” —se presenta Susana a la asamblea—, “y todo lo que se trate aquí y ahora me incumbe.”

—Es cosa sabida de antiguo que el alma, el alma de todas las cosas y también el alma de cada cosa, se escabulle inmisericorde de perseguidores y devotos. El alma es la excusa para seguir buscando lo que jamás se ha ocultado.

—Aquellos seres primigenios ya buscaban el interruptor que da vida a lo que no la tiene y da muerte a lo que sobra la vida. Aquellos seres por definir eludían la retórica parlamentaria, conocían de la prisa tanto como de la pausa, de las obras de referencia como de la experimentación en laboratorio; sin embargo, ambos seres primigenios alcanzaron el mismo confín que sus lejanísimos descendientes. Y hoy, igual que ayer y anteayer, seguimos apoyados en la baranda de la misma frontera, siendo más, definidos, estilizados y vistosos; con un ojo en el océano y otro en la

atmósfera, con el billete de ida impreso en la mano. Pero del alma, nada. Pero del interruptor, nada de nada.

De los seres primigenios hemos heredado, además, las obsesiones. Y el afán por darles nombre científico. Y la utópica esperanza de ser recompensados en *alguna otra parte, en algún extraordinario e idílico lugar* —sobrepasado el Grupo Local y también el Supercúmulo Local, pero todavía lejos del Gran Atractor—, por nuestra munificencia en pro de respuestas.

—La vida sería más fácil sin los desvelos estériles.

—Sin el vaticinio de alma racional.

—Ha sido dicho: “Los espíritus nos hacen la vida más difícil de lo que debiera”.

—¿Quién establece el límite en la dificultad?

—Ha sido dicho: “La inminencia de la revelación es la mayor pausa que ha conocido la Humanidad”.

—La revelación de todas las cosas que han sido, son y serán.

—El mayor lastre.

—Un paréntesis galáctico.

—El mejor acicate, seguro.

—El precursor del humano macho, cuyo nombre trasladado a esta era finalizaría con la letra *o*, no era, obviamente, un ente espiritual y ya se hallaba dotado de incipiente razón para polemizar entre configuraciones ramosas y triangulares. Quiérese decir que lo por él descubierto merecería, por memorable y utilitario, ser registrado para la posteridad. Sus ideogramas nos han sido legados en frescos de hemoglobina: escenas de caza y supervivencia, escaramuzas bélicas de incierto resultado, derivados *faloides* y *vulvares*. Retablo de plasmación episódica, de temática hartamente recurrente, a la que sin duda dedicó muchas jornadas de inclemencia atmosférica y consiguiente recoge-

miento hogareño. Pero, claro está, el Tiempo no influía en el precursor como en su innúmera progenie.

—La hembra humana primordial, cuyo nombre en lengua franca acabaría con la letra *a*, dispuso de la expresión, la algebraica y la corpórea, como estímulo visual para transmitir su ideología a las generaciones que desde ella fueron, comprendiendo análogos ciclos. Su estilo es de síntesis y la gama de colores se desplaza del gris oscuro ceniciento al plomizo gris claro.

Susana esperaba a la clienta con un ojo en barrido sobre la amplia acera y otro posado en la cuna. La mano que acariciaba miméticamente a la mascota le perfilaba la zona donde se incluye la cabeza. Los encéfalos de la ballena y el elefante son mayores que el del hombre en peso absoluto. Se lo dijo Susana a la ballena, a media voz para que no se envaneciera ni pretendiera entablar duelo de insulsas comparaciones. Llevaba diez minutos dentro del coche estacionado en doble fila, diez minutos de mundo activo reflejado en los paneles rectangulares del Azul Privilegio. Se le marchaba a Susana la mirada hacia la pantalla, se resistía pero la mirada se le deslizaba de la acera a la puerta giratoria, de la puerta de cinco gruesas láminas de cristal a la marquesina, la marquesina con las catorce letras del nombre, que de por sí constituyen una extensa declaración de intenciones, a los espejos rectangulares; le saltaban los ojos de la primera planta hasta la última y vuelta a empezar. El paso del tiempo en la ciudad decoraba el número par de pisos del Azul Privilegio, y es de suponer que cuando el sol incide en la estructura el azul del edificio baña una franja urbana equivalente. Susana desdeña su indolente mirada atrapada por el símbolo sedentario que más le repele. Pregunta: “¿Qué quieres decirme que ya no sepa?”

De la última planta a la octava. Susana había visto algo surcando el aire templado de la noche, lo había imaginado, lo había visto con la mirada que recoge imágenes de las diversas dimensiones que cohabitan en el interior de cada cual mientras se aguarda. Al fijarse, Susana no vio nada extraño que justificara el quedarse mirando aquella porción de edificio, salvo que lo visto o imaginado pronosticaba lo que iba a suceder; es decir, que la burbuja expelida desde la octava planta —que vio descendiendo al poco de llegar al punto de encuentro—, no había iniciado el viaje de vuelta, todavía estaba adquiriendo forma y volumen, aún era poco más que una sombra. Salvo que aquello imaginado, en realidad, sí había ocurrido, pero antes, horas antes de que ella estacionara su impoluto y refrescado vehículo cerca de la acristalada puerta giratoria por la que la clienta abandonaría el edificio. Una clienta que todavía estaba adquiriendo forma y volumen.

Aquella noche a Susana le tocaba esperar. Aquella noche Susana cultivaba el arte del pensamiento retrospectivo desde la calle, a través del parabrisas, con los dedos de una mano cosquilleando a la mascota, con los dedos de la otra mano ejecutando una zarabanda en la parte alta del muslo. A ocho pisos por encima de la danza, en su pedestal, Elisa conciliaba realismo y ficción: “Todo lo que imagino quiere decirme algo, algo que ya sé; puedo seguir viviendo en la ignorancia de lo que ya sé”.

A Susana le tocaba esperar.

En fin...

Cumpliendo órdenes

Todo discurría con inusual placidez. En su memoria reciente no conservaba Elisa el recuerdo de una mañana tan exenta de negocio, agobios mentales e idas y venidas a través de la puerta de Marta la secretaria, demás subordinados y colaboradores remunerados. Pudiera ser casualidad, simple coincidencia, que el mundo de cada día durante unas horas hubiera tomado un descanso en su frenético quehacer. Casualidad, pudiera ser.

Era viernes. Los viernes se regodean acuciando con demandas insatisfechas de lunes a jueves. Los viernes por la mañana son un enjambre de temas pendientes, urgentes, ineludibles, que volverán el lunes. Era viernes, lo que añadía otra contingencia a una mañana en la que se validó aquello de que la calma precede a la tempestad.

Marta, sucinta en el mensaje, se lo anunció por la línea de órdenes.

—Reunión a las siete. Inexcusable.

Elisa protestó, qué menos. Liberó su malestar ante la noticia. La suya fue una protesta que actúa como réplica automática ante un agravio. La protesta es un instrumento de precisión reflejo, también es un derecho tan inalienable y reivindicador como quimérico y accesorio cuando no es admitida ni siquiera a trámite. No obstante, conviene hacerse oír y evidenciar la indefensión aunque sirva de poco; es bueno significarse en primera persona contra el flagrante abuso, aunque la voz descubra que el afectado se halla inmerso en otra experiencia, por lo general muy absorbente y privada. Es como el comer a la hora del

almuerzo, hay que hacerlo con o sin apetito, se esté o no acompañado.

—¿A qué viene esta premura? Me suena raro, Marta. Las reuniones tienen su proceso... Vamos, que no se improvisan.

—A mí no me dan explicaciones. A mí me dicen lo justo y yo doy aviso con casi las mismas palabras, eso es todo.

—Ya. ¿Y por qué no he sido informada directamente?

—Me dijiste que no te pasara ninguna llamada, ¿recuerdas? Eso es lo que he dicho: está atendiendo un asunto indelegable, no puedo interrumpirla; exactamente eso es lo que he dicho y es lo que tenía que decir.

—Ya. ¿No hay manera de... ya sabes?

—No hay manera, hoy no. A las siete tienes que estar en la sala. —ratificó Marta con pocas ganas de conversar. También para Marta era una mañana lánguida, en exceso monótona y contagiosa, una mañana que no amplía el anecdotario.

Marta detesta el ocio en horas laborales, no le va estar de brazos cruzados; le molesta, considera que incluso le degrada la catalepsia funcional y el reincidir en la pulcra disposición de lo confirmado y registrado en las agendas.

—Tendrás que revisar tus planes de esta noche, me parece —comentó a su jefa.

Punto y seguido

A Marta no se le escapa una.

Elisa puso los codos sobre la mesa, se llevó las manos a las mejillas, luego al cuello y de allí a la nuca, masajeándola con los dedos. El masaje dactilar en la zona del occipucio es terapia que alivia de la impaciencia, del estrés, y con tino y constancia también desaloja la sugestión. Se convence Elisa: lo que *podría ser*, en el fondo, le trae sin cuidado; sabe que este es su mundo, el que ha elegido, por el que apuesta de aquí a la eternidad.

No es más que sugestión, o curiosidad; no es más que eso.

Así de fácil resulta desasirse de ficciones y fantasías, basta parpadear unas cuantas veces y oxigenarse a ritmo lento, retomar el pulso a lo cotidiano y ocupar las manos en algo productivo. Pero no es así de sencillo. A Elisa la embargaba el reflujo de su osada invención, que había quedado truncada a causa de una mudanza interpuesta por un guionista burlador. Se propuso llegar muy lejos esta vez. Había llegado bastante lejos, pero aún quedaba trecho por recorrer y figuritas de belén que animar hasta la frontera: Elisa la deseada, Diego el amante, Hike el terapeuta, la servil Marta, el amonestador Hike, Marta la sagaz, una taza de humeante infusión, la ninfa vocinglera. Era una ficción, no un desvarío.

Es una provocación.

Es una idea perturbadora.

Lamentablemente para Elisa —esta moneda tiene dos caras—, en diferentes versiones y similar propósito la

ficción reincide con la pujanza de un acontecimiento — calificarlo de suceso sería dramatizar en exceso— que hubiese empezado fuera del presente, tal y como se sitúa la línea de la finitud o los áureos cimientos del arco iris para un observador limitado en su desplazamiento, y llegado el caso exigiera un final, si no concluyente por lo menos satisfactorio y con títulos de crédito.

¿Por fortuna, por desgracia? Elisa tiene apego a la periódica intromisión, y le concede pábulo. Es una película de suspense con guiones alternativos. Merece una reprimenda por fisgona e imprudente, pero sería en vano.

Quiere seguir un poco más allá, un tanto más de artificiosa seducción hasta haber brindado con Diego en copa helada, desnuda, sentada en la arista superior de su butaca; hasta que Diego la hubiera visto en ese momento de irresistible atracción gravitatoria, deslizando las plantas de los pies sobre los brazos de cuero negro del soberbio mueble, aunque fuera un instante y a través de una celosía. “No, no hace falta que introduzcas monedas en la ranura, Diego, el espectáculo es gratuito, de duración indefinida, mientras me plazca, dedicado con sorna al veedor escéptico.” Sosteniendo indolente con los dedos índice y pulgar de su mano derecha en perpendicular a su seno izquierdo la copa de licor de canela, inclinándola al cabo de sensuales arabescos hacia la carnosa eminencia, el *finis terrae* boreal, arqueada la espalda con lasciva lentitud, “lo ves Diego, yo también puedo hacerlo, es divertido, he practicado, ¿te acuerdas?”; vertiendo cintas de frío licor de melón hacia la cárcava con pulso firme, resbala la saeta líquida, sortea el cráter cegado, se desliza el regato albeando el trémulo lecho, todos los caminos conducen a la quebrada austral. “Date cuenta, Diego: soy exclusiva; soy Egeria, la diosa fuente.”

Diego no habría resistido ni un asalto.

Así es como Elisa desea que Diego la vea, con tiempo fuera del Tiempo para demostrarle —¿quiere hacerlo?, ¿tiene que hacerlo?— que ella es capaz de lo que se le antoje, de lo que le venga en gana, sin imposiciones. Para demostrarle que ella hace lo que quiere hacer. Y para que la admire, ADMIRE, en voz alta, con letras mayúsculas y en todas partes.

Pero no es así como Diego quiere verla. Cuando Diego le pide a Elisa que se desnude habla de sentimientos, no de ropa. Diego ya ha deambulado por la completa orografía y los topónimos de su cuerpo. A Elisa le costó desprenderse de su ropa la primera vez, hace años, algo menos la segunda y casi nada en adelante —aunque de principio a fin se empeñó en conservar el estigma psíquico de las vírgenes en reserva—, degustando, sí, ambos, ese complemento a su privativa relación. En cambio, se aprestaba a desnudar a Diego, a pedirle que se tendiera en la cama y la dejara hacer sin rechistar, siempre una cama mayúscula de colchón duro, siempre en una cama de sábanas limpias, y a inspeccionarlo rutinariamente. Elisa vestida, Diego desnudo. Etapa de méritos y éxtasis. Etapa ahora soterrada. Diego todavía no ha visto a Elisa como a él le gustaría, insiste, ni nunca lo conseguirá, rezonga. Elisa cree que se autocomplace con el infundio.

Cada uno piensa o imagina a conveniencia y con sus argumentos.

A medida del otro

Casualidad o simple coincidencia. Aquella noche había una fiesta.

Elisa y Belo J. estaban invitados a una fiesta en dos partes organizada por unos amigos de Belo J.; tenían que acudir. Todo estaba dispuesto desde hacía una semana. Belo J. la pasaría a recoger a las nueve y media, ella ya estaría preparada, fragante y festiva. Él habría llevado su coche al túnel de lavado, el coche y Belo J. lucirían impecables. Belo J. y su coche no precisan de excusa para resplandecer. Por el camino hablarían de la fiesta, los anfitriones y los invitados, al entrar en el restaurante se cogerían de la mano, se entrelazarían cuatro dedos, dos ensortijados de ella, dos regordetes de él. Entrarían cogidos de la mano como un matrimonio en camafeo que proyecta su felicidad al prójimo. La feliz pareja tallada en piedra preciosa. Están hechos el uno para el otro, se proclama al mundo. Entrarían en el restaurante unidos por los dedos, sonrisa al unísono sin apenas despegar los labios, la mirada orientada hacia donde se debe, cortesía verbal en el saludo y proporcionados ademanes de sociable intimidad en consabida prelación. Aquella noche, a las nueve y media, le apeteciera o no a Elisa, su novio la recogería en coche, le apeteciera o no a Belo J., para ir a una fiesta desplegada en dos escenarios, les apeteciera o no.

Elisa se hizo a la idea de que había que modificar los primeros compases del plan nocturno, telefoneó a Belo J. para anunciárselo.

—Hasta las nueve seguro que dura, quizá se prorrogue media hora o...; no sé qué decirte.

—Vaya, a mí también me ha surgido un imprevisto más o menos a la misma hora. Qué coincidencia inesperada. Aunque no creo que lo mío vaya a durar mucho. Iba a llamarte a casa.

—Sí que es casualidad —acompañó Elisa, imitando el tono de voz de su novio.

Es como si para él, a través de su pertinente y manida elección de las frases, nada en el mundo excediera de un nivel soportable para seguir en la arrebatadora unicidad con independencia de las efemérides. Quizá tenga razón.

—He pensado...

El pensamiento de Elisa circulaba en sentido inverso dando bandazos.

—Oye... ¿tenemos que ir?

Irían y ninguna coartada era suficiente para salvar las apariencias de los desertores en una celebración con dos partes y amplitud de horarios. Pero ya lo había dicho, interfiriendo con intención pero sin brusquedad ante una propuesta individualizada y ahora esperaba la más que previsible reacción de su novio a la pregunta, no al corte discursivo.

—¿No quieres ir?

Escueto Belo J., sin elevar la voz para imponerse o esgrimir un prolijo, encendido, apabullante alegato en pro de su criterio, a su heredada compendiosa manera ya lo tiene todo dicho.

—Tenemos que ir, lo sé. Bueno, ¿cómo nos organizamos?

Belo J. es hombre previsible, muy del agrado de Elisa. A Elisa le convence como marido en este mundo ya dimensionado el tipo de hombre que reúne Belo J., con los

aditamentos de serie que auspician la feliz consecución de las expectativas. Durante los cuatro años de ininterrumpida relación, el primero de tanteo los demás de consecuencia, Belo J. ha sido y ha obrado como cabía esperar, como desea Elisa que sea, piense y se manifieste su electo cónyuge.

Un tipo de hombre ponderado. Un tipo de hombre detallista.

Belo J. era el paradigma de la inmutabilidad hasta esa malhadada fecha. A la madre de Elisa no le hubiera sorprendido tan nimia metamorfosis: “Las fases emocionales de algunos hombres distan en ocasiones de su carácter, pero son pasajeras y a medio plazo nuevamente predecibles”. Se refería a su marido, al padre de Elisa, y por extensión a Belo J.; cosa que a Elisa no se le había ocurrido imaginar, un padre y un novio a priori tienen en común el sexo y sus condicionantes. Es una explicación. La madre llama Eli a su hija cuando hay pocos oídos; algunos días Elisa va a comer a casa de sus padres, va a comer con su madre y su hermano algunos laborables y es entonces cuando la madre la llama Eli y su hermano Lisi. El suyo, a la vista está, es un nombre que da juego sin abrumar el ingenio.

El padre de Elisa hubiera achacado a su hija cualquier defecto publicitado en el indisoluble vínculo de los comprometidos, por omisión culposa, por desidia temeraria, por aplazamiento pernicioso: “Elisa, arréglate con Belo J. ya”. Asunto zanjado.

Cómo nos organizamos, había preguntado Elisa a su novio, dejándole la iniciativa, despreocupándose de disputar. Belo J. resolvió el problema en media hora. Se lo comunicó por teléfono y Elisa consideró asombrada —también molesta, pero eso después de colgar el teléfono— que la

solución de su novio entrañaba de por sí un problema tan inesperado como la reunión vespertina, pero más nocivo.

Y dado que el viernes continuaba su cansino recorrido, con Marta recluida en el mutismo al otro lado de la puerta, la pantalla del ordenador proyectando las contorsiones de un triángulo blanco y los dispositivos de comunicación sesteando dentro y fuera de la malla mundial, Elisa dispuso de tiempo y ganas para exhumar la polémica que Belo J. había obviado con inopinada celeridad y estrategia.

¿Qué se le escapaba a Elisa? ¿Qué clase de interferencia desvanecía en media hora, por cuantificar en minutos lo que debía servir para los restos, aquello por lo que durante años, trece, catorce, cada una de las sensaciones incorporadas —cada una de las múltiples sensaciones aleteando en derredor del mismo conocido mundo, el mundo ya formado, el mundo apostado, el referente, el mejor de los mundos si hubiera una subasta en la que pujar por distintos mundos— se había erigido en la decisión única, o, por así expresarlo, en la decisión máxima, el pináculo de la obra arquitectónica?

“Elisa, tú divagas.” “Elisa, le estás dando una importancia que no tiene ni merece.” “Elisa, contigo no reza el victimismo.”

No es una enamorada despechada por su amantísimo novio. Ella y Belo J. no pasaban por ninguna crisis ni se atisbaba individualmente un ánimo lábil, un decaimiento o un progresivo abandono de las estipuladas y refrendadas intenciones. Nada de nada, pura especulación.

“Tú divagas, esta mañana no tienes la cabeza en su sitio.”

Elisa es firme en sus convicciones: un novio no es el marido, el noviazgo no tiene porque asemejarse a un matrimonio.

Los novios oficiales, también los oficiosos, aguardan a que su pareja acabe con los trámites estéticos, y en su caso los profesionales. A la mujer se la busca, a veces se la encuentra, se la espera, se la desea en presencia y en ausencia, en sueño y consciencia, y se la agasaja mostrando preferencia por sus femeniles necesidades, intuiciones y ocurrencias. Un novio formal, también el informal, escribe a lo largo de su vida muchas páginas en blanco con tinta invisible, esperando, deseando, imaginando; y es a su pareja a quien primero recoge en coche y a quien en último lugar despide a la puerta de su casa, perseverando en la vigilancia hasta que desaparece todo rastro de luz eléctrica. En la adolescencia agrupada, con una mano titubeando en la linde entre el cabello y la frente y la otra pinzando la cadera o la cintura, se ideaba así. Y en fechas contiguas y aun muy posteriores a la de aquellas presunciones volátiles como el alcohol, los chismorreos y el dinero para transitar por el fin de semana, no es admisible que el novio ideal, residiendo bajo otro techo que el de su pareja, contrate por teléfono un vehículo de alquiler, incorporado el conductor, para que supla en la incumbencia al inalienable; eso es hacer apología de tradiciones dispares a una cimentada idiosincrasia.

Los conflictos de pareja —los conflictos mayores o menores que surgen de y por la pareja—, cuando adquieren esa calificación por una de las partes, la parte que entiende que la discrepancia habida es un conflicto, se solventan ignorándolos; es solución rápida y eficaz de aplicación por la parte agraviada. Es una buena solución para preservar intereses superiores que disculpan la evidente renuncia a dirimir de facto el pleito en pos de un mutuo acuerdo compensatorio.

De esta manera, la desconcertada Elisa quiso objetivar sus acciones, sentires y razones, a esa hora meridiana en la que el culto a Venus pasa desapercibido o es abominado por representantes ladinos de ambos sexos.

Pero la realidad, su realidad, se volvió descarada, remolona, extraña. Su ufana objetividad se había atrincherado al otro lado de la puerta y de la semitransparencia-semiopacidad del diseño acristalado, también en los vericuetos de la fantasía. La realidad, confabulada con el despropósito, se resistía al acoplamiento haciendo oídos sordos a los llamados de la nave nodriza. La realidad de Elisa, y del que estrena alas y las pone a prueba en consonancia con su utilidad, aplazaba socarrona la devolución a su propietaria de las distinciones social, profesional y emocional, exponiéndolas al riesgo del viento transmontano. Muy a lo lejos, casi a la distancia de los puntos cardinales, avisaba Elisa achinando los ojos sus honores inermes ante los fatídicos elementos.

Está bien dejarse seducir por la imaginación, es sanativo, recomendable en estados de carencia; y confirma la existencia de un insalvable abismo entre lo posible y lo probable, recapitula Elisa. Pero todo tiene un límite, al igual que todo tiene su grado óptimo de temperatura y su punto idóneo de cocción y sabor. La imaginación controlada como la luz eléctrica, el teléfono o la computadora: a través de teclas, botones e interruptores.

—Marta, no me pases llamadas. Estoy ocupada.

—¿Si llama Belo J.?

—No creo que llame, pero si lo hace pásamelo.

—Si es una llamada que tiene que ver con lo de esta tarde a las siete, ¿qué hago o qué digo?

—Si es por lo de esta tarde, sí estoy. Pero no me pases ninguna otra llamada. Regreso el lunes. ¿Entendido?

—No ha habido una sola llamada para ti en toda la mañana, salvo la citada. ¿No te parece raro?

—No es una mañana normal, desde luego —“tú, Marta, métete la ironía... para sarcasmos estoy yo... qué sabrás tú lo que pasa... un día de estos te grabo con un trépano en la mesa quién soy yo y dónde estoy, y quién eres y dónde estás tú”—, pero la mudez del teléfono no me parece que sea lo más raro —“digamos que hoy están sucediendo *cosas verdaderamente extrañas*”—; tómallo como un anticipo del fin de semana. No me digas que te aburres, no voy a consentirlo.

—Siempre hay algo que hacer, naturalmente —se despidió Marta engolando la voz.

“Asunto zanjado”, confió Elisa. Y cerró los ojos.

La imaginación se desplaza a la velocidad de la luz, el pensamiento bate alas y el deseo circula por carreteras secundarias.

Al cabo, Elisa se revolvió en la poltrona. Con lentitud al moverse pero sin desidia dio su reverso a la mesa, a la taciturna pantalla del monitor, a la suma de pertenencias en el cercado dominio. “Me apetece, creo.” Observó el envés de las cosas —qué lugar enigmático repleto de significados, de relaciones de semejanza, identidades compartidas, desdoblamiento de identidad— y luego se levantó dejando de mirar la cara oculta de las cosas próximas y, midiendo a ojo, arrastró la butaca con esfuerzo de pies y riñones fuera de su espacio; la desplazó a pasitos frente a la ciudad difuminada por el cristal azulino. “Sí, me apetece.”

A continuación se descalzó, apuntó las palmas de las manos en los brazos y subió los pies uno a uno al asiento; giro completo, afianzamiento de pies, talones al vértice de la escuadra, manos al respaldo y culo apoyado en la cima.

Los tentáculos de la base minimizaban el expuesto balanceo concediendo una seguridad animosa a la inusitada trapecista de traje chaqueta. Aquello era gozosamente infantil, excitantemente ridículo; “me apetece”, ¿por qué no se le habría ocurrido?; un tobogán de cuero al que se sube por el frontal y se baja de nalgas sin erosionarse la piel o la ropa; se deslizó por el declive y a la inversa recorrió en un segundo rumoroso la treintena de peldaños ascendentes; ¿por qué había esperado tanto para dar satisfacción a una extravagancia tan simple e inofensiva?; ¿y ahora qué?; piernas flexionadas, las abarcó con los brazos cruzados, las comprimió contra el torso, apretó el vientre, arqueó la columna y arrimó la barbilla al quicio entre las rodillas. “Me apetece.” Le tironeaban algunas vértebras y las pantorrillas, pero se obligó a aguantar la postura. Tenía que hacerlo. Era un desafío.

Es un aliciente que disputa prioridad en el archivo.

Pretendía recuperar memoria. En concreto quería revivir una actitud hológrafa, no una postura o un mero logotipo de sí misma; a solas en su habitación y con la puerta cerrada. La historia se repite. Era una adolescente mentalizada de su tránsito a lo por venir, una adolescente en el tramo final de la condición, responsabilizada, analítica, obediente, subjetiva. Entonces se reburujaba sobre la cama, pues su silla de estudio no era apta, por tamaño y soporte, para tal audacia física. Pero la sensación concurre igual de grata. “Me apetece.” Proclamaba Elisa en el último peldaño adolescente: “Me apetece, lo haré, lo conseguiré”.

Proclamaba su padre: “En esta vida hay que ser valiente y tener las ideas claras”. El padre de Elisa predica con el ejemplo. A sus dos hijas inculcó los parámetros del éxito: ambición, constancia y competencia —cualidades de la

persona hacia la sociedad dice que son, y de las que profusamente hace gala y que tan notable y tangible producto dispensan a la familia—, las claves para conseguir lo que les propusiera la inducción, que en buena lógica —así lo pensaba y sin ambages lo expresaba, por si acaso— no había de diferir de lo conocido, loado y comfortable. En definitiva, la decisión debía de coincidir con alguna de las dos opciones intencionada y solemnemente desplegadas. Los resultados, demostraba el esclarecido padre, sancionaba con acento maniqueo, con su tribal paternalismo de supervivencia, son positivos o negativos según la disposición frente a la vida. Los primeros allí estaban, decía con voz y mirada caciquiles; ese desenlace positivo, paradigmático, era encarnado por los genitores: la mujer realizada como madre y esposa, por libre y mamada disposición de que así fuera; el hombre social y familiarmente triunfador, por sempiterno agrado de que así sea. Dos opciones, dos caminos. Siendo el mejor en la profesión elegida. “Indispensable”, recalca el padre: “Hay que ser el mejor, la mejor; en lo que se haga”. Pero entre dos opciones, entre lo uno o lo otro. Añadía: “Las decisiones se toman con desafecto; incluso la de improvisar, hasta la de tomar partido por lo uno y lo otro en paralelo”.

El hermano de Elisa, por cuestión de edad y quizá también de sexo y época, no es descartable ninguna de las tres variables, dispone de más tiempo y repuestos patrones dentro y fuera de la familia nuclear antes de encaminarse a la cita en la antesala de las decisiones. Hace dos años del aleccionador ajuste entre padre e hijo, de varón que va a varón que está de vuelta, cada uno en su lado de la mesa como se escenificó con las hembras, un anochecer de domingo. No ha trascendido la versión original de lo confrontado y acordado, no se ha publicado la transcripción

de lo tratado cosa que a Elisa le hubiera gustado conocer; supone con fundamento que su padre analiza desde un atavismo egoísta la vertiente masculina de la femenina en cuanto al modo de plantear las mismas cuestiones de futuro.

Han pasado dieciséis años desde el cara a cara de Elisa, la hija de en medio, con su padre, hombre de firmes convicciones y breve y directo discurso. Tampoco se publicó más que el convenio marco, sin escolios o literatura redundante para festonear el trámite, puntuación y asentimiento porque estaba casi todo dicho antes de abordar el temario.

Con Elisa no hubo problema.

Elisa había elegido a su padre como modelo vital, y su padre casi a diario se cercioraba de tener en ella al hijo — sustantivo masculino, no es un error o un desliz, Elisa era su hijo aun sin la caracterización— que alguien como él confía en traer al mundo, a la primera, a la segunda o a la tercera, para mayor gloria de la sucesión. Pero Elisa, que conoce la exigente predilección de su padre hacia ella, cosa que la congratula y también la desarma en el supuesto de que ambos tuvieran que dirimir oposiciones de envidia, intuye que su hermano baraja mayor número de opciones que en su momento ella y su hermana, por lo que el varón demora el enfilarse a la pista de despegue con la aquiescencia de la torre de control. Corren otros tiempos, y deliberadamente subraya la separación en edad entre ella y su hermano, que aunque catorce años en la historia de los humanos no es nada, sí es un período a destacar en la historia de una familia, y, por descontado, es un período relevante en la historia de un individuo; y deduce que tampoco el empuje de su padre es el mismo, o, y esto la desazona por lo que significa de agravio y por la persistencia de la sospecha, hay que contemplar la diferencia de trato en el

hecho fisiológico, es decir, en ser emisor en vez de receptora. La reducción simplista de un problema inexistente.

Sea como fuere, cada cual espera mucho de sí mismo, viento favorable y asideros en la travesía, y si lo que uno espera de sí mismo coincide con lo que en el entorno social es o pronto será, y a escala personal se consuma, lo que hubiera podido ser queda compilado en una imaginaria antología en sucesivos volúmenes numerados, cronológicos y de contenido monográfico los recientes, expuesta en urna de cristal incoloro con tapete de encaje en la parte superior y adyacentes piezas decorativas de barro, madera y porcelana.

Las opciones, también las anécdotas, los recuerdos y los dramatizados desplantes, con el decurso de la vida se van reduciendo, hasta dejarlas en dos, simplificadas y operativas; entonces, si persiste la duda, se pide consejo al sentido común para inclinarse por la una o por la otra. Asunto zanjado.

“Me apetece, lo voy a hacer.”

El zumbido del abejorro sobrevoló el paisaje de fondo.

Elisa demoró unos instantes su vuelta al viernes. A paso lento, perfilando la luneta y la mesa, entornados los párpados, atendió la comunicación sin riesgo a ser vista, componiendo carantoñas que eluden destinatario o reflejo, el insípido boquear de un pez que se exhibe tras el remedo de hogar. Posó una nalga y un tercio de muslo sobre la mesa, encajó las mandíbulas, amordazó la boca con una mano, mascarilla de odontólogo, y carraspeó inclinando hacia delante la cabeza para abortar cualquier indicio de su displicente autonomía antes de reafirmar su autoridad con los dedos corazón y anular de la otra mano deslizándose por la frente.

—Me voy a comer —anunció Marta por el intercomunicador. Su voz sonaba lejana y débil, como si traspasara un búnker amortajado por la maleza o una ventisca himalaya—. ¿Necesitas algo, vas a quedarte, te encargo comida?

Era una voz prevenida.

Elisa se humedeció los labios.

—Dime, ¿qué hay esta tarde?

—Además de...

—¿Hay algo inaplazable, Marta?

—Nada hasta el lunes.

—Anúlalo, sea lo que sea —ordenó Elisa ignorando la previa respuesta—. Estaré ilocalizable hasta las siete.

“Y ahora... lo haré.”

Cogió su teléfono móvil y sentada al modo tradicional marcó el número de Diego. Esperó uno, dos, tres, Diego descuelga al cuarto timbrazo, tres y cuarto, tres y medio; era una costumbre o una manía la de Diego de esperar al cuarto aviso para descolgar; tres y tres cuartos. El dedo índice de Elisa se anticipó por milésimas a..., si es que Diego iba a contestar. Si Diego había leído en la pantalla, cosa que solía hacer, sabía que era ella. “Ahora, tú, me llamas.” Con el móvil extendido en la palma de la mano, mudo. “Ahora, tú.” Pero no, Diego no jugaba a lo mismo. Remarcó el número. Uno, dos, tres. “Me lo pones difícil.” Cuatro. Colgó la tentativa de comunicación el dedo índice. “¿Qué te cuesta?” Otro intento. Uno, dos, dos y medio...

—Dime.

Dime. Diego contestó a la llamada de esta lacónica manera, mientras Elisa contaba uno, dos, venga ponte.

Dime. Así respondió Elisa a Marta cuando la secretaria le recordó que en los días aciagos no hay muralla defensiva ni foso profundo infranqueables. Como no esperaba

escuchar a Diego o ya no le apetecía lo mismo o, y es muy probable, ya estaba arrepintiéndose de llevar a cabo el plan urdido a salto de mata para contrarrestar la decepción, lo único que depositó su voz en el teléfono, y por ende en su interlocutor, fue un eco deformado, un calco rancio y quejoso que la dejaba en mala posición. No, no era eso precisamente lo que le apetecía a Elisa.

—Oye, sí... estoy liada, te estaba llamando y Marta ha venido a darme... bueno, ya sabes, y luego otra vez... bueno, ha sido otra llamada, es una llamada que estoy esperando desde hace horas.

—Sí, claro. Dime. —Este es Diego, incapaz de seguir el juego porque no le da la gana. Como si ella no le conociera, como si a estas alturas fuera a chamuscarla su férvida defensa de postulados e iniciativas—. Dime, qué pasa.

“No cambiará nunca.”

Es inútil, Diego es un ser voluntariamente asilvestrado, está decantado hacia ese sibilino rasgo de libertad. A qué malgastar el escaso tiempo y la estratégica reserva de energía con camelos que persiguen aquello que no van a conseguir. Con tales individuos es preferible desistir tras el primer chasco. En cambio, con un novio no se desiste, a un novio no se le consiente tamaña falta, un novio es un ser aleccionado; con un novio al estilo Belo J. jamás se dirime en terreno enfangado.

Insistencia, oferta, demanda

Con Diego, por teléfono.

—Oye, ¿nos vemos un rato, comemos, tomamos café, damos un paseo?

—Me lo dices ahora.

—Te lo digo cuando lo he pensado.

—Lo dejamos para otro momento.

—Cuándo.

—Esta noche.

—No puedo.

—Ya.

—Yo no puedo, pero tú puedes hacer un hueco; es así como lo venimos haciendo y funciona.

—Ya.

—Mira, nos comemos un bocadillo de pan integral sentados en un banco de madera en la Avenida del Sur, tomamos un café de las montañas celestes en la Pérgola, damos un paseo por el Laberinto con los ojos vendados. Elige. Todo es muy tentador.

—Muy tentador. El viernes es un día tentador que suele abarcar la madrugada del sábado.

—Es lo que hay, no voy a discutir.

—Hay más.

—Me lo debes.

—¿Estás hablando conmigo?

—¡Claro que sí!

Elisa se ha acostumbrado a mandar, a ser obedecida y a enfadarse con donosura, en el ámbito público, el trascendente, y algo menos en el privado. No son dones con que

la Naturaleza la haya dotado, o plenamente dotado —en ese ámbito la Naturaleza se mostró más generosa con su padre o con Belo J., la Naturaleza y la sociedad concomitan en la concesión de réditos a los varones según algunas estadísticas de acentuada maternidad—, sino conquistas relativamente modernas, seis, siete años. Ahora Elisa ya maniobra con destreza en el censo de los electos, valiéndose de la férula y el desdén, dos atributos con denominación de origen en extremo mudables que bien combinados en el crisol confieren responsabilidad de mando, otorgan sujeción ajena y disfrazan el íntimo sentir.

Enmascaran la verdadera ambición, dice Diego; lo que ambicionamos es lo que nos caracteriza. ¿Frente a quién me caracteriza?, pregunta Elisa. Frente a ti, a mí y sigue y suma, dice Diego. ¿No ambicionamos lo mismo tú y yo?, quiere saber Elisa. Por supuesto, responde Diego, sexo y poder; poder y sexo a horas convenidas. ¿Es eso lo que nos caracteriza o lo que nos distingue?, dime, Diego.

—Estoy hablando contigo, Diego. ¿A qué hora quedamos?

La amistad o la pareja no deberían equipararse al noviazgo.

La trilogía

Sucedió una noche de lunes, hace algunos años.

Diego hablaba de sexo y poder sobre la cama, a su lado Elisa, aún sin deshacer las sábanas, la cama de colchón rígido; vestidos, descalzos, peinados. Diego hablaba desde la posición yacente con el brazo izquierdo extendido y en paralelo a la línea del continente, con los dedos pulgar e índice de la mano derecha pinzando su barbilla. Hablaba de esas dos características inherentes a la especie cual maestro que rememora párrafos de su dictada y redactada doctrina social, en perpetua vigencia.

También sobre la cama trajo a colación Diego las concesiones, puso énfasis en las concesiones, la trilogía: sexo, poder y concesiones; no hay ambición sin concesiones, dijo.

No hay ambición sin concesiones.

Con la repetición quedó inactivo y con los ojos cerrados.

Era una noche de lunes que marcó un hito y por eso, más que por otra cosa, se revive a ratos.

Poco después, de vuelta del conciso viaje al país del que nada se sabe si no se ha estado alguna vez, mejor varias veces, sin retocar aquella expresión embalsamada dijo a Elisa: “Te admiro”.

Te admiro, confesó; sin apenas despegar los labios.

Y ella se pobló de complacencia y se le acristaló la mirada en la blanca moldura del techo blanco mientras retenía el halago, lo saboreaba y lo mordisqueaba con el

cuidado y el cariño que dispensan los perros cuando juegan con quien los solicita. Fue un momento feliz.

Le dijo Diego que la admiraba, y añadió poco después que no quería matizar qué partes o qué tramos de ella eran sus dilectos. Elisa se dejó acariciar por la voz y la incógnita, y se avino a ser poseída por nuevas seducciones laudatorias relajando los músculos y desguarneciendo las oquedades. Es sabido que las frases de encomio, iniciada la migración, surcan los cielos en bandada.

Diego saltó de la cama y fue a por algo que guardaba entre libros, papeles escritos y pálidas carpetas abultadas. Volvió con algo bien envuelto, pudiera ser frágil, que le ofreció extendiendo el brazo. Toma. ¿Qué es? Un regalo. La reproducción en porcelana de una fuente famosa, una monumental fuente luminosa, un bonito surtidor que proyecta el coloreado chorro de agua hacia el cielo.

Te admiro, completó Diego, y se retiró a su parcela de cama como si lo que fuera a suceder careciera de importancia. Gracias. Elisa jugueteó con el envoltorio hasta convertirlo en un gurrño que arrojó al suelo donde contó que rebotaba tres veces. Luego, aminorado el impulso carnal: mueca, caricia, beso —era como si él, con su estilo de obrar, le estuviera exigiendo que pospusiera las emociones, incluidas las a flor de piel—, se entretuvo explorando el interior de la fuente a través de la boquera.

Dijo Elisa: Me gustaría que del agujerito manara agua, que el chorro de agua alcanzara el techo, una lluvia al revés, que allí se convirtiera en nube, que la nube descargara una cortina de agua tibia, una lluvia luminosa, a ti te encanta la lluvia, ¿te imaginas?; me gustaría que lo pusiera todo perdido, que inundara la cama, una cama de agua, viajar a bordo de una cama de agua, vivir muchas horas y muchos días en una gran cama de agua de lluvia, ¿te

imaginas?; que nos anegara la lluvia de colores, confeti, confeti; un paseo por las Avenidas bajo una lluvia de confeti, fascinante arco iris moteado; me gustaría; el mundo del revés, vaya, vaya, vaya; me gustaría cubrirme de...

Confites, terció Diego, llenarte la boca y el estómago de confites.

No era la voz del admirador ni el gesto del amante, se había producido el cambio mientras Elisa cumplimentaba el pormenor en voz alta para agradar y para ejercitarse en la fantasía, plagiaba un sueño a conciencia de estar imaginando; cosa que a Diego gustaba, se lo había dicho muchas veces. ¿Qué se había colado en la cama, qué envolvía el papel satinado además de un objeto artístico, decorativo? Cortante Diego. Muy raro, pensó ella.

Eres golosa, eres efímera, apostilló él con voz cansina; te seducen las máscaras del panteón.

Elisa, en acto reflejo, cerró la boca y bloqueó el resto de las oquedades.

¿Cómo? ¿Qué dices? Dime, Diego, ¿qué es lo que te molesta, qué te pasa por la cabeza, a qué viene todo esto? Dime, ¿a qué estás jugando?

Y como Diego callaba, astuto o indiferente, ella continuó intercalando preguntas.

¿Qué hay de efímero en mí que no lo haya en ti?, dime. ¿Quién de los dos es más goloso con la mantequilla, la crema, el hojaldre y los bombones? ¿Y con los viajes de corta y media distancia? Preguntas espaciadas, al sesgo. Dime, ¿en qué te has transformando esta noche?

Me gustaría que te vieras como yo te veo, murmuró Diego.

¿Desde cuándo debería verme como tú me ves?

Hace tiempo, ahora mismo. Te estás cuarteando de epidermis hacia dentro, dijo Diego previo un profundo sus-

piro. Hace tiempo que lo noto, es un cambio inexorable, radical, patológico.

Elisa hacía pocos meses que trabajaba en la octava planta del Azul Privilegio. Lo había conseguido, estaba esperanzada y orgullosa, era el comienzo de algo importante, iba a ganar.

Imposible. Una pareja no se rompe de buenas a primeras, aunque sea una pareja a horas convenidas. Imposible, quiso convencerse ella. Las declaraciones de ruptura, como las de intención, no son elusivas con el hecho en sí. Me está poniendo a prueba por algún motivo que se me escapa, se dijo Elisa.

Flotas en la superficie, en lo aparente, señaló él a párpados caídos. Poco después dibujó en el aire una rotación con el dedo índice asegurándose que ella le miraba sumida en silencio belicoso, incidió en el diseño aéreo, reincidió una tercera y una cuarta vez hasta que la perpleja Elisa — todavía crédula en una broma, una añagaza chistosa, todavía confiada ella en ser víctima de un disparate ideado para amenizar la velada, aún a la expectativa y sin objetar con firmeza— volteó la porcelana con sus dos manos; hasta que la laude incorporada al cimientto del regalo se dejó ver y sentir:

*Adorno de uso ceremonial
Patología histórica
Dedicado*

Texto manuscrito, con buena letra.

A por aire

Sucedió una noche incompleta de lunes errático, hace algunos años. Llovía, empezó a llover a hilachas mientras Diego se concentraba en su respiración y Elisa oteaba el desierto a la espera del siguiente turno de réplica; un turno que si no llega espontáneo se provoca como un parto decidido.

Ni por asomo se le ocurrió rechazar el regalo. Podría haber estirado el brazo fuera de la cama y dejado caer el regalo para que se hiciera añicos, que se fragmentara con estrépito. Visto desde la imaginación el resultado es muy efectista.

A Elisa le gusta acumular; es una acaparadora en sentido peyorativo.

Hay catalogadas diversas maneras de poner fin a una relación de pareja mantenida en una apetecida oscuridad. También hay unas cuantas maneras de evitarlo y varias maneras de aceptar o de rechazar un regalo, y de representar plásticamente la soledad del mal acompañado y de ejercitarse en la exquisita técnica narrativa del monólogo interior. Ahora yo me presento ante mí y dilucido mi yo, a la hora del obligado relevo; se resume en una oración y se desarrolla durante una vida. Pero no se ha dado con una forma convincente de conciliar el deseo y el menosprecio encima de una cama dividida en siluetas; o si la hay Elisa no la conoce.

Qué casualidad, llueve, murmuró ella.

Le faltaba atinar con el significado para entender el mensaje; el significado exacto de lo que no estaba escrito.

¿Qué me quieres decir?

Es muy fácil si lo piensas; deja que la duda se adueñe de ti y que te hable antes del amanecer, dijo él.

Ya. Menos mal que me admiras, espetó ella.

Te admiro, créeme. Te admiro por tu obsesión, te admiro por elevar la patraña a la categoría de canon, te admiro porque eso es lo que necesitas para no aterrizar como los mirlos en su bautismo de vuelo.

Ya.

Elisa abandonó su lado de la cama con el surtidor en un puño y un desagradable poso de nata agriada de garganta hacia abajo. Encendió la luz de la habitación, se dirigió al cuarto de baño, cerró la puerta acompañándola; no, todavía no estaba disgustada ni demasiado intrigada, no precisaba armar escándalo, protestar con ruido, con golpe, con ira. Podía esperar, aún había margen para averiguar qué se proponía Diego con su desatino, con la ridícula pretensión de que meditara acerca de sus dudas. Precisamente ahora que se desvanecían en ella las últimas dudas, las más reacias al color rosa.

Le quedaba una hora. Tiempo suficiente para recobrase y dejar las cosas en su sitio.

Para Elisa aquella sutileza —es una expresión desdeñosa— estaba fuera de coordenadas, era una actuación, un fucilazo de foco que deslumbra y aturde. Era un pretexto para...

En una hora pueden pasar muchas cosas o sólo una: ceder el paso al tiempo.

No, Elisa todavía no estaba lo que se dice enfadada.

Le sobraba tiempo para sentarse en el taburete azul marino con el codo apoyado en la solitaria repisa de los afeites y esperar a que Diego la resarciera acudiendo en su busca, un rescate de contrición, quizá con un nuevo obsequio esta vez envuelto en papel estampado. Lo adivinaba: Diego llamaría a la puerta con las yemas de los dedos, pronunciando su nombre, interpretaría una chacona con el filo

de las uñas —uñas cortas, repasadas, aptas para la espeleología. Ante la puerta, atribulado por su innoble comportamiento, su injustificado y dañino acoso, le recitaría otro texto, improvisado y sentido; eso es lo que su orgullo exigía desde la otra cara de la puerta.

Se lo pondría fácil. Diego se desenvolvía bien con las tres artes liberales del Trivio, emocionaba con su elocuencia. Ella se lo pondría fácil si mostraba arrepentimiento y modoso se atenía a la lógica, la lógica estaba de parte de ella; tan sólo tendría que reflexionar en voz alta sobre el alma femenina solicitando la absolución ante el jurado de almas femeninas.

El alma femenina articula el pulgar de la sentencia.

“¿A qué espera?” Elisa salió del cuarto de baño y a la zaga el siseo de la recarga de agua en la cisterna. “¿Dónde he dejado el bolso?” Cerca de una figurilla de barro crudo que no recordaba haber visto. Encontró dentro del bolso su bolígrafo de oro, grabado con fecha e iniciales, con él garabateó espirales a lo largo y ancho del escrito hasta que la dedicatoria fue un muelle estirado en el tercio superior, un embrollo de aspas en el centro y un muelle comprimido en el inferior. Ahora era ilegible; pero existía, camuflada, incisa, enjaulada entre espirales y equis de trazo meticuloso.

Diego reproducía el desamparo existencial desde su adjudicada superficie de cama como si ya hubiera dicho, con la honrada voz del convencimiento, todo lo que quería esa noche; como si ya hubiera culminado, a través del esperpento, todo lo que le apetecía.

Ella sabía que no era cierto; los hombres no son lo que representan ni las mujeres lo que demuestran. ¿De quién es la aserción? Mujeres y hombres actúan en el mismo

escenario con guion adaptado. ¿A quién conceder la paternidad?

Elisa regresó al cuarto de baño con el surtidor de porcelana en un puño y el texto amortajado.

La luz de la habitación permanecía encendida. Elisa no puede dormir bañada en luz, y al igual que a Diego le cuesta encontrar la postura conveniente al compartir la cama para dormir. Aspectos en común de dos caracteres dispares. Entonces, sentada en el taburete de plástico dando la espalda al espejo, se reafirmó en la posesión de la mitad de aquella cama grande y dura, la cama le pertenecía equitativamente y por extensión una parte del piso, del mobiliario y de la crónica que registran los objetos de uso doméstico. Había algo de ella por todas partes.

Humo de vela

Elisa salió del cuarto de baño dejando el surtidor motivo de controversia y desvelo junto a la jabonera y la luz encendida —otra luz encendida—, la puerta entreabierta y el repiqueteo del agua de la ducha. “¿Dónde guarda las velas?” En la cocina, dentro de una caja de madera con tapa corrediza, a la sombra de dos botellas vacías de vino blanco de aguja útiles como candeleros. El vino preferido de Elisa, del que Diego se aprovisiona para beberlo con ella.

Se hizo con la vela incrustada en la palmatoria, era una vela típica, de color céreo, corcovada. Cogió la caja de cerillas, prendió el pábilo y de esta fantasmal guisa atravesó el piso, descalza, sin roce de cadenas ni silbos estremece-

dores, y nuevamente se refugió en el cuarto de baño manteniendo la puerta entrecerrada y la percusión del agua de la ducha. Intercaló en vaivén el dorso de la mano en la cascada, también la palma, y los dedos uno a uno. Por hacer algo.

Era una idea. Extrajo la vela del soporte, la sostuvo en la mano, aventó la llama con soplidos indirectos para consumir cera. Humo. Dio otra vuelta a la izquierda al grifo del agua caliente. Vaho. Incluyó la vela tangente al desagüe de la pila y acercó la fuente de porcelana por la base. Una película de cera invadió pacientemente el texto y alrededores. Concluida la pringosa inhumación sopló directamente hasta enfriar la pasta —¡felicidades!, que se cumpla el deseo—, la amoldó con el dedo índice a la superficie a cubrir y pulió los bordes rascando la rebaba. Ya está, murmuró.

Limpió el lavabo de residuos cerúleos, cerró el grifo de la ducha, la luz y la puerta, devolvió la vela a la palmatoria y ambas al nicho. Deslizó una a una las yemas de los dedos de su mano derecha sobre la película, era una idea, colocó el regalo de Diego dentro del bolso, se llevó los dedos a la nariz, aspiró el tufillo acre, apagó todas las luces que permanecían encendidas y se acostó en su lado de la cama. Susurró: Está lloviendo, qué casualidad...

¿Es agua?

¿Quieres probar? Tengo un poco aquí... no te muevas, mantén los ojos cerrados, sí, con los ojos cerrados. Tengo un poco en la punta de los dedos, sí, en la punta. ¿Quieres probar?

La suya era una idea a ejecutar en el plano táctil.

De cara a Diego, incorporada desde el antebrazo y la almohada, Elisa le acercó dos dedos a la nariz como si fuera a taponar ambas cavidades, cosa de la que se abstuvo

porque hubiera disipado el propósito y la sorpresa; los dedos mimaron la espina nasal mientras la embadurnaban con efluvio céreo, un olor que los sentidos de Diego no identificaron aunque hubiese apostado a que aquello no era agua de lluvia o del grifo ni tampoco era un anticipo de jugoso humor; estaba seguro de que Elisa no había abierto ninguna de las ventanas que dan a la calle en su mística excursión por el piso.

Enseguida —siempre parece que el tiempo es mínimo, rácano, durante los episodios de placer— las entidades autónomas que eran los dedos descendieron en abanico apropiándose del músculo orbicular de los labios. Ya la boca se le arqueaba a Diego en puro deleite cuando cinco saetas, frías y apretadas, cinco airadas puntas de lanza, deformaron la sensual ranura y se engarfaron entre dientes, paladar, muelas y lengua.

Me lo vas a decir.

Trance grotesco, incómodo. Agresión.

Tienes que decírmelo.

Diego agradeció que las uñas que amenazaban con rasparle las frases en proceso de constitución, los textos ilegibles y todos los significados a descifrar, no presentaran mella; uñas romas, esmalte seco. No moriría envenenado ni desgarrado, su muerte sería por asfixia, en la cama, con su amante.

Una dulce muerte pasional.

Una muerte soez.

Dímelo, dímelo, no tenemos toda la noche, dímelo ya.

Agua corriente

Diego se dispuso a hablar cuando ella le apartó la mordaza. Pero las explicaciones, como las interpretaciones, las deducciones y las reflexiones, no siempre convencen, no son lo completas, solventes y definitivas que se espera porque su origen está viciado y pervive al acecho en la memoria. Y, además, media violencia. Cada uno en su rincón, presos de disciplina, cada cual consciente de sus actos. Eufemismos a un lado, a Elisa no le satisfizo el proemio.

Las explicaciones figuran en página posterior al negocio que las trae a colación; en sentido estricto, no son la respuesta a la pregunta.

¿Qué me quieres decir?, insistió Elisa, machacona, beligerante sin aspavientos.

¿Qué has ido a hacer a la cocina? ¿Qué te propones metiéndome el puño en la boca? ¿Te has duchado? ¿Por qué está la luz encendida? ¿Qué clase de humo flota en el ambiente? ¿Dónde has metido los dedos?

¿Qué me quieres decir?

Diego no respondió a bordo de la línea recta. En vez de eso le preguntó sí llovía, vuelto sordo justo al arreciar la lluvia. Elisa emitió un sonido inarticulado que podía interpretarse en afirmativo, del mismo modo respondió mientras él se aseguraba de que lo que caía del cielo nocturno era agua, precisamente agua, el agua de cada día y no grano sahariano, ácido bórico, anfisbenas o carbunco. Elisa se mordiscó el labio inferior y asintió con la cabeza.

Sí, es agua, está lloviendo y no tiene pinta de escampar. Fenomenal.

El agua es vida, sin agua no hay vida. Sin el calor y la luz del Sol, tampoco. El riego por inmersión es una

alternativa al riego de lluvia en el que concurren ventajas y detractores, inconvenientes y entusiastas. La inundación artificial del suelo regenera los acuíferos, se alega en pro, y esquilma las reservas hídricas de por sí escasas y codiciadas, se alega en contra. Las compañías eléctricas celebran los temporales, también los pescadores de río, la confederación hidrográfica, la comunidad de regantes y el sector turístico de montaña verde se congratulan con los chubascos frecuentes, es de suponer; el caudal de agua es más limpio y abundante con el aporte, aunque efecto y reclamo sean estacionales.

El agua regenera la vida. Mucha gente agradece el agua que cae del cielo, los coches aparcados en la calle se lavan, las macetas a la intemperie se riegan, la flora urbana sorbe, la fauna urbana abreva, el mundo conocido huele mejor y a Diego le apetece aovillarse. Es lo que más le apetece; Elisa tiene la virtud de despertarle el apetito.

Aquella noche de lunes se le antojó incluir una nota a pie de regalo para que ella se estrujara las neuronas. Y en lugar visible, por la razón que fuera, una figurilla de lodo que simboliza un ideal femenino.

Elisa chascó los dedos.

Cuéntame el resto, pidió acariciándose la pantorrilla.

Diego le dedicó una sonrisa brumosa.

Dijo: Afuera llueve, de la fuente invertida brota agua de color farola. Tú piensas que ya parará, me llevará a casa, mañana hará buen día. Estás en la cama, conmigo, y piensas: dentro de un rato volveré a lo mío, hasta la próxima, nadie se ha de enterar. No te abandonas más allá de una medida insobornable, eres taxativa con lo que vives, es eso y sólo eso, desde aquí hasta allí, de tal hora a tal hora, y ni por asomo te echarías a correr aunque fuera para ir de portal en portal no sea que la lluvia injerte obstáculos

indebidos en la carrera, ¡pobres zapatos!, ¡lástima de peluquería!, ¡me estropea la ropa!, ¡resbalaré, me romperé un hueso, perderé el tren de esta vida! Tú te abocas a lo circunstancial y yo me abismo en lo momentáneo. Tú te cuidas de la inclemencia, del imprevisto que no tiene porque serlo. Te deleitas con cristal tallado y yo me extasío con el cuenco que me has encajado en la boca. Dijo Diego con el mirar ausente.

Elisa chascó los dedos y la lengua, se incorporó morosa, replegó las piernas, inclinó la cabeza hacia Diego con la mejilla recostada en las rodillas.

Contesta, exigió agostando la voz, mordisqueándose las rodillas con los labios. Se recriminó su impericia para gobernar el nivel afectivo; se dijo que debía aprender, como si fuera una asignatura, que debía ejercitarse, como si fuera un trabajo, como si fuera lo que era: una inalienable aspiración y un débito.

Matización

La primera ley del Sentido Común diferencia entre el agua que mejor sabe y la que sienta mejor, entre la lluvia que alivia la carencia y la que castiga la avaricia, la que se ampara de la que se entroniza. Y distingue sin error entre la aparición y el aparecido.

El Sentido Común se desglosa en leyes ordinales y es juez implacable de la primera a la última, pero no impone un único criterio ni obliga al cumplimiento de la sentencia.

El Sentido Común se expresa con voz clara y potente; la voz del Sentido Común solapa el fragor de la tempestad, pero no defenestra el libre escogimiento.

Rituales

Diego carraspeó y dijo: Tú eres la fuente, la fuente está seca, a la fuente le falta agua, de la fuente no brota agua, en la fuente no travesea el agua ni las luces. No suena la música festiva. Tú eres la fuente y la llave de paso. Tú, desde hace tiempo, eres un surtidor con la llave de paso cerrada, con las luces apagadas, con el agua estancada. Agua espesa y enferma.

Elisa le observaba con los ojos entornados, exigiendo. ¿Música, no suena la música?, yo adoro la música, vivo con música, yo lo hago todo con música, se dijo. Sí, Diego confesaba, a la manera de Diego.

Prosiguió, surcándose la sobarba: La vigencia de una persona se inscribe en los sentimientos de otra, en ese y no en otro lugar, vino a decir. Los sentimientos son cosa muy nuestra, muy tercios y correosos; se necesita más que un fallo inapelable para enterrarlos en la fosa común. Y repudian los responsos. Los sentimientos son vengativos y se revuelven en la tumba, maldicen y condenan, son inmortales, disciernen y prejuzgan; los sentimientos arrastrados al sumidero contratan sicarios que, cuando menos lo esperas, cuando te sientes en la cresta de la ola, cuando te crees en la senda de los elegidos, cuanto más afianzada crees que estás en el soporte, accionan el mecanismo de la trampa y te reúnen con ellos en el foso. Y entonces ríen,

abren mucho la boca al reír, también los brazos y las piernas. Y te recuerdan lo que conviene no olvidar jamás: no hay mano a la que asirse en la caída. Vino a decir Diego.

Dijo Diego: Hace falta mucho para sentirse libre, hace falta muy poco para sentirse feliz.

Elisa abrió la boca y amagó un bostezo.

Diego, te ha sentado mal la comida, dijo.

No vas a reaccionar antes de estrellarte. Crees que vas hacia arriba, que asciendes imparable y, sin embargo, descienes, bajas, caes, te vas a hundir, acabarás chapoteando en una ciénaga sin nada a lo que agarrarte.

El Sentido Común habla con muchas voces e idiomas, y alienta igual número de convergentes y divergentes aspiraciones. También el Sentido Común tiene una componente subjetiva, recogida en disposición transitoria.

La lluvia te está sentando fatal, con lo que te gusta, dijo ella en sonsonete.

Diego, explícito y dual, deponía en el foro mientras hurgaba en el forro, enajenado a una utopía. Tienes una línea de actuación exclusiva y una forma excluyente de conducirte, dijo; has cambiado, antes no eras así.

Elisa hubiera querido reírse con la traza de los sentimientos vengados —en versión de Diego—, soltar las mandíbulas y sacar la lengua canturreando una burla de las que llagan. Magnífica terapia la de la guasa, admitió recordando que había elaborado un plan, que tenía entre ceja y ceja un plan que llevar a cabo. Hubiera querido darle una sonora bofetada —estuvo en un tris de hacerlo—, marcarle en las mejillas los cinco dedos y los hemisferios de los dos anillos de los que nunca se despoja; de paso hubiera querido recuperar la escena troyana de irrupción y ocupación y pisarle las cuerdas vocales: suena *piano*, suena *forte*, cinco macillos golpean las cuerdas, cinco,

cinco, cinco lobitos tiene la loba; y bailotear a ritmo frenético —a impulso de rito *Candomblé*, que es la variante culta y espiritual de la comercializada y maligna *Macumba*— sobre su estómago: vomita, vomita, sácalo todo, vacíate, yo te exorcizo de todas tus extravagancias. No era la primera vez.

La perspicacia en la elaboración de un proyecto es de por sí un buen plan.

El rito edulcorado

Elisa vestida de blanco. La habitación está pintada de blanco. Las paredes, el techo, la moldura y el zócalo son de color blanco. El suelo es de un puntillista gris claro. El blanco es el color favorito de Elisa.

Elisa y su plan. Pide música: suenan los *atabaques*, los tambores sagrados. Pide velas: las espolvorea con sahumero, nube mágica, aromática liturgia. Pide coros: y los iniciados siguen al cantor entonando los *pontos* en grabación digital.

Me faltaba música, le dice a Diego. Y se le acerca de rodillas. Lo he visto hacer en el cine, era una película que te mantiene en tensión, una película de esas que te dan ideas.

Era algo así, dice Elisa. Y se pone en pie sobre la cama, cruza el cuerpo de Diego con una pierna, Elisa la amazona impartiendo magisterio; le mira desde arriba, estoy arriba, anuncia, estoy flotando; y desciende por mor de la gravedad, estoy bajando, dice, mira cómo doblo las piernas, dice; mira cómo me mantengo erguida.

Este es el juego del hincue —de hincar—; consiste en clavar un palo puntiagudo en la tierra, de golpe y conforme a unas reglas, en tierra blanda o húmeda. Elisa hincó las rodillas en los flancos de Diego, a milímetros de las costillas. La cama no es blanda ni húmeda, pero sirve para jugar.

Imagínate la escena, dice. Y se le sienta a horcajadas sobre el vientre; el horcajo —que es la particularidad topográfica predilecta de Diego— en la zona umbilical.

Diego percibe el calor mutuo a través de la ropa, pero no es lo mismo con ropa; quisiera estar desnudo, piensa que ella va a quitarle la ropa prenda a prenda, confía en que ella antes de seguir le quite la ropa.

Elisa presiona con el torso y oscila, se balancea desde el vértice muelle, la fronda alabeada, suavemente, en equilibrio.

Diego interpreta al codiciado protagonista de la película, eso cree, pero le molesta la ropa. ¿A qué espera? Las sensaciones difieren considerablemente. Diego tiene humana debilidad por Elisa, le gusta, le atrae, le excita. Ella lo sabe, lo ha sabido siempre. Diego se deja hacer lo que ella quiera, lo que imponga el juego, todo lo que a ella le apetezca. ¿Cuándo me va a desnudar?, se pregunta. Elisa sabe manejar a Diego.

Dime, pregunta ella, ¿subo o bajo?

Piensa unos segundos. Sube, dice.

Eso es, Diego; subo. Yo también quiero subir, hablaremos con los labios pegados, ¿quieres seguir hablando?, ¿qué más cosas vas a contarme?, me susurrarás a los labios, me besarás más allá de los labios. Lo harás. Estoy subiendo. Es lo que quiero. Subir.

Sube despacio. Se ayuda con las manos engastadas en la almohada. Le roza el cabello con los pulgares. Llega al

pecho, se aproxima a las clavículas y se detiene. El cuello es lugar fronterizo.

Dime, ¿continúo, subo, sigo subiendo?

Sí. Casi un jadeo: sí.

¿Estás seguro?

Sí. Es un jadeo: sí.

El mejor papel de la película, piensa Diego; incluso vestido.

Regulación hormonal

A la amasia Elisa le entró apetito. Consultó su reloj de pulsera del que sólo se desprendía para bañarse y comprobó que con media hora le bastaba y sobraba para saciarse.

Tengo hambre, susurró al enardecido Diego.

Yo también.

Elisa, todavía en la frontera, dudó entre aplastarse contra la cara o contra el volcán enfundado en algodón que se revolvía incómodo y ansioso. Un instante de duda. Apretó el vientre, elevó ligeramente las piernas y el tronco y exclamó: ¡A qué esperamos! Y comenzó a brincar en dirección el caldeado mediodía de Diego. Casi gritaba: ¡Se cumple tu pronóstico, estoy bajando, me caigo! ¡No me da tiempo a reaccionar! ¡Tenías razón! ¡Bajo, bajo, bajo, voy, ya llego! Con certero golpe de nalgas eclosionó su plan al cuarto fatídico rebote.

Chaf... Ouuug... Uuup... Aaah...

Fuuu...

Elisa resopló, Pabló gemía, el tótem se desmembró oponiendo escasa resistencia. Ella, en efecto, no tuvo nada a lo que agarrarse al capotar.

Diego tenía mala cara, el gesto contraído y el resuello cortado, se quejaba con voz débil; tal vez se lamentaba de su candidez más que del dolor. Del dolor también se quejaba. Elisa, sin moverse un ápice —transmutada en apósito que restaña la hemorragia por insistencia y presión—, evaluaba el daño infligido, los diferentes, concatenados e incuestionables tipos de dolor que debía experimentar Diego el humillado. Sin embargo, a ella no le dolía nada. Hubiera querido reírse de ambos, pero, pensó, puede que él no comprendiera la bondad conciliadora del resarcimiento ni en su masculina agonía la trascendencia del plan.

El sentido del humor y la comprensión quedan afectados y en precario, si no es que desaparecen indefinidamente, ante una acción alevosa localizada de alto riesgo individual.

Elisa se dio por satisfecha. Fin, murmuró. Se apartó, se apiadaba al fin del sufridor inmovilizado o empezaba a sentir la incomodidad de la postura, sigilosa se hizo a un lado y así Diego pudo retorcer el cuerpo a gusto, hacia el otro lado del tálamo, hacia la pared estucada y maldecir entre dientes contra los instintos depravados y los pérfidos guionistas. La humillación decrece si se esconde la cara y se protege al herido de nuevas cóleras.

Elisa le dejó hacer y decir lo que le viniera en gana, es un derecho elemental y una concesión magnánima; estaba razonablemente complacida. Sexo, poder y concesiones, la trilogía, recordó dibujando una mueca de asentimiento a la ventana. Se deslizó fuera de la cama como una sombra, fue al baño a dejar que escampara y a refrescarse, estuvo en un tris de darse una ducha fría —es una manera de

apagar los rescoldos o de mitigar el ardor— se contempló frente al espejo aguzado el oído por si Diego se acercaba o la llamaba a su lado, cualquiera de las dos opciones servía para la reconciliación. Su cara en el espejo aparecía taciturna y contrariada. Había cometido un error de apreciación: no estaba razonablemente complacida.

Cerró la luz del baño y fue a la cocina a por un vaso de agua. De nuevo, al pasar cerca, echó el ojo a la estatuilla. Era un imán.

Toma agua. Buscó la hora en su reloj de pulsera. Toma, insistió. Diego bebió. Gracias, dijo. ¿Quieres un poco de vino? Ella quiso mostrarse amable con el macho ultrajado, cómplice en la aflicción.

Diego inhalaba por la nariz el aire de la cama, despedía ese mismo aire por la boca, orante; había recuperado la horizontalidad y la ceguera.

¿Un poco de vino?, insistió ella.

No.

Elisa consultó su reloj. El dios tiempo, inflexible, irreductible, ni por equivocación retrocede, ni por ruego, ni por solicitud expresa. Elisa seguía teniendo apetito.

No eres mejor que yo, susurró Diego, no estás por encima de mí.

Posó ella su mano abierta y cordial en la zona siniestrada, el apetecible reducto de las fumarolas, inició una pavana en homenaje al ídolo y su depresión. Lo siento, dijo. Era sincera. Pero no quería reanimarle, sentía que no debía hacerlo, por lo que, limitó la danza y la intensidad consoladora del duelo. Es culpa tuya, tú tienes la culpa y te has hecho acreedor del castigo.

Quédate esta noche.

No.

Noche de aceras húmedas y sábanas secas. Diego recobró la visión, la del techo, y el instruido disimulo que tiende puentes entre orillas. La mirada periférica le mostraba a la mujer taciturna y contrariada, pudiera estar fingiendo ella también, pudiera camuflar su incertidumbre y el próximo movimiento, su opositora trilogía devastadora. La mirada de Elisa revolaba la esfera del reloj de pulsera. Diego confiaba en que ella se embriagara con el olor que desprendía la ropa, la cama, la pieza entera; la ropa, la cama, los enseres impregnados de orfandad, confiaba que ella sucumbiría a la atmósfera y al sentimiento de culpa, al recuerdo, los buenos recuerdos en el piso, las botellas de vino, los diálogos, la lluvia en la bañera. Había una remota posibilidad.

Voy a continuar subiendo, Diego. Sería bueno para los dos que te alegrara y me apoyaras.

Detesto la hipocresía.

Convéncete, hago lo que me apetece.

Ya.

Y tú no tienes derecho...

Es una prerrogativa que tengo como regulador de tu nivel de estrógeno. Es una concesión, además.

Bah.

Se difuminó la remota posibilidad. Llévame a casa, se me hace tarde. Elisa fue a por su bolso, su mano imantada se hizo con la estatuilla. "Tú eres el regalo." Diego se sirvió un vaso de agua en la cocina.

Quédate, la intentona final.

Es tarde.

Ya.

Elisa delineó la figura femenina con su dedo índice. Me gusta, dijo, me gusta más que mi regalo. Quédatela. ¿Me la quedo? Es un regalo. Estás muy espléndido. Puede que

me esté muriendo. Se parece a... Es Filis. ¿Qué clase de mujer es Filis? Una mujer enamorada, engañada, posesiva, colérica, crédula y suicida; te llevas en el bolso a Egeria, la ninfa de las fuentes y a Filis, la desesperanzada; te llevas dos mitos. Se parece a Venus, mantuvo Elisa. Vale, la bautizaremos la Venus de Barro, será la Venus Que No Quiere Mojarse. Es una alegoría de Venus, dijo Elisa atrapando el trofeo con los dedos, es bonita, me gusta.

Diego agitó las llaves del coche: Se hace tarde, gruñó. Elisa acomodó sus dos regalos en el bolso. Diego cogió su paraguas, hizo sonar el llavero, percutió unas cuantas veces con el pie. Voy. Llovía. Elisa, bajo el paraguas, amistosa, le pellizcó en la mejilla. ¿Tienes miedo a que te deje? Diego retiró la cara. No me llames esta semana, dijo.

Por teléfono

Elisa frunció el ceño y la boca; Diego se hacía de rogar.

—A qué hora nos vemos, venga.

—No sé...

—Yo te lo diré: ahora mismo.

Diego chascó la lengua, se le notaba fastidiado, cosa que Elisa pasó por alto.

Fide et obsequio.

—A las cinco —concedió a desgana.

Vacilación. Incongruencia

No hace tanto, eso cree Elisa, eso quiere creer. Pretende sostener que lo que ha cambiado —si algo ha cambiado que no estuviera ya previsto, acatado— no impide que otras cosas sigan vigentes, perpetuadas. En una época que ese viernes turbio reponía mohosa y cuarteada, en la que el mundo rodaba asido a un eje determinado e invariable, el eje Elisa, Diego no se hubiera mostrado remiso a una cita, al contrario, la habría llevado a un restaurante ajeno a tendencias y estaría pendiente de ella; sentados a una mesa privada mirándose a los ojos, hablando sin parar.

No hace tanto, recordó. Y se acordó de más cosas que lo merecían, encadenadas, sonoras y en color. Fragmentos seleccionados de un tiempo apacible, añorado en alguno de sus capítulos; tenue añoranza.

“Parece que fue ayer... y lo que ha llovido”, murmuró.

Volvió a mirar la hora en el reloj de pulsera, regalo de su novio, y a lamentar que aún faltara trecho horario para las cinco de la tarde.

Libros y miel

Susana necesitaba dinero. Expuso a sus hermanos en informe oral escueto la mezquina tenaza económica que oprimía sus aspiraciones a la corta.

—Pasadme unos cuantos servicios —instó resumiendo.

—Ya te avisaremos.

Aquella anodina mañana de viernes, Susana deambulaba por el Paraje de los Coleccionistas. Le sugirió Moncada que visitara, una a una, todas las librerías que allí se arraciman ofertando libertad de horarios, libros y curiosidades impresas fuera de catálogo. Susana buscaba alguna muestra del romance editorial de Moncada y, de paso, complementos documentados para un cursillo de verano en el que le apetecía matricularse. También buscaba lo que pudiera encontrar.

El libro de Moncada se titula *El censo de los impertinentes*, publicado en mil novecientos ochenta y cuatro con una tirada de quinientos ejemplares en la primera edición. Le explicó Moncada que el libro es una recopilación de anécdotas y ocurrencias, las más de ellas adobadas, las menos materializadas a contrapelo, escritas sobre la marcha. Salvo una, titulada *La perspectiva comodín*, biografía novelada de protagonista omniscio. Moncada no quiso explayarse en el contenido del libro ni aclaró si esa obra era su primer vuelo, el último aterrizaje o la condensación de sus afanes literarios. Moncada le propuso una lectura amable y ociosa, si es que daba con él.

—Publicado en mil novecientos ochenta y... ¿qué año dije?

Hubo una segunda edición, de sólo cien ejemplares, que suprime el relato *La perspectiva*, titulada *El censo*. Y aún hubo una tercera entrega, casi consecutiva, de otros cien ejemplares, que excluye el anecdotario en primera acelerada persona, es decir, sólo se reimprimieron las treinta y dos páginas de *La perspectiva*, titulada *Comodín*. La segunda y tercera son ediciones de bibliófilo, indica el autor.

Susana no encontró ninguna obra de Moncada a la venta, ni registro en la guía de rarezas de consulta exclusiva para libreros anticuarios

—A lo mejor se trataba de un proyecto editorial —le comentó un librero.

—Sería, en todo caso, un proyecto de otra clase.

—Puede que fuera un sondeo, un experimento editorial sin publicidad —observó otro librero.

—Un sondeo, en todo caso, promocionado en círculos concéntricos.

—Una apuesta individual, un vestigio diluido en el tiempo y en las estanterías de los escasos lectores, quizá lectores obligados. Nada que hacer —aseguró a Susana un experimentado vendedor que hablaba mientras acarreaba rimeros de libros maltratados.

—Bueno, por lo que parece esos lectores no vendieron el libro; ya es algo.

—La gente quiere dinero cuando vende, hay cosas y también libros por los que no se paga una peseta. Acaban en la basura u olvidados en un vientre mobiliario.

El Paraje de los Coleccionistas es lugar de mercadeo. Los precios de los artículos a la venta son meras referencias, puntos de partida de la puja. El Paraje está donde siempre ha estado, en una calle ancha cuajada de alcorques —cada uno con su correspondiente árbol— y ahora también bolardos que impiden o dificultan el estacionamiento

de vehículos, una calle cuyo nombre no se reconoce al leerlo en el callejero ni en la placa cerámica o de mármol o de latón, porque es de esas calles que pierden la identidad para obtener su identidad; una calle transversal, esquinada en el mapa urbano, que de una plaza viene y a una plaza va. De la plaza de los Compromisos —plazuela con espaldera floral y fuente de cuatro caños— a la de la Intendencia —azogue de hormigón, espuerta gigantesca con cantos de pesebre tizados al carboncillo vegetal de lustre por riego o lluvia.

En la plaza de la Intendencia se suceden durante el año los mercadillos de ocasión y utilidad, las ferias de caseta y atracciones, las verbenas de orquestina y los conciertos de música popular.

En la plaza de los Compromisos lo que rivaliza es el tráfico rodado con el silenciado y cansino de los jubilados y los ociosos.

En el Paraje de los Coleccionistas conviven establecimientos veteranos con tiendas añejas. Las librerías se alinean a lo largo de una acera, amplia y arbolada; librerías de lance, de libro nuevo, de libro viejo, de libro antiguo. Los árboles son plátanos de ciudad, la coloración verde grisácea de los locales de comercio es similar a la de los troncos; los libros expuestos en los escaparates, confundidos y apiñados en mostradores y mesas de caballete son caedizos y alternos como las hojas de los plátanos. Pero no es un cuadro ingrato a ojos y manos del curioso, del investigador o del coleccionista.

—Busco un libro editado en mil novecientos ochenta y... tantos.

—Los libros nos encuentran, ellos a nosotros.

—Se titula *El censo de los impertinentes*. También se titula *El censo*. Y también, *Comodín*.

—Mil novecientos ochenta y... tantos. No es un libro nuevo ni viejo ni antiguo.

Susana echó un vistazo alrededor.

—Es un libro. Y esto es una librería.

—Una librería con libros nuevos, los menos; viejos, muchos; antiguos, algunos, codiciados, los más valiosos, libros difíciles de encontrar, de adquirir y de vender, ediciones limitadas, editoriales extintas. ¿Cuál es la editorial? ¿Es un libro con editorial?

Olvidó preguntárselo a Moncada.

—Puede consultar el inventario.

—Puedes consultar a la editorial, al distribuidor, al autor o al ISBN. Un libro de tal fecha, de ese autor, dormita en el limbo, si es que se conserva alguno. Pero como los retos son parte del oficio y la mañana invita a trajinar en marañas históricas, veré qué puedo hacer.

Susana asintió con la cabeza, al coincidir las miradas intercambiaron sendos gestos de complicidad. “Veamos qué podemos hacer el uno por el otro.” La apostura del librero animaba a confiar en la tarea indagadora, su aparente desidia mercantil era un incentivo a la imaginación del cliente y un pulso para que jugara al descarte en una partida de intenciones. Iba a decir Susana, para complementar, que la próxima vez le suministraría más datos sobre el autor, quiso decirle que habría una próxima vez pero como el hombre se dispuso a buscar con lo que había y ya estaba concentrado tras sus quevedos y su despejada frente se plegaba hacia la pesquisa, ella comentó que iba a seguir buscando. “Veamos quién encuentra antes lo que sea.”

Susana extrajo del piso medio de la estantería un manual de crítica textual sobre la novela cortesana española —modalidad narrativa del siglo XVII, de notable capacidad fabuladora y palabra precisa. El tomo tenía las

dimensiones de su mano y un número proporcionado de cicatrices quirománticas en las tapas, rústicas y monocromas. Al ojearlo, cuidando de no acrecentar las heridas, descubrió una referencia algo más que sumaria y un poco menos que holgada sobre María de Zayas y Sotomayor: escritora de talento y sensibilidad, combativa, apasionada, renuente a perpetuar la condición femenina. Arrojó la memoria del libro con su zaherida cubierta y fue a depositarlo en el mostrador. Había encontrado algo que merecía la búsqueda.

Preguntó al librero, que perseguía el rastro a un autor contemporáneo de obra única en edición fraccionada y limitadísima, si de la producción literaria de María de Zayas cabía esperar la reseña en estudio filológico o si alguna de sus obras en verso y prosa todavía lidiaba la criba del tiempo, de editores, lectores y asalariados culturales.

—¿Se la puede leer según ella dejó escrito?

—Seguro. En la Biblioteca Nacional, en florilegios y en un compendio de *Novelas amorosas y ejemplares*, firmadas por ella, a la espera de reposición en esta casa; los tres libros que me trajo el distribuidor se vendieron en un mes. Adquiridos por mujeres maduras que van y vienen con una idea fija. Yo no la he leído ni en extractos. Pero vende, existe, se reedita.

—Pídame uno.

—Está hecho.

—¿Puede averiguar si hay otras obras de ella a la venta?

—Puedo.

De esta escritora se ha sabido en el último tercio del siglo XX al ser devuelta a la palestra por vicisitudes sociales y oportunidad política. Ha sido rescatada temporalmente del Panteón de las Ilustres Arriscadas donde comparte estancia con santa Teresa de Jesús, Mariana de Carvajal y

sor María Jesús de Ágreda, las tres hijas del Siglo de Oro, porque fue pionera, culta y expresiva. De la mujer y la escritora María de Zayas se comenta, cita y estudia en perímetros reducidos. El público que nutre las arcas editoriales no suele leer a tanta distancia, es público con referentes mediáticos y preferencias de lectura consensuadas. Lo antiguo se pone de moda a ráfagas, lo antiguo pasable y lo antiguo excelente, se recuerda a un autor y eso implica gratitud con su empleo y parece que el favor de los lectores nunca le ha abandonado. Es una traslación falsa. María de Zayas y Sotomayor, es nombre conservado incorrupto a poco que se goce de retentiva, introdujo la picaresca en la aristocracia y esparció esencia feminista de la buena al mundo venidero. La crítica actual, la atendida por Susana, así lo manifiesta. Pero como el gran público ignora lo que no se promociona a través de los canales habituales, su obra más que de lectura es motivo de análisis y debate concéntrico.

—Predominan los intereses económicos.

—Bueno, no deja de ser una excusa para justificar la ignorancia.

—No obstante, hay editoriales destinadas a la literatura.

—Y lectores afectos a la empresa.

La tres veces intitulada obra del autor Moncada continuaba reclusa en el limbo o aledaños. Susana agradeció el esfuerzo, pagó el avejentado manual y se despidió del inveterado librero hasta la próxima.

—Volveré en unos días.

—Aquí estaré, no pienso marchar mientras encuentre y venda.

De espaldas al escaparate de la librería sonó el móvil dentro del bolso. Era su hermano, el hermano de los

comunicados y la administración; le anunció que esa noche le tocaba trabajar. Una buena noticia.

En la plaza de la Intendencia había mercado. Tenía tiempo para distraerse en los tingladillos y resolvió almorzar de antojo. Visitó la churrería ambulante y se regaló un cucurucho de pestiños que fue vaciando a lo largo del pasadizo central, curioseando la cantidad de similitudes en oferta. Lo abigarrado en los mercadillos es la gente, con vino Susana. En una librería de lance, de libro nuevo, antiguo y viejo, de cartografía encuadernada para excursionistas a pie, guías urbanas y de carretera y cartelería de eventos anuales: Día del Libro, Jornadas de Lectura, Feria del Libro, Agrupación de Lectores, Salón del Libro, Biblioteca a domicilio, lo heterogéneo reunido son los libros.

En el mercadillo de la plaza de la Independencia, ese viernes, no había un solo tenderete dedicado a la literatura ocasional o promocionada.

Susana vislumbró por entre hombros y cabezas de dicharachera clientela una tablazón de madera desbastada con tarros de miel etiquetados. En otra estructura mayor de análoga madera formaban los tanques metálicos con miel a granel, botellas de cuarto de litro de dulce de almíbar, frascos de miel de azahar, mil flores, romero, eucalipto, no pudo seguir leyendo, bandejas de caramelos, jarabes tónicos y medicinales y recipientes de plástico con arropes varios. En su casa se vigorizan a diario con generosas dosis de miel, jalea, lecitina, germen de trigo, levadura de cerveza, algas Kelp, polen y tasadas ingestiones de propóleos e infusiones. La familia se declara adepta a las secreciones de las abejas y a los alimentos complementarios.

Compró miel de azahar y de romero, jarabe expectorante y arropo de calabaza, cargó con la bolsa de plástico

en la que fluctuaban los cuatro envases y abandonó el recinto por el pasaje peatonal. Cerca del desembocadero y a poco de la estación de metro, relajada y receptiva, acogió los versos en prosa de una canción sin música de una solista marginada del circuito comercial; la parte que dice que cada uno espera encontrar algo original, algo más de lo que está buscando; la parte que dice que da igual lo que se busca porque tiene la importancia que se le quiera dar; la parte que dice que lo que se busca no está o esa es la sensación que queda cuando el deseo no se percibe de manera precisa; la parte que dice que eso, el no encontrar lo que se busca, es lo que tienen en común los que no se han conocido.

Caminó hacia la boca de metro ejercitando su interioridad, pensando en esas cosas que de anterior a siguiente — si hay ingenio y se presta debida atención al engarce— acuden espontáneas a la cita de la memoria, cosas que ofuscan, perturban y difieren de lo que se viene haciendo: el cursillo estival, el trabajo nocturno, la apuesta financiera por las economías emergentes, el anecdotario de Moncada, las feromonas y las endorfinas, la legislación sobre fundaciones y mecenazgo, la oportunidad de Marte, un encuentro fortuito en el local de R. Comodín, la moneda única europea, el fomento de las energías alternativas, la ropa cómoda. Sin mayor riesgo que el de recontarlas.

Susana es mujer rica en interioridad y en disfraces que desahogan el pensamiento.

Susana es mujer de intelecto mestizo y travieso.

En medio

De niña y muchacha, al andar, Elisa movía despreocupada los brazos y los hombros, manteniendo rígidas las caderas. Era poco femenina, poco garbosa, desmañada, con un toque masculino que afea la estética; y aún revelaba más su falta al desconocerla. Se lo advertía su hermana, con la sana y proverbial intención de corregir vicios altamente nocivos. Elisa niña era espigada y rectilínea, ambivalente en la conducta, comedida en el decir y parca en balanceos, sensorialmente impertinente, ajena a los signos de identidad. Andaba a trancos, aprisionaba su cabello ya que no le permitían cortarlo a su gusto, engullía información y dormía mucho.

Su propósito de enmienda, la tutelada regeneración, coincidió no por azar con la llegada del hermano. La presentación tuvo lugar en la clínica, en cónclave familiar dichoso: succionando del esponjado pecho de su madre pendía el renuevo varón, voraz, engreído. El ansiado hijo colmaba el ciclo procreador. Según se mire, fue una suerte que llegara en tercer lugar y no en quinto u octavo, pues había empeño en sumar a la prole un niño.

Ahíto de teta, pelón seráfico, desorientado y gandul, apretaba la criatura todos los dedos que se le ofrecían a guisa de saludo y vínculo. La primera impresión de Elisa apuntaba que el machito ya tendía a percharse y mecerse. Luego a bostezar y dormir. Después a comer. Más tarde a soportar los mimos y apresuradas comparaciones del elenco familiar y de allegados sueltos de lengua en la opinión. Y vuelta al dedo que va de la tripilla a las manitas.

Imaginó que ella, Elisa bebé, había interpretado la misma partitura pasiva y por instinto se había aferrado al mismo par de pezones, y a unos cuantos dedos que emulaban fiables asideros. Casi podía sentir su manita de bebé palpando el dedo de su hermana de dos años. “Esta es tu hermanita, se llama Elisa, os parecéis mucho.” No era verdad, se parecían algo pero no mucho. “Ya tienes una hermanita.” Ya tienes un problema, una rival y una discípula. ¿Qué le pasaría por la cabeza a su hermana frente a la usurpadora de derechos y estimas?

¿Qué pensaba de ella al verla pegada a su madre, menuda, arrugada, acariciada y soñolienta? Dijo su hermana en voz baja: “Parece un pajarito”. Tenía que decir algo, todos lo esperaban. Igual pudo decir que semejava un ratón, una oruga o una muñeca fofa, seguramente ocultó al mundo lo que pensaba de la usurpadora, seguramente pensaba muchas cosas a la vez y acabó tropezando y cayó de bruces con lo que nada añadió y su nota de bienvenida quedó prendida a la posteridad. En esas, la hermanita parpadeaba con las intermitencias luminosas del mundo.

Elisa el pajarito acurrucado. “Se llama Elisa y os parecéis mucho, mira, mira, cógele la manita, dale un besito.” Debió de ser para ella un momento especial, mágico. La plasmación simbiótica entre la veterana de dos años y la novata. ¿En qué iba a cambiarle la vida la hermanita?, ya se verá. ¿Hubiera preferido un hermanito?, paciencia. Uno no es responsable de la elección, tampoco del trance de hacer hueco a lo que viene. Pero los efectos se dejan sentir en breve y la vida cambia, evidente, y también la forma de entenderla. Y mucho.

El bebé descubrió a Elisa que había quedado atrapada en el orden sucesorio y en la cuenta de retoños entre la primogénita y el benjamín. Elisa la mediana, la muchacha

de parco cimbreo de caderas, de vestuario holgado, de uñas retraídas. Aquel mocoso taimado lucía su diferencia con descaro, a todos hacía gracia su extensor; sí, el guapito y su viril distinción tenían las de ganar si alguien osaba plantear batalla. La familia ya no precisaba de un suceso. Al fin estaba al completo. Además, el recién llegado era tan joven y se encaramaba tan deprisa al nuevo milenio, a la Europa de los veintisiete, a las nuevas y renovadas tecnologías, al desapego de los dogmas espirituales, a la adhesión a subsidios y subvenciones y a la designación directa de los candidatos a las diversas presidencias, que las dos hermanas con dieciséis y catorce años podían creerse madres si les apetecía; o casi tan madres como la biológica. Adivinaba Elisa que su edad y su sexo masculino iban a ser una bicoca para el crío.

La hermana de Elisa incubaba desde niña el instinto maternal, se adornaba bien con los niños y la maña y el deseo despuntaban en ella como en el cielo el brillo de Venus.

Las primeras semanas de convivencia con el hermanito fueron para Elisa de toma de contacto, y de adjudicación de obligaciones para su hermana y su madre. Elisa procuró involucrarse lo menos posible, a la estela de su padre, su olfato se reveló susceptible a los olores acres y su estómago propendía a la erupción devastadora. Pero había que compensar y equiparar las responsabilidades por lo que en ella recayó la vigilancia cuando fuera imprescindible su concurso, lo más sencillo del repertorio. El hermanito solía dormir mucho y para cuando se despertaba con hambre o escozor, antes de que Elisa diera un paso, ya tenía encima el instinto evolutivo de su mitad hermana mitad madre, qué bien lo estaba pasando ella con el hermanito.

Una tarde Elisa se despistó, no lo hizo adrede, estaba sola y estudiaba en su cuarto, el hermanito dormía profun-

damente. A Elisa le gustaba cerrar la puerta siempre que estaba en su cuarto hiciera lo que hiciese; cuando tenía que estudiar y vigilar al hermanito se llevaba el libro o los cuadernos a la habitación de sus padres que es donde estaba la cuna; pero aquella tarde necesitaba repasar dos libros y dos libretas con apuntes y anotar en extractos en una tercera libreta lo que iba leyendo, por lo que decidió permanecer en su cuarto dejando la puerta abierta. Elisa se concentraba mucho al estudiar, era una alumna aplicada que siempre aspiraba a la nota máxima, le gustaba estudiar y ser la primera de la clase; su padre la elogiaba; su madre, también. La puerta se fue cerrando sin advertirlo, son cosas que pasan, la traidora quedó entornada; al rato la malvada puerta se abrió sin ruido, pero ella sintió el aviso y giró la cabeza y medio cuerpo; por la puerta asomaba el hermanito aupado en brazos protectores: los ojos rielando, las mejillas tiznadas de llanto, la boca temblorosa; todo él era un reproche, la cara de la víctima que ha sobrevivido a una inmerecida penuria. Por la puerta asomó el rostro de su hermana, estaba perpleja, no culpaba a nadie por el descuido, tan sólo interrogaba: ¿cómo has podido?; un despiste lo tiene cualquiera, era la primera vez, no pasó nada irremediable ni volvería a repetirse, nadie más supo que había fallado, por supuesto sin querer; y su hermana cerró la puerta para que pudiera seguir estudiando, porque Elisa se aplicaba estudiando y por eso era la primera de su clase, en la familia estaban orgullosos de sus calificaciones y la alentaban para que continuara siendo la número uno de su curso. El incidente fue olvidado por la acusación, la vida continuó a ambos lados de la puerta; con la puerta cerrada y su hermana en casa Elisa se afirmó en lo suyo. Cada uno tiene que vivir su vida.

Prospectiva

Pese al citado borrón, Elisa cumplía con su parte de guarda y custodia y aprendió cuándo los caminos paralelos dejan de serlo perdidos en el infinito. Es humana la necesidad de arrimar el escrúpulo a la mirilla para asegurarse de que el futuro deparará una buena ración de lo anhelado.

A veces, de cara a la cuna, contemplando el placentero sueño del hermanito —la naricilla arrugada, los mofletes de opulencia, el semblante en luna llena, su aparente fragilidad, esa enternecedora y candorosa similitud con las estampas navideñas, esa semejanza que imprimen la sangre y los apellidos—, a solas con el hermanito en el dormitorio se preguntaba qué habría pasado si su turno de llegada al mundo se hubiera pospuesto, por ejemplo, catorce años y en consecuencia el de su hermano se hubiese pronosticado en justa correspondencia; o sea, si ella fuera la recién nacida, la ocupante de la cuna, la niña después de dos chicos ya criados.

En común

Por ejemplo, si ella hubiera sido Susana, si al paso de los años e inserta en otra familia hubiese elegido el camino de Susana, la apuesta de Susana por definir el sentido de la vida con una palabra. Y un día consintiera, porque necesita dinero para seguir aprendiendo y porque detesta defi-

nir la vida en un único sentido, que a ocho pisos de altura una mujer con la que tiene en común el no conocerse prolongara la espera para incidir y ahondar en la posición de una y otra. El insalvable alejamiento entre una mujer y otra mujer.

Cambios

Elisa la mediana se había quedado a medias, relegada al comentario añadido entre extremos definidos y subrayados. Entonces dio inicio su reconversión, interna y externa, íntima y escenificada. Con proclama incluida: Elisa entra en razón, se adhiere a los retoques, entra en vereda. Para desesperarse, a nadie le parecía mal que hiciera un cambio, a todos les parecía adecuada la mutación gobernada desde un circunspecto gabinete de emergencia, unánime el criterio. ¿Quiénes eran todos, por qué eran tantos? Humana tendencia a la generalización. Todos los que conocían de su existencia opinaban o deliberaban sobre ella; y eran tantos porque eran muchos los firmantes del pacto de transformación.

Abrumada por la evidencia retomó la idea del tiempo diferido: ¿y si ella hubiera nacido cuando el hermanito, con el argumento eréctil de la criatura?

No quería obsesionarse. A la vida no se accede con manual de instrucciones. Había que tomar partido e imaginarse la vida como un viaje con escalas al que se incorporan pasajeros con sus respectivos equipajes, y a medida que ascienden en número decrece proporcionalmente el espacio: hay que repartir el espacio único y, lo decisivo,

procurar hacerse con un espacio confortable, blindado, a prueba de saturación para progresar y validarse en la subjetividad circundante suscitando polémica más que desagrado. Para que la dejaran en paz.

Esa era la cuestión principal

Pensó que lo mejor sería identificarse con el paradigma femenino a satisfacción de esos mismos sutiles detractores, tomando como inestimable modelo a su hermana, las amigas de su hermana, la televisión y el discriminatorio proceder de los exaltados adolescentes masculinos ávidos de auxilio experimental; la sublime reválida.

“Voy a convertirme en esa mujer”, recalcaba al estilo de su padre para predisponerse y de paso expulsar fuera de sí todo vestigio de personalidad conflictiva. Amorfa letanía: “Tengo un problema, no quiero tener este problema, voy a solucionar el problema”. Amén.

Sabía que era un problema configurado por esos irredentos partidarios de las desemejanzas, de la inextinguible disparidad de los sexos y del acoso de la culpa que entronca con el carácter excluyente, el vicio nocivo, y es manifestación palmaria de un titubeo indeleble al paso del tiempo y sus anejas, exitosas o nefandas, circunstancias. Elisa no apreciaba culpa o riesgo en observar el mundo a través de un prisma ambivalente, ni tenía la menor duda respecto a su identidad. Básicamente, repuso conciliadora, sólo iba a modificar la imagen.

Para degustar la sustancia del mundo hay que descortezarlo; vencida la apariencia se accede al secreto; el miste-

rio es exquisito aunque frágil; la envoltura del mundo salvaguarda su esencia; la entidad amparada es caótica, asoladora; es molde irregular que origina formas azarosas; la esencia tiente, la corteza embruja.

Lo que eres por lo que aparentas.

Elisa resolvió en pro del cambio, se abstuvo de poner reparos y de exclamar: “¡Vaya estupidez!”, y demás aco-taciones por el estilo. A ratos, las voces periféricas, en pugna cerrada por el gobierno de la nave, prodigaban consejos en el oído, voces que aún hoy siguen empeñadas en diseminar trabas en su brillante carrera de mujer. Hay dudas, reparos, criterios, encrucijadas y tumores que son fiel compañía de principio a fin, hágase lo que se haga.

“Voy a conseguir...”

Lo primero, cambiar de vestuario: menos pantalón, más falda; menos zapatilla, más zapato; menos jersey, más blusa. Menor comodidad, mayor sacrificio. “Qué estupidez.”

Y mentalización. Y olvidarse del frío.

Después, congraciarse con las divergentes técnicas de peinado, tratamiento y longitud del cabello, fijar la parte superior del cuerpo, eximir de rigidez la inferior, medir el arco de las piernas al caminar. “Vaya cosa.”

Y colmarse de mentalización.

“Convertirme en mujer.”

No son dos palabras conectadas por una preposición que se desgastan por el uso y se diluyen por reiteración maníaca, sino un propósito con desarrollo y resultado, y una preposición intercalada, elemento fundamental, que facilita la lectura y la comprensión y que se clasifica entre las de lugar, tiempo y modo, además de indicar aquello en lo que sobresale alguien.

“Voy a hacerlo.”

Nadie aventura que vaya a ser fácil convertirse en lo que al nacer ya se es y por denuedo se perpetúa, ni que se consiga a tiempo de disfrutarlo. Porque ser mujer es un don, porque sentirse mujer es una cualidad; históricamente escrito en verso.

Tiempo después, todavía en prácticas con los síntomas de la forma pero ya afianzada en la maniobra, con el horizonte aspirado de borrascas, apreció que se hallaba inmersa en un negocio fascinante. Valía la pena disfrutarlo.

“Me apetece.”

El arte de lo posible

La octava planta del Azul Privilegio estaba desierta cuando Elisa abandonó su despacho y una porción ahumada del enojoso letargo matinal. En el vestíbulo saludó con la mano al conserje de bigote entrecano con el que suele cruzar frases coloristas, y a los guardias de seguridad ventilados por la incansable rotación de la puerta. Ya en la calle, sin agobio alguno, aceleró el paso; rauda y sin arte recorrió el corto trecho de acera hasta la parada de taxis. Subió al primero de la fila, indicó al taxista la dirección de su piso y se aprestó a la venganza.

“Lo tiene merecido.” Recapacitó y agregó: “Lo tienen merecido”.

Estaba a salvo dentro del taxi, pero también un tanto irritable al devaneo de la memoria.

“Cómo se les ocurre.”

A la par, sincronizados, el mismo día. Belo J. y Diego inhibidos ante la misma causa. Qué impensable coincidencia.

“Voy a hacerlo.”

Pensaba que su piso era el lugar idóneo para soportar el tránsito por el páramo yermo y nimbado de nieblas teatrales que es toda espera indeseable. Con el dictamen alterado se contempló en el espejo del recibidor, en el del cuarto de baño, en el adosado del dormitorio, y frente a todas sus imágenes —cada vez con una significativa prenda de ropa menos, en pictórico avance hacia la especulada *Venus* de Velázquez— convino en que la legitimidad de futuras acciones estaba de su parte.

“Me apetece, claro que sí.”

Aunque en el aire flotaba ese importado conato de impaciencia que impele a obrar precipitada y tajante, era como si el día tendiera a mejorar, incluso se aproximara a la belleza ejecutiva de muchos de los vividos en la octava planta del Azul Privilegio.

“Voy a tomármelo con calma”, y algo más difícil: borrar pedazos de historia reciente que uno no es capaz de imaginar como luego suceden. Le sobraba tiempo, había enmudecido el teléfono móvil y no iba a contestar ninguna llamada al fijo. Dijo a esos pedazos de historia remisos a desaparecer: “No se lo digáis a nadie, esto es excepcional”.

La incomunicación es un impedimento a los planes extraños, sobrevenidos y prescindibles.

A lo mejor, en alguna parte estaba escrito, dibujado o simbolizado, que ella tenía que pasar por todo aquello, tenían que pasar todas aquellas cosas inesperadas y desestabilizadoras, contenidas unas en las otras, antes de...

Dijo a la luna del armario: “Sé lo que me hago”.

A la perfumada toalla de baño apretada contra la piel tras una ducha reconfortante le susurró lo mismo que al tibio sedimento húmedo que resiste el desalojo: “Lo tiene merecido”. En singular.

Comenzó a vestirse con parsimonia: descolgaba del ropero, tendía sobre la cama, amoldaba al cuerpo, verificaba en la imagen devuelta. Prenda a prenda. Ropa de reunión vespertina. Tenía pensado regresar a las seis y media, a esa hora su perfume sería sólo una perezosa evocación entre sábanas arrugadas; en eso consistía el plan, a las seis y media cogería un taxi y a las siete ya estaría con sus pares. Luego...

No era importante.

Imprevisto por partida doble

No tiene importancia, recuerda Elisa que fue la consigna refugio una tarde de primavera, Belo J. no va a enterarse de esto. Lo recuerda como una anécdota. Dentro de unos años confía en que este viernes farragoso no pase de anécdota, sin más trascendencia, olor y color. Diego le dijo aquella tarde: “No me importa, vete, yo me quedo”. Hacía unos meses que Elisa salía con Belo J. y un año que ejercía en su despacho en la octava planta del Azul Privilegio. El piso lo había comprado antes de conocer a Belo J., un piso de dos habitaciones, bien situado, seminuevo, amueblado, una inversión pagada a interés variable. Vive sola, pero sigue cerrando las puertas. Diego era un visitante asiduo, por prescripción facultativa. En los prolegómenos de la relación de Elisa con Belo J., ella interrogó a Diego sobre una cuestión incidental: “¿Tú eres exclusivista?” Respondió Diego que él era exclusivo. Le agravió la pregunta, el que se la hiciera. Era una pregunta con trampa. Quiso saber a qué venía aquello y ella dijo que a nada. De atardecida se presentó en el piso a la hora exacta, Diego es puntual. Aquella misma tarde y de modo inesperado había telefoneado Belo J. a Elisa —a la sazón su pareja estable y publicitada donde es menester— proponiéndole ir a cenar. Elisa aceptó. No podía hacer otra cosa, ¿quién lo iba a imaginar? Las cejas arqueadas de Diego probaron su total desacuerdo. Estoy saliendo con él, se excusó ella. Has quedado conmigo, esgrimió él. Diego tenía la razón de su parte, pero sólo eso. En esa época los teléfonos móviles no eran de uso frecuente. Quería avisarte pero no sabía cómo,

se defendió ella. ¿Te vas? Tengo que hacerlo, compéndelo. Vale, vete, yo me quedo. ¿Lo dices en serio? La mirada de Diego era severa, también el relieve de su mandíbula inferior. Vete, insistió, yo me quedo. Diego se impuso cercenando la lógica. En la determinación del uno y de la otra no había escapatoria a la que recurrir, Belo J. no tenía porque enterarse, con el tiempo sería una anécdota lacrada si su cabeza continuaba rigiendo en la inescrutable senectud. Tenía que irse. Ya sabes donde está todo, le dijo. Diego estaba decepcionado, se le notaba, su mirada era amonestadora. ¿Qué... vas a hacer aquí... solo? Me sentaré y escucharé la voz de los muebles hasta que me dé la gana. A Elisa se le iba el tiempo pero no quería marchar. Diego casi la empujó hasta la puerta, la echaba de su casa. Oye, he cambiado de sitio las figuras que me regalaste, están... Me trae sin cuidado. Con dos dedos la sacaba del piso. Puerta abierta. Ella, con una pierna dentro y la otra fuera, incrédula, le cogió la mano y la retuvo. Diego la empujaba fuera de su piso. Oye, recuérdame la leyenda de Egeria, ahora, se bueno.

La ninfa de las fuentes

Ninfa, diosa de las fuentes. En Roma se le tributaba culto a Egeria cerca de la Puerta Capena, al pie de la colina de Celio. Por las noches, la ninfa Egeria citaba al rey Numa Pompilio —sucesor de Rómulo— en la Gruta de las Camenas, aldeaña a una fuente sagrada, para dictarle su política religiosa y revelar el designio de los dioses. Además, le enseñaba oraciones y conjuros de buen propósito. A la muerte de su amigo o amado Numa —el rey de aspecto jurídico, pacífico y piadoso, el rey que dividió el año en meses, el mes en días y distribuyó los días entre festivos (para los dioses), laborables (para los hombres) e intermitentes (para ambos, alternativamente)—, Egeria se sumió en profundo desespero. Triste, inconsolable, con la vida en la memoria, la ninfa lloraba derramando tantas lágrimas que, en acto tan caritativo como provechoso, fue convertida en fuente por el dios soberano.

Las cuatro y media

Elisa lo tenía todo calculado hasta las siete. Y no toleraría otra andanada de amargos imprevistos.

Solicitó un taxi por teléfono. Incapaz de mantenerse por más tiempo

desligada de los acontecimientos activó su móvil, convencida de que Belo J. intentaría hablar con ella. Que llame, pensaba, que deje mensajes, que insista, que hable con Marta, que se impacienta y se desespera dejando mensajes. Guardó el teléfono móvil en su bolso, conectado. Subió al taxi y distrajo la mirada a través de la ventanilla, el mundo a velocidad constante en sentido contrario. Qué no se le hubiera ocurrido a Diego dejar un mensaje cancelando la cita, no se lo perdonaría, a él no se lo iba a perdonar. En condiciones atmosféricas clementes, ¿cuánto se tarda en descubrir que no hay mensajes en el buzón de voz?

Hotel

Sin soniquete desde el bolso, ningún mensaje en el buzón de voz. Esperaba más de Belo J. No esperaba menos de Diego. Desconectó el teléfono. Belo J. se comportaba de manera anormal y eso era preocupante. Diego se hizo de rogar, pero accedió a la exigencia. Hasta las siete no quería que nada diera al traste con su plan. Y el sábado o el domingo hablaría con Belo J. para desterrar malentendidos. Hay cosas que conviene atajar cuanto antes, con el inestimable puntal diplomático del concierto entre los estratégicamente comprometidos.

El tráfico urbano no era muy intenso, el taxi circulaba por calles descendentes con la sola y predeterminada interferencia de los semáforos, llegaría con adelanto y debido al error de cálculo le tocaría ejercer de estatua. Era una contrariedad y, además, un precedente negativo.

Esa era su principal inquietud y todo el cupo de malestar que admitía durante las horas inmediatas cuando una horrenda visión, un fragmento de pesadilla, un ectoplasma cizañero ocupó el asiento contiguo, repantigado, viscoso, grosero; de un soplo pestilente aquella criatura gestada por el láudano ahuyentó el resto de tribulaciones y extendió su denuncia con sorna y saña.

El ectoplasma se arrimó a Elisa, saltó a su regazo, le pasó un brazo por los hombros que era un tentáculo tachonado de ventosas, frotó su acerada mejilla contra la arrobadada de ella y le ronroneó al oído: “Mira, eres tú esa reproducción a tamaño real desgarbada, cejijunta y tornadiza que sigue la cámara; no te lo pierdas”.

Error, lamentable incorrección, esta vez de indicio externo, al ofrecerse caminando de modo atolondrado en la acera del Azul Privilegio. Alguien como ella, moradora en la cúspide, no puede ni debe mostrarse deslavazada, urgida, torpe.

“Ha sido un descuido, ¿vale?”

“¡Oh!, no me digas. ¿Te ves bien o acerco la imagen? Aproximación, movimiento ralentizado, pausa. Mira, mira bien y dime quién es el adefesio.”

“¡Eh!”

“Rebobino y nos refocilamos a dúo. Je, Je, Je. El colmo de la ridiculez.”

“¡No te pases!”

“Ramplona, chabacana. Tienes el estilo de paseo de un caballo albardón.”

“¡No me ha visto nadie!”

“Qué te crees tú eso.”

Con qué ansia se libera el cuerpo de las imposiciones al atisbar la circunstancia. Ya no había remedio, pero no estaba dispuesta a ser avasallada e injuriada por tan nefando personaje dotado de memoria condenatoria. Expeditiva y colérica bajó la ventanilla y con flexión y torsión de brazos arrojó la vil emanación al asfalto. Asomó la cabeza para cerciorarse de que no quedaba ni rastro del engendro, o mejor aún, que perecía aplastado por la aliada incursión de un ejército de neumáticos de todos los calibres. Aguzó el oído para deleitarse con el crujido final, pero lo que escuchó fue la modulada voz del taxista sugiriéndole amablemente que devolviera el cristal a la posición de cierre ya que así el aire acondicionado no tendría que contender con ese otro poluto y pegajoso.

—Si tiene calor doy más potencia.

Elisa se sintió empozada y víctima de sofoco reactivo; ardor cutáneo, vergonzante. Se rehízo con una sonrisa estereotipada, acompañamiento mímico compensatorio y una atenuante necia.

—Ha sido un impulso... Quería mirar una cosa... allí atrás... Ji, ji... Ya está, la ventanilla cerrada y el aire acondicionado circulando libre... Uf, sí, hace calor esta tarde, se nota que ya estamos casi en verano... Ji, ji... Vaya.

Había cometido un tercer error, y algo todavía más lamentable: tener que justificar el conducirse a voluntad. Qué asco.

Día aciago. Confinó la mirada y los últimos avatares en la mazmorra. Basta de sobresaltos y pesadumbre, rogó con escaso brío.

A las cinco ya estaba esperando. Pero Diego, el siempre puntual, se retrasaba. Al cabo de cinco minutos no sabía cómo apañarse. Por detrás, a menos de veinte metros, la invitaba a prescindir de la vigía exterior el rótulo y la cristalera decorada de una cafetería. El hotel mostraba su perfil un poco más allá. Que la vieran esperar la incomodaba, pero como era improbable que alguien supiera su nombre o su estatus podía soportarlo. Las preferencias de Diego y Belo J. divergían tanto como los lugares que frecuentaban. Ella era el único nexo común entre ambos, ella y los Teleñecos, ella y los Simpson, ella y la capciosa masculinidad; y una de las partes, confiaba, desconocía la existencia de la otra. Por los siglos de los siglos.

Habría podido entrar en la cafetería a velar la espera con un sabor frío, desde la barra se divisaba parecida extensión de cruce de calles y peatones; y el hotel recortado en una esquina. Tenía apetito y sed, en realidad eran varias las apetencias primarias y secundarias desde el velo del paladar hasta el vértice inferior del vientre en demanda de

regulación. Notaba el aliento cargado por el ayuno y el desasosiego. Dice Diego que ella huele bien sin aromatizarse, su cuerpo es un elegante envase que preserva la neutralidad de su olor, la galantea, con conocimiento de causa asevera que el olor corporal de Elisa es indulgente con el olfato. A Diego le gusta el perfume de lo inodoro. El tiempo fluía perezoso, pronunciando la impaciencia y el saliente de hotel recamado por cuatro banderas y sus correspondientes mástiles tangentes a la fachada.

Eran las cinco y veinte en su reloj de pulsera cuando, todavía estancada en la acera, vio que Diego cruzaba la calle en paralelo a la rectilínea sombra de la cornisa del hotel, sin prisa, quizá absorto en la confección de alguna excusa redimidora, con las manos en los bolsillos de su chaqueta. El calor era empalagoso. Diego y su perfidia cruzaban la calle con desesperante cachaza. Parecía otra persona de fisonomía similar, aunque esa era una endeble impresión subjetiva de quien ha multiplicado los minutos de la espera y ahora, por fin, se apresta a coronar su atornado plan.

Diego la había visto. Le destinó el reproche de sus ojos al tenerlo delante.

—Pensé que esperarías dentro —saludó señalando con el dedo índice la cafetería—. El café es bueno y no desmerecen las infusiones.

Diego solía besarle la mejilla al encontrarse y al despedirse, eran besos rotundos en intervalo y sentido, ahormados a la convexidad; era una costumbre que debía mantener. Llevaba todavía las manos en los bolsillos. Diego siempre presionaba la palma de su mano en el brazo de ella al besarla. Era él, insinuado de otra manera, alarmanamente opaco.

—Vamos dentro —propuso con voz átona—. ¿Te apetece un café? ¿Quieres comer? Tendremos menos calor en la cafetería.

Diego no se disculpaba, como si le diera igual que ella hubiese esperado un minuto o una hora; como si además de no importarle le espetara desde las ocho órbitas del iris que lo tenía merecido por forzarle a una cita mal hilada, egoísta, impuesta con autoritario desdén. Una cita en el trapecio o en el penúltimo peldaño de una escalera sin fin. Y ella le esperaba en la calle, expuesta a toda clase de contradicciones y al ridículo.

Elisa anotó en su casillero el cuarto error.

Hastada se reconvinó: “¿Cómo permito que me pasen estas cosas?” La seca taza de la fuente era un señuelo, el esquilado hogar de la ninfa era la guarida del implacable enemigo desde donde partía la hediondez y la distorsionada voz del grotesco ectoplasma, sincronizada con la proyección de la oprobiosa secuencia: “Hoy no das una a derechas, Je, Je, Je”.

Más apropiado hubiera sido esperar a Diego en la cafetería, haberle llamado por teléfono instándole a que dejara lo que estuviera haciendo o, aún mejor, irse. Largarse al cabo del margen de gentileza, exactamente cinco minutos. Retornar a la octava planta del Azul Privilegio, aposentarse en su despacho, esperar en la confortable dignidad de su despacho hasta las siete, con Marta al otro lado de la puerta cerrada discriminando llamadas y visitas. La cita inexcusable, su potestad y su vinculado derecho. Y luego seguir con la vida conveniente, su vida, desterrando toda licencia, todo rumbo engañoso y prosaico. Aunque le apeteciera. Y le apetecía mucho. Todavía le apetecía saldar la deuda.

“Se lo merecen.” En plural.

El Sentido Común, en su prefacio, introduce factores de corrección determinista entre el innatismo de los caracteres, las aptitudes del comportamiento y el resultado evolutivo parcial de la especie.

—No quiero...

Elisa dirigió su mirada hacia la mole del alcázar medieval reconvertido en hotel de congresos, muestras y exposiciones, sintió una leve comezón a la altura del estómago, insidiosa no obstante. La fachada principal y la puerta acristalada quedaban fuera de la vista, así como el vestíbulo con su artística fuente de agua rumorosa y una sensual escultura tomada en forma y efecto de la mitología para turistas —*Venus de los paños mojados*, copia en alabastro de una réplica romana de un original griego del siglo IV a.C.—, y la regia escalera de traza renacentista de amplios peldaños ovalados. Es todo lo que conocía del hotel. La remodelación y sus artífices fueron distinguidos con el *Galardón Urbanismo* y el beneplácito de los organizadores de eventos.

—No me apetece.

—¿Qué te apetece?

Imaginó Elisa lo que sucedería si contestaba sincera y escueta: en seguida iba a lamentar haber tomado la iniciativa, seguir con aquello que en el plano a pequeña escala de los deseos candentes pasaba en el lapso de cinco a seis y media. Ya llevaba media hora de retraso su plan, demasiados minutos perdidos. Y aunque en una hora cabe agrupar una ingente cantidad de rencores, no se actúa sin esa disposición entonces en ella extraviada.

—¿Qué quieres hacer? —concedió la voz impersonal de Diego.

Horas antes la idea parecía buena y factible. Diego y su taciturnidad conseguían que el progreso de la venganza, si

bien en fase teórica, se desmoronara y hundiera en sima inexplorada.

El inefable paso del tiempo va más allá de la prefijada sucesión de minutos, enlaza la causa con el efecto en un movimiento irreversible. El tiempo precedente delimita el consecuente, es cosa asumida; el tiempo es unidireccional cuando se vive el aquí y ahora, con la aspiración en la meta y en el origen un aromático bizcocho con frutos secos.

Elisa afrontaba el después sin haber vivido un antes entallado, de patrón y maniquí, con la precipitación acorde al deseo y no la aguzada por el temible desencanto. Metida en su despacho, a resguardo de inclemencias y oprobios, los nervios todavía se mantenían ceñidos a un lazo de seda; el cuadro que prefiguraba su goloso estado de ánimo era de estilo manierista, una alegoría fríamente erótica, una artificiosidad complaciente de mármorea blancura. Venus tributada con la flecha y la manzana, sábanas de raso, dosel. Cupido, que también es Amor y es Eros, avivado tañendo el máspreciado y sofisticado de todos los instrumentos. *Venus y Cupido entre el Tiempo y la Locura*, obra de Agnolo di Torri llamado Bronzino. Habitación de hotel de cinco a seis y media, única función improrrogable.

Horas antes la idea era reconfortante y precisa. Elisa reprimió a duras penas su frustración y el redivivo sentimiento de ser la víctima propiciatoria de una conspiración contra Venus patrocinada por conjurados escondidos en las alcantarillas. Espectadora de una alucinada visión periférica presenció muy a su pesar la defenestración de un símbolo añejo y la acelerada decadencia del remozado arquitectónico. De parpadeo a parpadeo, cediendo al fragor ciclónico del ajuste de cuentas, el hotel se desprendía de la premiada máscara a zarpazos sísmicos descubriendo el

retrato de una vejez liberada: los sillares toscos y desven-
cijados, las arcadas laterales cegadas, el cornisamento me-
llado, la tracería desportillada, las paredes y los techos
cuarteados, los salones desguarnecidos y el mobiliario
pulverizado. La armoniosa y admirada Venus de túnica
humedecida, indefensa y melancólica en el inestable pe-
destal, era acosada y contusionada por la lluvia de casco-
tes. Pero, desde la cara oculta de la Luna, resistía corajuda
convalidada en heroína romántica.

“¿Cuánto vas a aguantar? —interrogó a la bella efigie—
. ¿Cuánto tardarán en abatirte? De mujer a mujer, com-
parte el secreto conmigo, dime cómo lo haces.”

En las alucinaciones los incidentes se suceden muy de-
prisa y estribados, como en los sueños previos al desper-
tar. También en la vida real los episodios protagonizados
directa e indirectamente pasan a la carrera, aunque se ne-
cesita años y memoria para apreciarlo.

Venus sitiada exhaló un suspiro acuoso, cerró los ojos,
taponó sus oídos y ladeó la cabeza, así se entregan a su
destino y así se reconcilian con la Historia las impenetra-
bles deidades de museo. Está escrito: “La ignorancia de la
muerte es el triunfante argumento de la inmortalidad”. La
embestida de una excavadora la seccionó por los tobillos;
acto seguido, la brigada pedestre de derribo se abalanzó
sobre el ídolo inerte y en un visto y no visto primero re-
banaron, después trocearon y por último desmenuzaron a
la Venus de los bellos pliegues. Eructos de regodeo, alari-
dos de victoria y fin de fiesta. *Sic transit gloria mundi*.

“En fin...”

—¿Para qué querías verme?

Elisa se deslizó fuera de la fantasía, mudó el semblante,
se pinzó los labios con el pulgar y el índice de la mano
izquierda y tras el gesto dijo:

—Puede que pase esta noche por tu casa.

—¿Hablas en serio?

—Claro que sí.

—¿No estabas ocupada? Me has dicho: “Esta noche no puedo, ha de ser ahora, dentro de nada”.

—Tú espérame. Y ahora me llevas a un bar donde nadie sepa que me he tragado un plantón, me invitas a un café con hielo y me hablas de aquella como se llame que me regalaste con la fuente... ¿Filis? ¿No fue un regalo? Venga, quiero oír su historia. Esto es lo que me apetece.

Una historia con solera

Filis era mujer enamoradiza. La leyenda de Filis alterna el nombre de los amantes: Acamante o Demofonte, hermanos, ambos descendientes de Teseo, uno hijo de Fedra y el otro puede que de Fedra o de Ariadna. La leyenda que protagoniza sólo recoge un amante —Filis, al parecer, no era promiscua— pero se mantiene la controversia sobre el hijo de Teseo que fue su pareja. Una de las leyendas del hermano en reserva divulga que Filis, llamada Fílida, tuvo dos hijos por amor y amor, sucumbió a las varias pasiones que la ciñeron, abrevió su vida por reiteración y soga, eternizándose como reverdecido árbol de hoja caduca. Así se cuenta. Sea cual fuere la realidad, en cualquiera de las leyendas ella siempre es la enamorada y ellos, uno u otro, los amantes. Filis era princesa y algo hechicera, aspiraba a casarse con alguien que correspondiera a linaje y ambiciones, exigencia intemporal, y la ocasión se presentó cuando un golpe de mar —o de fortuna o azar o mito— arrojó un príncipe, héroe de la guerra de Troya, en el territorio de su padre el rey. Filis se enamoró del príncipe y éste quedó apresado en el amor de Filis. Así se cuenta. Ya casados o formalizados, la unión quedó inopinadamente descompuesta por imperativo que adujo el voltario príncipe: tenía que viajar a Atenas por comercio, negocios hilvanados, esas cosas que requieren del ojo del amo para engordar, socorridas excusas. Ella se avino a la forzada separación no sin disgusto, queja y ulterior convenio, entregándole una pequeña arca cuyo contenido no debía curiosear a no ser que perdiera toda esperanza de reencuentro

con la adorada. El mar lo trajo y por mar se fue. Filis acompañó al príncipe hasta el lugar de los Nueve Caminos y allí le dijo que la cajita guardaba objetos sagrados del culto de Rea, madre de dioses. El príncipe fijó el plazo de su vuelta. Filis, mujer enamorada y segura de su arte, a su pesar desgranó el tiempo con desvelo y con vagos temores asidos a doliente premonición. Cumplido el plazo se vio sola, es decir, con el influjo de un amor fraudulento. Nueve veces viajó de la ciudad al puerto y nada, sin noticia ni presencia del añorado. Filis, heroína de tragedia, se ahorcó. Ese mismo día luctuoso, el olvidadizo príncipe, casado con otra mujer sin identidad a florada, sedentario y a sus tráfigos, impelido de una curiosidad ignorante, abrió la arqueta donada por Filis tiempo ha, de la que surgió un espanto que le llenó de pavor provocándole un tropiezo y una fatídica caída sobre su espada que le interesó más de un órgano vital. Los amantes murieron casi a la vez, primero la despechada, después el inicuo. Filis, mujer enamoradiza, hechicera, de memoria inmarcesible; vengativa. Así se cuenta.

El amor conveniente y el otro

Hace buen tiempo, casi es verano. Tiene motivos para sentirse contenta con su vida. En un aparte de taxi, Elisa se confiesa una leal amante de la intensa radiación solar, el granulado arenoso de la playa y la ropa blanca de algodón e hilo.

“Querido Sol: derrocha tu fértil vaharada sobre todas mis dudas y extravagancias, necesito sentirme segura. No me falles. Muy agradecida”.

En taxi, atravesando la ciudad con sol de costado, de Diego el insulso al añorado Azul Privilegio, con su teléfono móvil operativo.

Le viene a la cabeza un recuerdo mientras es conducida de vuelta al aprisco, faltan veinte minutos para las siete. Hay tiempo para rememorar acontecimientos. Era un día de verano, principiado el mes de agosto, con nubes de evolución, hace once años; la familia celebraba un aniversario; amplia familia por parte de padre, sonrientes y espontáneos en las fotos que se tomaron a la recíproca, todos con ganas de confraternizar; así se ven ellos en el álbum. Cree que se repite la historia, con sus lógicas peculiaridades, de regreso en taxi a la vida conveniente; acude a la memoria ese recuerdo sin tomarlo en préstamo oneroso de la impresión fotográfica. Había un montón de gente más o menos conocida participando del festejo sufragado a escote, de facciones y apellidos coincidentes entrando y saliendo de la casa. Eran muchos, nunca volvieron a ser tantos. La familia reunida en honor del ochenta aniversario del abuelo, el abuelo paterno de Elisa; el octogenario

andaba achacoso y con la sangre espesa, pero mantenía el genio aparejado y bullidor, y se defendía con garra de los embates de la edad y las complicaciones renales, tenía ganas de vivir el vejete. Después no sé con lo que me voy a encontrar, decía aún con voz de mando, por lo que mejor no me arriesgo, hago oídos sordos a las voces que anuncian otra vida y me quedo aquí sin tentar a la suerte; lo repetía con frecuencia el último decenio de vida trompicada. Sin embargo, y en contra de las postreras declaraciones —monomanía imputada a enfermiza recesión—, fue hombre subordinado a la ortodoxia. El abuelo vivió una prórroga de ocho años, en su panegírico de sala de vela se hizo mención de que fue ducho en oratorias, mediaciones e iniciativas industriales; y por lo bajo ganaba adeptos la corriente de opinión que situaba al padre de Elisa como el hijo predilecto, el vástago más afín al tronco, aunque no hubo unanimidad. Le parece a Elisa que aquel sábado de aniversario se reunió en el chalé de sus padres más familia de la censada, había un exceso de futuribles, una inadecuada proporción entre parejas de hecho y de derecho, una paupérrima aunque honrosa representación de pugnaz soltería. Seguramente yerra el cálculo. Al igual que exagera cuando de cara a una pared pintada de blanco o frente a una tela en blanco, histrionisa en el Coliseo de las desigualdades, recita lo que sigue: “Mi familia no es como las demás. En casa jamás hubo perro, gato ni canario, tortuga o gusanos de seda. En casa no tuvimos mascota ni intención de hacernos con una. Pero no estoy traumatizada”. A las once pusieron proa a la playa los niños, los jóvenes y las parejas acuñadas en años, meses o semanas; y el novio de su hermana mayor. A las once Elisa se metió en un coche lleno de primos conducido por un primo con el que se llevaba bien. Comentó el primo que era el coche

nuevo de su madre, aún no está estrenado, quiero decir que no tiene ninguna abolladura ni raya, qué grima, hasta que no te haces a la idea de que ya no es nuevo parece que conduces un jarrón de porcelana. El primo era gracioso, ocurrente, le reventaba tener que ir a la playa con lastre, le molestaba ser el tutor transitorio de tres primos adolescentes encantados con la romería, pero le divertía conducir y hacerse el encontradizo. “Hola, prima. ¿Te vienes conmigo?, ¿quieres hacer de mamá soltera unos kilómetros?” Era hijo único, una excepción en la familia —una anomalía, según voces—; estaba congraciado, incluso complacido con su estado. No creo que a estas alturas reciba una sorpresa, aunque nunca se sabe, pasan unas cosas en la televisión. Era un tipo mordaz a sus veinte años y con excusas en la manga, pero lo mejor era que no había reclutado brazo en el que apoyarse. Elisa solía divertirse con este primo subversor, le zarandeaba la risa y le inspiraba complicidad. Se veían poco pero se llevaban bien. “Venga, prima, nos consolaremos con la radio. Música, venga música.” La hermana de Elisa iba por delante en el flamante coche de su novio, en otoño se casaban; su hermana se casaría con veintiún tiernos años. Pasaron dos horas al sol y en el agua entre decenas de toallas y planchas y peonzas enrojecidas olorizando a protector solar el aire fronterizo —es olor de estío que perdura en la pituitaria—; colchonetas, bolsas playeras y sombrillas; un puñado de sabrosas *Tellinas tenuis* —tallarinas, coquinas— cogidas escarbando donde el agua no cubre y devoradas en su jugo; barrigones al sol oreados por la brisa, para los niños fermento de escarnio oral, isoperímetros que indujeron al impío recuento, a ver quién empareja mayor número de carnes fofas. La mañana era radiante y festiva: luz, agua, helados, patatas fritas y refrescos gaseosos en el chiringuito y a la

sombra de la pineda en el linde romántico de la playa; la piel en pellejo, rugosa, agarbanzada, huella del baño interminable; desperdigados y a la carrera los niños en sucesivos juegos sin reglas fijas. Una gran familia feliz. No hubo que lamentar heridas o pérdidas. Ni deserciones. Elisa y su primo nadaron hasta una barca anclada a una treintena de metros, los dos solos. Fue idea de Elisa. Ella nadaba con soltura, se notaba que no tenía miedo a perder pie y que le gustaba apartarse del resto de bañistas, de la familia, de los críos vocingleros, hiperactivos, mientras que él braceaba para ganar la meta, llegar, para no quedar descalificado en la competición, asirse a la batayola como si su mano fuera un arpeo y reponerse del esfuerzo atusándose el cabello mojado. Dijo ella con brillo en la mirada: “Podríamos subir a la barca y dar una vuelta por la bahía”. “¿Sabes navegar?” “Va a motor.” “¿Sabes cómo se arranca?” “Me gustaría desaparecer unas horas, ¿a ti no?” Él, hombre de tierra, opuso: “Lo siento, pero yo no me pierdo el banquete. Además, no lo dices en serio”. “Qué sabrás tú”, replicó ella con pícaro sonrisa. Pero Elisa no sabe administrar la picardía ni en la sonrisa. “Lo sé, no lo harías nunca, no te atreves. Yo sí, pero cuando decida largarme será para siempre... o por mucho tiempo y muy lejos.” “Ya. ¿Dónde irás?” “Tengo que pensarlo.” “Ya. ¿Por qué dices que yo no me atrevo?” “En vez de mirar mar adentro estás mirando a la orilla.” “Es para ver si se han percatado.” “Claro que sí, a los primos se nos vigila más que a las parejas.” “¿Quién nos vigila?” Nadaron de vuelta, ella por delante con brazada suelta; él a su estela, mohíno, decepcionado de sí mismo; ella y él pensando que todo tiene su límite. Era la una. “Isa, es hora de ir al restaurante, ayúdame a reunirlos”, pidió a Elisa su hermana. “Nadas muy bien, Lisa”, le dijeron a Elisa los tres primos

que tenía a su cargo. “Tienes muchos nombres en tu nombre, ¿lo habías notado?”, ironizó su primo en el coche. “Eres rencoroso, qué desagradable”, censuró ella. “Yo te llamo Elisa, me acuerdo de tu nombre. Te llamas Elisa. A mí no me disgusta, pero es un nombre soso.” A la una y media en el restaurante. Eran muchos, nunca volvieron a ser tantos. Empezó a soplar viento litoral después de la opípara comida. Se veía venir, dijo su abuela, la homenajeadada consorte, setenta y seis años, risueña comparsa que tampoco flaqueaba al exponer su percepción de la vida real, esa que únicamente se vive. Era mujer querida y respetada por saber mantener su dignidad en segundo plano, en las afueras. El abuelo la tenía entronizada en la clausura, ella gobernaba la reguera del matrimonio, eran felices según una anticuada pragmática de convivencia marital. Las reuniones familiares se conciben en movimiento compuesto para realce de alguien y en movimiento propio para el alardeo y la elongación de logros y proyectos. Durante el convite casi todos los jóvenes de la familia tenían un cuerpo adherido o a tan corta distancia que era imposible no fijarse. Cuántos nombres sacudieron los oídos de Elisa en la ceremoniosa presentación: nuevos, peculiares, repetidos, vulgares, de importación. Juntos, pegados, acaramelados. “Puja.” “Sí, yo también pienso que se pasan”, secundó la crítica su primo. Sentados a la mesa, confederados en la lucha, repasaban la competición entre parejas por adjudicarse el lauro al cariño y al magreo subterráneo. “¿No tienes novia?” Pregunta estúpida. “No puedo decirme sólo por una.” Respuesta amañada. “Ya.” “Nadie lo tiene todo.” “Ya, está repartido.” “Mal repartido, yo creo.” Sonaba a piropo de amigo y a disculpa aceptada por la estúpida pregunta. Gracias por no restregármela en la cara. Elisa comprendió que se fijaban en ellos, él se lo había

advertido en la playa, eran los desaparejados a la hora del baile. Poco le atrae el baile a Elisa. Me lo imaginaba, decía la abuela a sus hijas, se veía venir. Arreció el viento húmedo a media tarde. Pareja de baile, voces a dúo, cambio de pareja, una copa de cava, whisky, brandy, anís y licores herbales, un brindis, baile de parejas, baile de confianzas. Piensa Elisa que dos es el número mágico, ella y dos hombres, uno para cada necesidad. Dos más una, uno más una, uno más la misma una. El uno, el otro y yo. Sí, dos es una cifra completa. Bailan las parejas, beben, miran, hablan. Hablan, murmuran, cotillean a pares. ¿Tiene novio Elisa? En la carrera va divinamente. Llaman a Elisa, la invitan a la fiesta; su primo se esfuma. “Hasta luego”, dice arrancado por la prisa. ¿Tienes novio?, oye que le preguntan. “Me va bien la carrera, me gusta”, contesta. Se va, ella también desaparece extirpada por calladas urgencias. Baile de parejas, unos a los otros se definen con música en número par. La mayor os salió guapa, os quedó muy guapa la mayor. Los padres de Elisa sonrían ufanos, la reunión de familia se desarrolla conforme a lo previsto, la han organizado a las mil maravillas. Su hija mayor es guapa, muy guapa, unánimes. La casáis a la vuelta de la esquina, que sea para bien. Sí, ya veis, es lo que ella ha querido. Elisa es inteligente, siempre ha sido una chica aplicada y estudiosa, ¿qué carrera hace? Sus padres sonrían, celebran que a la hija mediana se le aplauda el mérito y el coeficiente intelectual: Sí, ya veis, es lo que ella ha elegido. Estamos muy contentos con las dos. ¿Y el chico? ¿Qué tal se lleva con sus hermanas? Muy bien. Porque son años de diferencia, vaya, vaya. ¿Cuántos tiene? Cinco, se lleva catorce con Elisa y dieciséis con la mayor. Ya son años. ¿Qué tal se llevan con el chico? Muy bien. Ha venido así y estamos contentos con los tres. Claro, claro. ¿Tú querías

un chico, eh? Nunca hay que perder la esperanza, ja, ja. Bien hecho. Oye, ¿dónde está el chico? Con el abuelo. Sí, claro. Los críos rodean al abuelo que reparte billetes de mil pesetas, es política de aniversario. Billetes verdes nuevos. A cada nieto un billete. La abuela está con sus hijas, el matrimonio tiene cuatro hijas y tres hijos, las chicas eran cinco pero una murió joven, soltera, enferma. No se comenta sobre la muerta, fue una pena, descanse en paz. Las cuatro hijas atienden a la madre, la abuela quiere agua y algo que ha de llegar. El padre de Elisa es el menor de los varones, es el sexto hijo en orden cronológico. El primero en la estimación del abuelo, se rumorea. Elisa va donde su abuela, la ha mandado llamar. Pasa un rato con ella, le pide su madre. La abuela bebe agua, casi no bebe otra cosa, le gusta mucho el agua que bebe. Las cuatro hijas dejan sitio a la nieta. Elisa acerca una silla. “Dime.” La abuela dice que en la vida hay amores y pasiones, lo dice con su voz de siempre pero sólo a la nieta, a lo largo de la vida se suceden y confunden los medios y los fines, las manías y las terapias, hace tiempo que quiere hablar con su nieta. Elisa es la nieta inteligente, tiene la fama. La abuela le guiña un ojo, ¿es un guiño?, ella cree que sí, la abuela tiene sentido del humor y un sobornable sentido del ridículo. La abuela quiere hablar con su nieta a solas, le gusta Elisa, le gustan todos y cada uno de sus nietos, pero Elisa es mujer, joven, instruida y sin pareja. Quiere contarle algunas cosas. Y no se demora. El amor conveniente es el convincente, dice, no te quepa duda de que es el duradero, no suele ser el gran amor, a veces no suele ser más que compenetración, simpatía y mucho después aceptación, el amor conveniente se reconoce en una hora, tienes una hora para convencerte de que lo tienes ahí, contigo, hace unos años te hubiera desglosado minuto a minuto los cincuenta

válidos de esa hora decisiva, los primeros cinco y los últimos son prescindibles, ya entenderás porque la hora decisiva tiene cincuenta minutos, el meollo del asunto va del minuto diez al treinta, aproximadamente, depende de cada cual, en ese tramo de veinte minutos se descubre todo lo que hace falta, si lo que sientes a partir del minuto treinta, aún antes, en el veintinueve, no te deja razonar a tu gusto o necesidad, vamos, que estás alelada, que te ha embelesado el chico, dicho en plata, estás enamorada y cegada, mala cura, el resto de la hora te pasará volando y no sabrás nada de él, nada que te conviene saber, y no confíes en las segundas oportunidades, no son lo que parecen, como tú eres inteligente estás expuesta a la fantasía, si fueras lista serías más precavida, si fueras muy lista correrías la mitad de los riesgos, el sentido común sienta cátedra: el agua que mejor sienta no tiene porque ser la que mejor sabe, el amor conveniente solicita invitación, acude con tarjeta, historial y calendario, todo en la mesa, el otro amor abarca mucho, promete, pinta al fresco, te sorbe el seso, subyuga, secretea, esto es amor se piensa, esto sólo puede ser amor, genuino amor en verso, el amor que tanto ocupa acaba por desplazar al sentido común femenino y al resto de sentidos en el hombre y la mujer. La abuela había perorado sin receso y ahora bebía traguitos de agua mientras escrutaba a tres generaciones en la sala de aniversario. Tu hermana ha elegido bien, ¿tú qué estudias? El abuelo comenzaba a fatigarse, a la abuela se le notaba que tenía ganas de hablar con sus nietos pero se abstuvo de exigir una prórroga, débito marital. Cuando Elisa le explicó sin explayarse lo que estudiaba y su intención profesional, la abuela aspiró solemne, dejó la copa vacía, emitió un cabeceo suave, paseó su agudo mirar en derredor y se abstuvo de comentar nada. Cesaron las ráfagas de viento marero con el púrpura

crepuscular, ya con el nervio templado y los deberes hechos; unos pocos achispados entonaban aires festivos que regocijaron el epílogo. Luego se despidieron todos. Hasta la próxima.

Dos

Piensa Elisa que dos es número excelso, redondo, cifra completa. Ella y dos hombres, uno para cada ambición. El número dos representa oposición y conflicto, expresa la división fundamental que genera aspectos nuevos de la realidad, denota el equilibrado balance entre fuerzas contrapuestas. Dos es signo de ambivalencias y desdoblamientos, alude al principio femenino, predispone a la imaginación y la contradicción, es dual y antagónico.

Es cifra de baile y permuta. Es número de apertura y cierre.

La vida conveniente

Aviso acústico y grafismo de buzón de voz en la pantalla del móvil. Mensaje de Belo J., mensaje de Marta comunicando que había telefonado Belo J. al despacho, segundo mensaje de Marta para recordarle que a las siete etcétera, etcétera. Fin de los mensajes, guardados. Vas a tener que esperar en el cajón, comentó al teléfono.

La puntualidad es una virtud

Casi las siete. Elisa ingresó pulcra y profesional en el vestíbulo del Azul Privilegio, nada de repetir errores ni mirar hacia atrás para encararse con el francotirador que le lanzaba proyectiles de aire al cogote. Entraba por delante de alguien conocido —tenía que ser alguien conocido o próximo o prefigurado en la octava planta— que disparaba balas de aire no homologado por la infatigable rotación de la puerta aduana. Saludó a los de seguridad y al conserje que se precipitó fuera del estrado para guiarla hasta la puerta del ascensor.

—Día bochornoso tenemos, ni que fuera agosto.

—Como en pleno verano, sí.

—Ya está aquí. Buenas tardes.

—Hasta luego —se despidió ella.

Giró la cabeza pero no descubrió a nadie entre las aspas de la puerta giratoria y la boca abierta de la cabina. Tres

pasos y adentro, de cara al espejo, hacia la octava planta. El espejo —interpretado como el reflejo del ser— promete a lo efímero la condición de lo real, es frase dicha y publicada que acoge múltiples interpretaciones. Su cara era el reflejo de la decepción y de un presentimiento: “No estoy sola”. Un intruso malicioso le soplabá detrás de las orejas, qué atrevimiento, qué tino; dio media vuelta, dejó de apabullar a la imagen devuelta, de componerse el cabello, los botones, la gargantilla, la pulsera, los anillos, de preguntarse: quién me ha seguido, quién me pasa un dedo por el cuello y me sopla en zona sensible, me pone nerviosa y me eriza el vello. Se dio la vuelta y le preguntó a la puerta quién era el revoltoso, el osado invasor de tan desguarnecidos dominios. Quién la acosaba. El ascensor se detuvo entre piso y piso a indagar, es un suponer, y Elisa lanzó una patada a la puerta, otra a la pared opuesta y una tercera al suelo, la más certera y sonora. Hike, el psicoanalista de lengua y corazón, le pidió con verbo sucinto que pusiera fin a la burda ofensiva, que se calmara.

—Bien —saludó—, aquí me tienes.

—Tú...

—Yo, claro.

—¿Dónde estás?

—En el espejo.

—Dime, ¿te he llamado?

—A eso de las cinco: “¿Qué hago?”, me preguntabas. Haz memoria, tenías la voz rasposa, sonaba a ruego.

—Desbarras. No te he llamado, ni se me ha pasado por la cabeza.

—Sé que has insistido, lo siento, estoy muy ocupado los lunes y los viernes, en vísperas de los solsticios y los equinoccios, la temporada de lluvia y la de viento maestral.

—Adiós. No me haces falta. Gracias.

—Quisiera creerte.

—Créeme y esfúmate.

—Sabía que nos reencontraríamos. Haz memoria, dije: hasta la próxima, seguro que muy pronto. Me he equivocado por unas horas, no sé si a las diez, las doce o de madrugada, estaba convencido de que sería por la noche, no sé si con Belo J., con Diego o con nadie, una cita nocturna contigo y los fantasmas. Acepto mi responsabilidad por no haber previsto lo de esta tarde.

—Eres el único fantasma en mi vida. Adiós, tengo prisa.

“¿Por qué se ha parado? ¿Por qué calla la alarma? ¿A quién se le habrá ocurrido poner un reloj en el ascensor?”

—Sí, las siete y tres minutos en el reloj digital. Te retrasas.

—Vale, me he retrasado, hay mucho tráfico, el mundo funciona con ruedas, el mundo es una rueda colosal que aplasta a los torpes, a los impertinentes y a los acosadores de incógnito en los espejos. Lárgate.

“He perdido el tacto.”

—Tiene gracia. Enfadada tu comicidad es de aplauso.

“No me identifica por las huellas dactilares.”

—Ya. A mí no me hace reír esta situación. Mira, llego tarde, voy a tener problemas...

—Tranquila, se ha aplazado treinta minutos.

—¿Seguro?

—Te ha llamado Marta, segundo mensaje: etcétera, etcétera. Has colgado sin escuchar lo que importa, pésima costumbre.

—Hoy no es mi día, te habrás dado cuenta.

—Has tenido días mejores, es cierto. Anda, recupera el mensaje. Estás de suerte, llegas de sobra a las siete y media.

“No soy claustrofóbica, no lo soy, no, no. Soy una mujer con suerte, estoy de enhorabuena: amostazada, escocido el estómago, aprisionada con un insolente que financia, es viernes por la tarde, a media hora de una reunión fuera de programa, con la libido compungida y después me toca una velada con mal principio. Tengo la fortuna de cara.”

—Me retocaré el maquillaje en mi despacho hasta esa hora. Déjame en paz, vete.

—No hay problema, tengo mejores cosas que hacer que encerrarme contigo el viernes por la tarde en un ascensor. Pero ya que eres clienta y pagas el estipendio de mi arte liberal, como adoro las circunlocuciones y estoy suscrito al boletín semestral de la Real Academia de Deontología y Prácticas Decorosas, me siento obligado a delatar la disfunción que te aflige y proponer un reglaje conveniente que la combata, la extermine o, en su defecto, la haga tolerable; la Comisión Deontológica no imputa falta al colegiado si éste desmenuza la piedra a textura de guija —psicología de la transferencia—, es una forma de hablar. Apuesto por la renovación: ventila la cabeza, yo creo que unas ráfagas de aire comprimido esparcirán lo inconveniente, se conoce como terapéutica de olvido transitorio. Vacía la cabeza de suposiciones tuberáceas, arráncalas de raíz o inúndalas con enemas hasta podrir las, desleídas son casi inocuas y las filtran el hígado y los riñones. Te prescribo cinco sesiones de corrientes analgésicas, tres de termoterapia y dos de crioterapia, ¿fisioterapeuta masculino o femenina?, estarás en buenas manos, decídetelo y te daré el nombre, dirección, teléfono y la autorización galénica. Amnesia partitiva, omisión de circunstancias inconvenientes. La explicación más sencilla suele ser la correcta, razonamiento de Occam.

“Ya se ha puesto en marcha, bueno, uf”.

—Lavativa en ayunas, electroterapia y balneario. Digo yo que podrías discurrir métodos menos rancios. Tu ciencia se contrae a gran velocidad.

—Octava planta. Sombra de ojos en el despacho y labios perfilados, ¿Qué le tienes reservado a tu secretaria? Recuerda: ventilación, regenerate, repasa las conveniencias y todas esas notas escritas con tinta invisible.

—Etcétera.

—Las siete y cinco en el reloj digital del ascensor. Ya nos veremos después.

En la octava planta del Azul Privilegio

Marta vio a su jefa por el rabillo del ojo. Elisa muestra un semblante áspero, su paso es firme y corto, no es un andar sedoso sino militarizado en pase de revista. Marta la vio venir y se anticipó a la puesta en escena. Las ambiciones comunes a un grupo dentro de un perímetro socialmente comparable y evolucionado no difieren de los de otro grupo exclusivo, limitado, sectario, masivo, salvo en la cadena de prelación: admisión, agasajo, obediencia, invitaciones, discursos, amores y amantes. La tarjeta de crédito que mejor define el éxito social es incorpórea; el poseedor de esta envidiada licencia nunca paga lo que compra, ostenta, consume o disfruta; al titular de esta immaculada maravilla se le premia por lo que es y lo que representa.

Marta fue al encuentro de su jefa ciñéndose al guion.

Elisa conoce el guion. Todo el mundo en la planta sabe que el ascensor ha fallado y ella ha quedado atrapada, todos disimulan fieles al guion, pero hay a quien le supone mucho mantener el rictus de trabajo. Marta la conciliadora percibe a la legua la aversión de Elisa hacia el ridículo y las tendencias desestabilizadoras del sexismo, en ocho años se descubre todo y más de las personas a las que se asiste y con las que se trabaja.

Es posible

Hay la creencia de que el demonio es femenino, que es *demonia* y se llama Lilith. Hay quien dice que Lilith fue la legítima esposa de Adán, mencionada como Lilit por Isaías en el Antiguo Testamento. En la tradición talmúdica era considerada un ser demoníaco y la primera mujer de Adán. Pero antes de ser Lilith o Lilit era Lilitu, procedente de la demonología babilónica, imaginada como un fantasma nocturno chupador de sangre. A saber la verdad.

En el espacio a cubierto de R. Comodín

—El padre de todos los hombres y mujeres maridó en segundas nupcias con Eva, la tentada, la curiosa, la insatisfecha. Pudo ser unión de conveniencia la de ambos, arcilla figulina y carne con hueso, pero es harto dudoso que el

resultado fuera el propuesto en inicio. Cabe pensar que el longevo Adán no estuvo a la altura de las circunstancias, de las esperanzas en él depositadas por los nonatos. La debilidad masculina precede a la incitación femenina, cada cual en su papel que así fueron creados por el Hacedor de Imponderables.

—Pudiera ser que a Lilith le correspondiera el maldito personaje de la serpiente en el Teatro Paraíso, otros aseguran que desempeñaba el denigrado protagonismo del fruto del Árbol de la Ciencia, en cualquier caso muy bien caracterizada. De ser como algunos refieren, los primeros padres son tres y a Eva habría que liberarla de buena parte de la culpa por ser rebelde a la imposición divina, a semejanza de su insigne predecesora; a Eva le vino que ni pintado el antecedente, diríase que no encajaba en el papel de segundona y derivó a riesgo de coyunturas hacia el espectáculo y la reivindicación. El Creador, que es omnímodo, ubicuo y omniscio, en su ocupación de seis días de cenit a nadir gusta de enredos y diatribas: “Os hago libres, competitivos, tan iguales como diferentes, con un código genético que costará miles de años gregorianos desentrañar y ahí no concluirán las sorpresas; os otorgo libertad y concedo albedrío para enmarañaros; id desfilando por la pluralidad de mundos habitados contenidos en este; os fabrico sentimentales y apasionados, conservadores y revolucionarios, místicos y mistificadores, científicos, lábiles, intrépidos, proyectos y tenaces, curiosos, temerarios y pacatos, nómadas y sedentarios, pícnicos, leptosomáticos, figurantes, soldados, clérigos y civiles domésticos, mercaderes, consumistas y gestores, apañados, sesudos, tontos y pasmados; allá os compongáis con vuestra herencia y los deudos”. La creación es un juego de azar con golpes de fortuna y rachas de zozobra.

—Adán y Eva aportaron retoños a mansalva al mundo del destierro —varones los recordados por el nombre. Durante su estancia en el País Ideal eludieron la procreación con métodos de absoluta eficacia o no les vino impuesta por razones de imposible discernimiento a este lado de la frontera. Puede que con ellos dos culminara la parte terrenal de la Gran Obra y el Creador se preguntara: a ver qué pasa ahora, como si la perfección consistiera en el uno más uno igual a uno con uno. Lilith también suma mítica progenie fuera del Paraíso, concretamente mujeres, los renuevos de la primera mujer son femeninos, simbolizan la crueldad, la lascivia y chupan la sangre de sus víctimas, pues son calco de su madre. Hay quien lo expresa así y sea o no cierto o en alguna medida cierto, todo es discutible y revisable a tira y afloja de interpretaciones y añadidos documentados.

—Lilith fue la primera mujer, creada en condiciones de igualdad con el primer hombre. En el rol de esposa de Adán se siente oprimida y relegada a tareas innobles, por eso desaparece de los anales de la historia inspirada y escrita por santos varones. Adán es un marido indeseable y Lilith denuncia a su Creador por el yerro y por hacer la vista gorda pudiendo enmendarlo. El número Uno —o número Cero— no reconviene, endereza ni castiga al macho para corregir esa innata propensión a ser obedecido por la hembra, y así ha obrado por centurias, milenios y eones, y continúa con tácita permisividad. Por eso la primera mujer de la que se guarda noticia se enfada con el responsable del agravio y la ignominia, desaparece y amenaza con derrocar al favorito, y jura tomar revancha y aliarse con los enemigos de los hombres; porque ella no quiso someterse al dominio de un ser abyecto en terminología del *feminismo progremarxista* subvencionado. El Creador aprueba el

enfrentamiento, que asegura una eterna diversión de magnitud cósmica.

—Lilith actuó debidamente y vio reforzada su dignidad con dos preciosos dones: la intuición y la previsión.

—A Lilith la sustituyó Eva, porque hacen falta dos opuestos y complementarios para escribir la historia desde el origen.

—Eva dio al traste con la farsa, la loable y la perversa.

—Al ser expulsado del Jardín del Edén al primer hombre se le dibujó estupor en el rostro, su anterior solvencia quedó hecha añicos; y Eva, puesta en lo peor, echó mano de la argucia y aprovechó el desconcierto, ridículo y abatimiento de su pareja para maquillar el defecto o descuido o capacidad deductiva que había desembocado en la terrible resolución del Arrendador, y a merced de una magna apetencia acusar a su desfallecido compañero de infortunio de falta de arrestos e indignidad: en el ilimitado futuro te imprecarán los congéneres y asimilados, le espetó Eva.

—El infausto Adán agachó la cabeza y regó con sudor la senda del extrañamiento. También Eva transpiraba, pero no a riadas ni apestando. De camino a la puerta de salida los arrojados al mundo del sacrificio y la competencia se hicieron con sendas hojas de parra, o quizá las hojas fueran de higuera, tapujos sobre el discriminado sexo de uno y otra. No es descartable que Eva, mujer de cálculo previsor y aventajado, cortara unas flores de azahar, unas petunias y unas lilas para adornarse cara, cabello, muñecas y tobillos antes de abandonar el Paraíso, por lo que pudieran encontrarse en el proceloso más allá. La ocasión se conoce cuando se presenta.

—Las mujeres que sudan descienden de Eva y de Lilith las que por su piel no corre esa sustancia viscosa y

translúcida. La normal actividad de las glándulas sudoríparas es marchamo de identidad humana y buena salud.

—Las pudorosas hojas vegetales, de parra, higuera o haya, aguantaron en sus respectivos emplazamientos gracias al sudor que emana el desespero.

—Hasta traspasar la verja. Luego, Eva retomó la compostura, irguió el cuello, alisó la frente y dejó de sudar; entonces perdió la verduzca protección de las hojas de higuera, parra, haya o girasol y dejó obrar a su naturaleza. Adán caminaba por detrás de ella, abrumado por la desdicha y las deudas, lamentando la pérdida; era tanta su aflicción por lo que se le venía encima que tardó en ver a la mujer desde una perspectiva mortal, carne, pelo y osamenta, sin embozo y con la edad tarifada por meses y años. Una vez puesto en situación primaria, pidió —ni rogó ni suplicó— a su compañera que se exhibiese dando unas vueltas de eje vertical a velocidad de regodeo, cosa a la que ella accedió sin titubear, con espontaneidad y gracia deleitó al otrora afligido y desmoronado con unas maniobras tácticas de bella factura, incluso preciosistas, como si las llevara practicando desde la inauguración de la guardería de Venus. La arquitectura primordial de Eva insufló vida al abatido y le afiló la cualidad distintiva.

—El mundo empezó a poblarse de exiliados con fábulas, denuncias, credos y conflictos, con iluminados y materia perecedera; el mundo fue colonizado poco a poco, milenio a milenio, hasta que a los humanos mortales les entró la prisa por cartografiar completamente el planeta de acogida, y a los inmortales y demás deidades del panteón la urgencia por esconderse en lugares recónditos y en obras didácticas de consulta en bibliotecas inaccesibles.

—El mundo anda escaso de recursos, siglo a siglo mengua en condiciones de habitabilidad. El mundo epitelial,

me refiero. Siempre nos quedarán desaforadas excusas, unas cuantas fosas oceánicas y el viaje al centro de la Tierra para conmemorar discordias con la arcaica morada. Hasta que el astro rey nos derrita, y entonces, reducidos a la unidad indivisible transmigraremos; vuelta a empezar donde sea, pero lejos, muy lejos de aquí, por aquello de probar cosas nuevas, por aquello de no reincidir en lo conocido.

—La especie dominante confecciona muestrarios de múltiples texturas y colores, distribuidos por la geografía planetaria, con el resto de las especies amenazadas de extinción; la especie dominante aplica una política de reduccionismo a sus vecinos irracionales denominada de espacios protegidos. Ciertas especies, clasificadas como inferiores, son de imposible reposición una vez agotado el género.

—Forma parte del juego, son lances del juego —asegura R. Comodín.

Jugando

Forma parte del juego, son fases del juego. Lance de triunfo, lance de revés. Azar y envite. Son lances del juego, la vida es un juego, en la vida todo es juego, se oye a menudo y pudiera no ser falacia o incongruencia. Los antiguos romanos de tropa regular y reemplazo se solazaban mientras duraban los tediosos asedios a las fortalezas enemigas jugando a los dados, llamaban *Canis* al golpe adverso y *Venus* al favorable.

La magnanimidad de Elisa

Existe un dios ecléctico al que se invoca cuando el parto viene de nalgas; la tradición lo representa antropomorfo, mayestático en su singularidad, lúcido y lucidor varón barbado.

Elisa es mujer, algún día quiere ser madre biológica de un varón. Ella, por instinto, acogota al componente femenino del equipo, de un entorno social dirimente y complementario, y en lo posible de su familia también. El Diabla es Diabla, el Diablo también es hembra y abraza el género femenino, pero Dios que es uno y todo es macho: así se canta y pinta. Elisa exige más a las mujeres que a los hombres en el hacer cotidiano y en la fabulación, claro que ejerce su despotismo con disimulo, exonerado de alevosía y predeterminación. Es malevolente con las mujeres que alcanzan la vigía de sus cinco o seis sentidos, quizá se debe a que alguien en tiempo pretérito le ilustró a las mujeres como rivales en el Libro de la Vida. Elisa es partidaria de la profilaxis y de la justicia invertida, se tiene por paladín encubierto, transmutado, contra una antiquísima afrenta inoculada vía sangre que sofoca insurrecciones al detectarlas; lo que no se corrige de chico de mayor ofusca, decía su abuelo.

Pero hoy que es día extraño y largo desecha la idea de vengarse de todos los fantasmas en la persona de su secretaria, habiendo donde elegir. No me esperes, le dice, y se encierra en el despacho después de explicitarle Marta los etcéteras: que Belo J. ha telefonado dos veces, dice que le llames pero que si no puedes hablar con él me ha dicho que te recuerde que tendrás un coche en la puerta a las nueve, ha hecho un cálculo rápido, pero tú no te preocupes

que el conductor esperará lo que haga falta, tengo entendido que es un servicio espléndido. Belo J. concierta sin riesgo. Veinte minutos para el congreso directivo. Buen fin de semana. Hasta el lunes. Cada uno ha de vivir su vida.

En el despacho de Elisa

No quiere telefonar a Belo J. para decirle que acabará más tarde. En el fondo le da igual, y no cree que se vaya a alargar en exceso. Es viernes. Hoy es un día raro, incómodo, desabrido; es un día en el que las ideas se malogran y las intenciones se confunden. Y lo que aún le queda por aguantar.

Marta podría telefonar a Belo J., pero no es buena idea, complicaría las cosas.

La ventaja de saber lo que se quiere

El ochenta aniversario del abuelo se cerró con una ovación, promesas de boca ancha, besos, apretones de mano y palmoteos. ¡Para muchos años! ¡Felicidades! Aquella noche de agosto pactó una tregua con el viento racheado, la Luna viajaba a baja altura, las estrellas más brillantes de Ofiuco, Escorpión y Sagitario y el anillado planeta Satur-

no perseguían al Creciente como si buscaran ensartarse en los cuernos.

Elisa bostezó tres o cuatro veces antes de meterse en la cama. Al tercer o cuarto bostezo anunció que se iba a dormir. Su madre la siguió hasta la habitación, entró detrás de ella y cerró la puerta. Dime, ¿qué te ha dicho la abuela? Nada... cosas... ¿Qué te ha contado la abuela? La abuela tenía ganas de hablar, supongo, se aburría. La abuela quería hablar contigo. Ya me he dado cuenta, algunos estaban pendientes de nosotras, había familia por todas partes y la abuela los miraba a todos arrugando el labio superior. Tu abuela tiene una técnica gestual depurada, ¿qué te ha dicho la abuela?, dime. Me ha dicho qué es lo que me conviene. ¿Y a ti te conviene lo que te ha contado? La abuela dice que mi hermana ha sabido elegir, me parece que la pone de ejemplo. ¿A ti qué te parece? No lo sé, la abuela ha cerrado la boca cuando le he dicho lo que pienso hacer con mi vida. No tendría nada más que decir, supongo.

Susana en el coche (I)

Final de curso. Susana repasa notas mentales a propósito del principio de incertidumbre formulado por Werner Karl Heisenberg y la derivación filosófica en los principios de correspondencia y complementariedad de Niels Bohr. La inicial: *“Cuanto más corto es el intervalo de tiempo considerado más incertidumbre habrá en la energía”*; en la práctica, entre una y dos horas es un período válido de tiempo para la comprobación de la humana incertidumbre. Siguiente: *“El contenido de transformación o la capaci-*

dad de cambio (entropía, interpreta como gustes) aumenta durante los procesos irreversibles"; lo que ha sido dicho y lo que ha sido hecho son procesos irreversibles cuya humana modificación, transcurrido cualquier tiempo, no exime de la responsabilidad contraída por presuntos agravios. Otra: *"Es erróneo que un universo en equilibrio sea aquel en el que la entropía y el desorden lleguen al máximo y donde haya perecido toda vida"*; las monedas tienen dos caras pero es difícil verlas a la vez, todavía es más difícil hacer uso simultáneo de ellas en el juego, a lo largo de una partida la moneda permanece en equilibrio estable, inestable e indiferente, mientras dura la partida la moneda alterna su equilibrio, es la emoción del juego en lo mucho o poco que cada contendiente se juega. Una más: *"Cuando un sistema está lejos del equilibrio, quizá por efecto de un punto local caliente —una estrella en el cielo sirve de modelo y el citarla en su grandeza no compromete a nadie—, pueden ocurrir cosas tan interesantes como la vida"*; la humana curiosidad por conocer a los seres atractivos que participan del hábitat, la innata aproximación hacia lo nuevo, qué sorpresa deparará la experiencia dirigida, los cinco sentidos hojean el catálogo de novedades de aparición cada novilunio. La última: *"La tendencia natural de los sistemas macroscópicos es dirigir sus pasos, según la flecha del tiempo, hacia el equilibrio"*; la idea que cada uno tiene de sí mismo es asidero al que amarrar en las etapas de escarceo, para ser libre no hay que escapar de la voluntad, sentirse libre es derivar al alcance máximo del cordón umbilical sin desvincularse de la conveniencia, la cuerda ora se estira ora se afloja pero siempre repasada y en su encaje, equivale a decir que lo bueno es no pasarse ni quedarse corto, ni adelantar a destiempo ni retrasarse en

la cola, que el extremismo es contraproducente. Extraído por Gámiz la víspera, infiriendo y citando.

Aquella noche a Susana le tocaba esperar, repasar notas mentalmente, examinarse sin calificación, sintetizar la información de los boletines de noticias, enhebrar metáforas, circuir el mundo físico con los ojos y guiar la mirada a los espejos retrovisores y el de cortesía para retener instantes de luz. La luz es vida y esperanza de resurrección para los vivos. A Susana correspondía esmerarse para hacer más llevadero el castigo al mensajero. Guiada por el mito de Amaterasu, diosa solar del Sinto, encastillada en su despacho de la octava planta del Azul Privilegio Elisa saldaba su deuda con Belo J., Diego y el mundo inconveniente.

Susana contó a su mascota sin nombre como Amaterasu, la de las trenzas prendidas, la gobernadora del cielo, la dispensadora de la vida terrenal, la forjadora de tres diosas, se retiró a una cueva y sumió al mundo en apocadora penumbra. Todo por una desavenencia entre hermanos. El segundo hermano de Amaterasu era un incordio, el garbanzo negro de la estelar familia, un ser despreciable que gastaba bromas de mal gusto con sañudo propósito, envidioso, egoísta, agitador. Y a fe que amargó el reinado de su divinal hermana dando al traste con la perentoria misión. Ella se instaló en el olvido dentro de una cueva: “No quiero saber nada de vosotros, me guardo la joya y doy al traste con la creación”. Las deidades del panteón sintoísta no disculparon la dejación del deber de su colega a causa de un contencioso familiar; sin luz no hay vida, sin vida no hay humanos o dioses, ni siquiera los tenebrosos dioses de la desolación; sin luz, a la larga, perece el recuerdo, la tradición oral y hasta la palabra impresa. Amaterasu tenía que volver a regar con luz los mundos de la vida y para

ello había que sacarla del espejo —así denominan amos y servidores al refugio de los espíritus. Los espejos encubren la residencia de los espíritus. Era preceptivo recuperar a la diosa del sol asociada con los espejos de su enfado, del vengativo apartamiento que anulaba la historia futura. Reunidos ante el escondite por ser el mejor lugar para manifestarse, ochenta mil divinidades con proverbial paciencia cavilaron en pos de la solución al enorme problema de la falta de luz, o un conveniente arreglo de mínimos. Amaterasu se recreaba en la penitencia dando pábulo a las sombras, no iba a ser empresa fácil el doblegar su obstinación. Pero siempre hay un roto para un descosido, suele decir el vulgo. Amaterasu conocía de la reivindicación, no iba a ceder. Y aunque obstinada, se aburría en el interior igual que la asamblea en el exterior. Curiosa ella y sobrada de tiempo, echaba ojeadas afuera por un ventanillo del tamaño de la pupila de una diosa, en uno de esos intermedios en que lo más que ocurre es imaginar qué sucedería si pasara algo oyó risas, palmas y aun otras expresiones de alborozo y jaleo que la catapultaron a la mirilla. Una divina compañera, de nombre Uzume, diosa del eficaz entretenimiento, danzaba al erótico modo que entusiasma a los adultos a ambos lados de la frontera y de los espejos; Uzume poseía en su arte esa cotizada ganzúa que abre muchas puertas, quizá todas. Amaterasu, ya se ha dicho, era curiosa, también las diosas lo son, y se aburren durante las venganzas ilimitadas y gozan de la fiesta como cualquier mujer que luce palmito; abrió mínimamente la puerta, miró por la rendija, empujó despacio la puerta cuyos goznes no rezongaban, asomó la cabeza, un hombro, medio tórax, la puerta en menguante. Hízose la luz. Los dioses la invitaron a abandonar el destierro con tantos brazos como la mitad del cuerpo femenino puede acoger, imposible

resistirse a participar de la fiesta. Y la luz volvió al mundo, al mundo regresó la vida.

Pero no deja claro Susana a su mascota, más distraída que entretenida con la voz de su dueña, si la venganza quedó satisfecha en fecha mediata. ¿Tú que crees? Venganza interrumpida, responde la ballena, es el típico desenlace de un estereotipo cosmogónico. Vale, veremos qué pasa después de las diez.

Susana en el coche (y II)

Las historias y las metáforas se contienen unas en las otras. Cada vez que se cuenta una historia, un relato o una fábula, nace un vástago que no tarda en emanciparse. La disección es elegida a conveniencia durante el curso de la narración y aunque emancipada y aparentemente completa, antes de que aparezca el protagonista se sabe que lo habrá y cuál será su *modus operandi*. Porque las soluciones a la trama vienen condicionadas por un predecible reparto de papeles y forman parte de un sistema que piensa en Susana y en Elisa en el mismo momento en que Susana piensa en el sistema y en la clienta, y Elisa, desde su despacho a ocho pisos de altura, piensa en el sistema, en Diego, en Belo J. y en ese alguien que la espera allá abajo y que supone de género masculino porque es lo que le apetece. Juego de rol. Correspondencia biunívoca.

Paisajes

Elisa cree que los hombres se arrojan con su código genético y la vitoreada desnudez femenina; los hombres se alían mientras las mujeres se destruyen a centímetros del suelo.

La junta extraordinaria de los elegidos empezó a las siete y media y acabó a las nueve menos cuarto, cuando ya Susana había estacionado el coche cerca de la puerta del Azul Privilegio. Elisa fue la última asistente de segundo nivel en despedirse del consejero delegado; un tipo astuto y veterano que jalona su ociosidad con pretéritas ínfulas por razón de cargo y coyuntura, y una vida dedicada por entero a la ingeniería subterránea y las relaciones fotografiadas. Es alguien que ha llegado a la cima, paga bien para protegerse de fases, cambios y vicisitudes, es un tipo poderoso que alterna artificios y sutilezas en los corrillos dialécticos de sala de juntas con cuadros de pintores expressionistas en las paredes: se deja ver con adiestrado aliño entre sus adquisiciones y dominios, sus apegos, los empleados y asesores de primer y segundo nivel, le interesa el formulismo de alta escuela de negocios, el despliegue de las piezas sobre el tablero; todo lo que se va a tratar ya lo ha sopesado antes, los asistentes lo saben o lo sospechan, el desarrollo de la partida será el conveniente. “¿Viernes?, no, te equivocas; hoy es martes, martes por la mañana; me va mejor dentro de media hora.” El patrón es un tipo secundado por la diosa de la fidelidad, hay que valer y bien invertir para ser destinatario de sus favores; es

un tipo tocado con la cornucopia, el refulgente cuerno de la abundancia.

Elisa y su jefe gastaron un minuto de cortesía como si fuera martes por la mañana, con esa idea fija en ella al caminar por el pasillo, con otras ideas subsidiarias granando a medida que restaba metros a su despacho. Cerró la puerta acompañando y se arrellanó en la butaca —la chaqueta en el perchero, los zapatos en la maceta del lustroso ficus—, de cara a la pared de cristal. Todavía no llegaba la noche oscura, las horas de luz diurna previas al solsticio de verano son arrogantes y de larga edad. Hace seiscientos millones de años el día duraba veintiuna horas, hoy ya sería sábado hace esa enormidad, tendría a Belo J. a su lado, sin represalias ni desafíos, la vida volvería a ser la conveniente.

Dio un respingo, ladeó la cabeza, veló la luz de sus ojos.

Paisajes con terapia (I)

Alguien llama a la puerta del despacho. Consulta el reloj de pulsera y abre.

—Tú...

—Yo, sí.

Hike cierra la puerta acompañando. Se excusa, a la manera del siempre atareado anuncia que tiene que marcharse enseguida.

—Pero no quería irme dejándote entre dos aguas.

—Muy amable.

—Tengo unos minutos, luego me voy de la ciudad todo el fin de semana; no voy a estar disponible. El sábado

asisto a la apertura de un simposio internacional de mujeres maltratadas y estafadas por sus parejas, estoy invitado; el domingo me esperan en la clausura de un simposio nacional de hombres estafados y maltratados por sus parejas, en la misma calidad.

—Que los disfrutes.

—Alguna distinción válida se extrae de los pensamientos contrarios.

—¿Quieres sentarte?

—Para ti el placer catastemático, el cinético para mí.

Paisajes con terapia (II)

El aprecio del cuero es sicalíptico. Desde la butaca Elisa organiza las ideas subsidiarias, cinco, colgadas en la pared lateral a modo de credenciales.

—No me había fijado en los cuadros —comenta Hike.

En la pared del fondo hay colgados dos cuadros. Hacia la parte derecha de la mesa está Filis, la estatuilla que era de Diego y que Elisa en realidad hurtó. Filis y Elisa conferencian a diario, de lunes a viernes, en la más estricta intimidad. Filis escucha impertérrita todo lo que vierte Elisa. Si alguien pregunta a Elisa de dónde ha sacado semejante bodrio dice que lo encontró, y así no tiene que dar más explicaciones; es sabido que lo que se recoge y acoge es lo más querido que se posee. Habla con Filis en voz baja para contarle el significado de las ideas subsidiarias que se han apoderado de su cabeza, como si no hubiera nadie más en el despacho.

Hike contempla a Filis, le guiña un ojo; después vuelve la mirada hacia los dos cuadros.

—¿Los has comprado?

Los cuadros colgados en la pared del fondo son regalo de Belo J. Un día le dijo a su novio que pensaba adornar el despacho, después de un largo periodo conviviendo con los mismos colores, muebles, cuadros, está justificado el cambio, y es conveniente. Belo J. participó en la renovación suntuaria con dos obras conceptuales de autoría nacional, enmarcadas: los dos cuadros colgados en la pared del fondo.

—¿Qué sentido tienen, aquí?

—En el futuro se cotizarán.

—Son reproducciones.

—Lee y envidia. Son las firmas de dos artistas en progreso. Te hacía más versado en arte, doctor.

—Y lo estoy. Las obras son dos variaciones sobre el mismo tema: el amor a la mujer idealizada. ¿Tu novio te ama o te idealiza? Exprésalo con pintura, eslogan de campaña para el suntuario día de las parejas concertadas. Ya ves, continúo abonado al escepticismo en esta relación tuya. Te indico: *Venus y Cupido* a la izquierda, *Venus* con sombrero y gasa a la derecha. Ambas obras renacentistas de Lucas Cranach, pintor de la Reforma.

Elisa giró la butaca hacia la pared del fondo. En el cuadro de la izquierda, Cupido es un ladrón al que castigan con ira y agujijones unas abejas; Venus riñe al Amor por su negligencia.

—Muy simbólico —confirma Hike—. Placeres huidizos que estragan al causante y a la víctima, veneno al envenenador. Ponlo en femenino. ¿Estás segura de que tu novio no sabe nada de Diego?

En el otro cuadro, a la derecha según se mira de frente, Venus pone de relieve lo que piensa de su agraciada persona y lo que por pensarlo es; elabora en horma de deseo su inconfesable necesidad; se convierte la digna y pudiente Venus en la mujer que mejor conoce y con la que rivaliza a horas convenidas.

—Estos no son los cuadros que me regaló Belo J. ¿Cómo han llegado aquí? —protesta Elisa frotándose las cejas. Puesta en pie de golpe sufre un ligero mareo y se tambalea, pero se mantiene en vertical.

Acotación (I)

Final de curso. Susana recapitula la teoría: *El equilibrio es el estado final de la evolución temporal en el cual se consume toda capacidad de cambio; el no equilibrio es el estado de un sistema macroscópico que tiene todavía capacidad de cambiar en el tiempo.*

Paisajes con terapia (III)

Elisa recupera el equilibrio y la vista. En la pared del fondo hay dos cuadros. Es arte conceptual firmado: Ernesto Covín y Fernando Toreno. Elisa arroja una bocanada de aire a Hike. Le espeta que ha ganado esta batalla. Pero Hike ni se inmuta, da media vuelta y percute con el dedo

índice en cada una de las cinco ideas subsidiarias que penden al estilo murciélago en la pared lateral.

—No te incumbe lo que pienso.

—Estoy dentro de tu cabeza. Tus extravagancias, pesares y júbilos, los descargos a las ocurrencias licenciosas, la humanidad de Filis y yo, el decidor terapeuta, lo que de ti va a lo que de ti viene, lo que no acaba de apearse en ninguna estación, somos una misma cosa. Venga, sigue mi dedo y lee tus ideas subsidiarias en voz alta, que se nos acaba el tiempo.

La inicial: “Deseo que la reunión de las siete y media dure hasta superar las campanadas de la medianoche”. Siguiente: “Esta noche se celebra una fiesta, un coche de alquiler con conductor me espera a la puerta, me cambiaré de ropa, me reuniré con Belo J., todo lo anterior es imborrable, me da rabia que no se pueda alterar y me enoja que no haya sido como yo quería”. Otra: “Este encierro es voluntario, conveniente y placentero, me proporciona una suerte de vacío algodonoso, me gusta, me apetece, el rancio mundo ha muerto, incineración, viva el mundo nuevo”. Una más: “No hay estabilidad que aguante un deseo infiltrado, de las cenizas renace el mundo poluto, inconcluso, mórbido, es un mundo vengativo”. La última: “Era un consuelo, mi desagravio extensivo a los partícipes del juego, retomo la senda del equilibrio, iré a la fiesta con la mejor disposición antes de las campanadas de medianoche, me llevaré bien con mi vida en adelante, lo prometo”.

Filis escucha desde la mesa, guiña un ojo a Hike, repasa con esmero crítico las ideas subsidiarias y se mordisquea los labios.

Paisajes con terapia (IV)

Elisa quiere llevarse bien con Belo J. En la relación de pareja destinada al matrimonio es saludable emparedar los conflictos, las confusiones y los vaivenes en el espacio vital, es conveniente que tales cosas no entelen el paisaje. Por eso cree que es mejor no decirle nada antes de encontrarse en la fiesta. Irá a casa a cambiarse de ropa, picará algo de comer para no parecer famélica y a las doce tomará el brazo de su novio con la cabeza bien amueblada. Aquí no ha pasado nada. Vale la pena. La variedad reflexiva del Sentido Común invita a concienciarse de la causa y la consecuencia, siempre y cuando ésta se sitúe lo suficientemente cerca de aquélla para posibilitar la conexión. Llevarse bien con Belo J. es una prioridad; la otra es pasar al primer nivel, la órbita menor en torno al astro regente. Vale la pena.

Acotación (y II)

Susana propuso a sus hermanos un eslogan para el negocio: “Nos llevamos bien”. Fue rechazado. Los dos hermanos aborrecen los eslóganes publicitarios. Ella piensa que a veces esos argumentos breves y directos resultan, aunque se recuerde la frase y no el producto, aunque sea un fotograma o el diseño que cobija lo publicitado lo único que se graba en la memoria del consumidor. Susana rechaza bautizar a su mascota, así la puede llamar como le venga en gana y la mascota responder siempre que se la

requiera; una mascota tiene la identidad que le concede su dueño, la mascota vive al margen de cualquier otro mundo que no sea el concedido.

Pero nosotros nos llevamos bien, dijo Susana a sus hermanos, y ambos lo ratificaron. Es conveniente tener hermanos con negocio próspero y llevarse bien con ellos, vale la pena.

Paisajes con terapia (V)

Pregunta Elisa: ¿Cuántas vidas se viven en la vida? Pregunta: ¿Cuántas y cómo compiten entre sí?

—Vives en la competencia —recuerda Hike— no excluyas las preguntas, la ropa interior ni a los aspirantes callando por los conductos prestos a arrancar con sofisticada herramienta la placa con tu nombre en la puerta de este despacho, pisándote la sombra, preparados para hundirte el barco y vivir tu vida aparente como si fuese intercambiable, especializados en un solo, decisivo, entusiasta, cotizado proyecto y a lo sumo dos ambiciones compatibles.

Pregunta Elisa, ensoñada: ¿Gana la vida mejor, sólo vence una? Pregunta: ¿Qué es de las vidas derrotadas, dónde se confinan, mueren, resucitan, se reencarnan?

—Si alguno de los aspirantes te pillá con poco lastre, lejos de puerto y con la carga mal estibada, despídete del primer nivel.

Elisa respira hondo, se lleva la mano derecha a la cerviz y casi con fatiga va rotando la cabeza. Vale, piensa, se puede tener inseguridad en lo laboral, forma parte del juego, estoy capacitada para esta lucha, pero no en la

pareja, en ninguna de las dos parejas: eso desequilibra, lentifica los reflejos y predispone a la claudicación.

—Esta es una vida de roces y exclusiones, de política de alianzas y estrategias de acoso, derribo o afianzamiento; una vida hipócrita, de farisaica adaptación —recuerda Hike.

Paisajes con terapia (VI)

El Tiempo pasa rápido cuando la vida ofrece alternativas y algo material a lo que aferrarse. Aunque hay decisiones que se posponen de año en año, otras se plasman en su plazo concreto: ser la primera de la clase; aprender cosas útiles, trocables; observar con juicio y cautela; adquirir experiencia, mantenerse con poco riesgo en la frontera de las apetencias y los apetitos; afiliarse a las compañías convenientes; conseguir el puesto de trabajo aspirado, promoción social. Y otras que llegarán según lo previsto: casarse con Belo J.; absorber a Diego; ser madre de un niño; sentarse en el palco del patrón; gobernar un reino; enviudar al poco de ser abuela; flirtear con lo convincente; decapar lo inconveniente; morir en su casa, en su cama, querida y cuidada. Diego a su lado, un tanto más avejentado que ella; al cabo de los años los dos juntos, coincidiendo al fin. Diego siempre la esperará.

El día que deje de pensar en Diego, que Diego deje de formar parte de su paisaje interior, se topará en la calle con él, por casualidad o feliz coincidencia; entonces lo llevará a casa como si se tratara de un trofeo extraviado en la flor de la vida, invisible el hallazgo a miradas ajenas, apenas

corroído por la edad y las sensaciones, que nadie va a reclamar. Y Elisa, cumplido el deseo, expirará consigo reconciliada y cogida a la mano de Diego el enamorado.

Paisajes con terapia (VII)

Elisa se reconoce en su vida cotidiana y también en la ficción. Elisa, suscrita desde la infancia a la especificidad de matiz y textura, reflexiona: la historia con Diego es auténtica, ubicada en tiempo y lugar, no hay niebla en el origen, no hay excusa para perderse. Pero Diego le acusa de haberse extraviado en el paisaje interior; el fiscal lo dirá por algo. Reflexiona Elisa: al poner la historia personal en pie sobre un estrado, o más que la propia historia —titulación pedante, una noción que agobia, un quiste que no sala el bisturí quirúrgico— el conjunto de paradojas, tropos y retruécanos aglutinados en la memoria, parece que esa historia ha sido vivida, escenificada, desarrollada y resuelta por el pasajero que de continuo y desapercibido viaja a nuestro lado. Lo que le sucede a uno es lo mismo que le pasa al acompañante, a ese personaje que ni sube ni baja en la misma estación que nosotros. Diego, siempre él, pero también otras circunstancias, circunstancias y pulsiones, otros determinismos y casualidades también, hacen cuestionar a Elisa el rumbo tomado y eso desequilibra, es pernicioso, insalubre. Malo, malo, perversa idea.

Diego, él siempre. Hizo una prueba Elisa con el teléfono móvil, se convirtió en comunicante anónima, ninguna de sus llamadas fue registrada con su número, con su nombre, con los varios nombres de su nombre o con el calificativo

que cada cual le hubiera concedido. Agotó la agenda con llamadas. Sólo Diego se negó a descolgar, sólo Diego venció la curiosidad, sólo Diego la ignoró en su anonimato. Elisa corrigió la identidad, volvió a dar salida a su número, nombre o apelativo. Telefonó a Diego, sólo a él, y Diego respondió al cuarto toque.

Aquella noche de viernes festivo, con un coche y conductor a la puerta del Azul Privilegio, Elisa no volvió a conectar su teléfono móvil.

Elisa nunca contará la verdad de lo sucedido aquella extraña noche. Hay cosas, personas y situaciones, también proyectos, ideas y deseos, que aunque vivos han de omitirse y ser trasladados a la inocua ficción. La sinceridad, según convenga a los intereses, es inconveniente y a la corta o a la larga perjudicial; hay que eliminarla y hacerla desaparecer.

En su mesa, hacia el lado derecho, destaca y no por su tamaño la altiva Filis, obsequio en segunda opción de Diego. En la octava planta del Azul Privilegio las mesas tienen sendos objetos de arraigo privado: las mesas dentro de despacho, las mesas sin despacho. También, a buen seguro, los cajones, las carpetas y algún archivo encriptado en el disco duro o en soporte auxiliar. La mesa de Elisa, que es de las principales, enseña a Filis. Es un objeto que llama la atención porque tiene de artístico la deficiencia: es simple, burdo, compra típica a un buhonero de las islas Cícladas; es un objeto que a las pocas semanas se rompe o se pierde o se endilga a una amistad de va y viene en envase de papel. Sobre las mesas, dentro de los cajones, en los estantes, en el disco duro, cada persona tiene algo que le pertenece, que aun no siendo un secreto es confidencial y exclusivo, aunque forme parte de la cotidiana

subasta en la que nunca se pronuncia el “adjudicado”. Son posesiones.

Hay otras posesiones a considerar: objetos ocultos, semiocultos o mostrados que periódicamente cambian de sitio. Al hilo de la mudanza, Elisa elimina los bienes personales acumulados que, caso por caso, todavía poseen significado. Le cuesta pero lo hace, no le gusta nada desprenderse de lo que le pertenece pero al cabo defenestra muchos recuerdos, ninguno de Diego, nada que le recuerde a él. Los escasos recuerdos de Diego tienen leyenda, a todo le confiere Diego un sentido trascendente. Algo de Belo J. ha lanzado a la basura en estos cuatro años; claro que de su novio tiene donde elegir, cantidad de objetos valiosos y vistosos de uso corporal, administración tópica.

Paisajes con terapia (VIII)

Hike ha escuchado la disertación sin perder ripio. Ahora es su turno.

—Sólo hay un mundo —puntualiza—: el verdadero. Por eso se necesita la mentira para vivir, es una mentira sacada del grimorio que falsea piadosamente el único mundo a los fervorosos discípulos. La mentira, la verdad falseada, la conveniencia, la contemporalización, qué más da el calificativo, es una dádiva que soporta el tonelaje de tropiezos, decepciones, descuidos, gazapos y temores. Tenlo por seguro.

—La seguridad es dádiva viajera —murmura Elisa recostando la cabeza.

—La conciencia respecto de la mentira es lo que otorga verdad a la ficción. Has amañado tu moral y el ejercicio de la inteligencia; te has privatizado en la sensibilidad y en el disfrute, que es aspecto común del hombre con los animales. Con Diego actúas desde el cuerpo y entonces es cuando eres feliz; enramada a Diego y bajo su techo blanco inventas y proyectas, subes y bajas, diriges, juegas unas cuantas partidas, te realizas, eres la sabia Erigia, eres Filis la lasciva, eres tú y tus mascotas con nombre en el desarrollo de una actividad hedonista que premia o castiga la injerencia y la suposición. En un dibujo de Joseph Heinz el Viejo, *Aristóteles y Filis*, ella, que eres tú, azota al ínclito filósofo, a caballo sobre sus vértebras dorsales, que es Diego esta tarde, que es Diego tu mascota de carne y hueso desmandada, con un látigo de dos colas y dos movimientos: hacia arriba y hacia abajo, porque dos es número completo y decisivo.

Porque dos elevado a su potencia da cuatro, que es el esotérico número de Elementos, que es la Tétrada que para los teósofos representa el número más perfecto y la raíz de todas las cosas. *Entre la Luna y el centro de la Tierra, dos a dos, se hallan los elementos dotados de movimiento rectilíneo: la tierra y el agua se mueven hacia abajo; hacia arriba el aire y el fuego. En esta región se nace y se muere; los elementos, en constante movimiento de busca y captura se encuentran y separan, nacen y se disuelven, purifican las pasiones. Y vuelta a empezar. Y vuelta a morir. Aristóteles congeniaba con la tradición, la cultura y el sentido común; y con los paseos en el peripato.*

Sigue el turno de Hike.

—Con Diego tienes una vida que no es la conveniente, en eso te ratificas cada poco, pero te apetece, motiva, oxigena, libera y divierte. Tu vida con Diego es catarsis

sórdida y magullada por un respunte de realidad corporal en el que lo objetivo muda en subjetivo a horas convenidas. Con Diego y un envío puntual de estrógeno razones en función de lo que sientes, y es en este nivel de conocimiento donde la sensación confirma la veracidad del sentimiento y la mentira de la apreciación y el ratificado. Es todo cuanto quiero decir, ahora me voy.

—Que tengas buen viaje.

Paisajes con terapia (y IX)

Elisa tiene por cierta la sensación y no menos por cierta la conveniencia de su límite. También sabe que quien le reporta el conflicto es la Dama Ociosa. Cuando uno está absorbido por una tarea, nada hay que empuje al espíritu a la severa jurisdicción de los sentimientos. Pero a veces Elisa se desconcentra o aminora la intensidad de su ocupación y entonces se asoma a ese mundo, que no es del todo real o falso, porque es curiosa y porque cree que nada le hará mella. Y porque la dicha, el goce y la plenitud viajan por las dos orillas, mal que le pese. Como el disfrute se complementa con la creación, Elisa tiende pontones a tramos con cuidado de no ser arrastrada por una súbita crecida del río. Mientras se afana en la empresa de pasar de una orilla a otra, sin publicidad, ensancha el horizonte y la hatería de observador trotamundos; mientras trajina a uno y otro lado del único Mundo, de la única Historia, evalúa el desarrollo en la realización de sus proyectos desde el puente de quita y pon, de una a otra orilla. Las emociones confirman el

progreso hacia la meta, que se justifica por su misma actividad de búsqueda. Quita y pon.

Subjetividades con el origen viciado (I)

A la proverbial costumbre, y paliativa de endogámicas tensiones, de trasladar objetos grandes y pequeños, simbólicos o por entero provechosos, de un lugar a otro, a mayor o menor abarcable distancia —ahora y aquí descubierta y negociada—, se la denomina *Feng Shui*: el arte de la ubicación; es de origen chino y, por ende, milenario. Susana, que como la mayoría de los mortales viene practicando ajena al agudo imperativo de la ansiedad la disciplina del quito y pongo, ilumino o camufló, ha leído que: “*Feng Shui* es la ciencia de viento y agua, de la elección geomántica de lugar, según los datos naturales para la construcción de edificios”. Algunas gentes orientales y occidentales, hoy lo mismo que ayer, escuchan las recomendaciones del viento y del agua dejándose aconsejar por tan cualificados maestros antes de emprender cualquier obra.

Juzga Susana que el Azul Privilegio es un brote turgente del mal endémico que acarrea la voluntaria cerrazón sensorial.

Elisa se pregunta a veces cómo respira un edificio sin ventanas. Sabe que es una pregunta tonta, impropia de la personalidad que la formula. Pero lo pueril del interrogante no es óbice para que de uvas a peras se plantee la cuestión de la manera en que respiran y viven los animales y los vegetales en un edificio sin ventanas. Entonces, y por

un instante, le gustaría cambiar las cosas de lugar y la titularidad de las pertenencias.

Subjetividades con el origen viciado (y II)

Una vez al año Susana participa como espectadora en la Fiesta del Trueque, que es itinerante y abierta a muchos públicos. Susana asiste a esas ferias y demás manifestaciones populares de difusión restringida, una por año, aunque no suele participar, y se ejercita en el mañoso arte de la ubicación: cambiar cosas de sitio y personas de lugar, pintar con colores fríos y calientes las paredes y el techo del salón y el dormitorio, rellenar de aire y luz los indeformables espacios geométricos. Elisa hace lo mismo con sus recuerdos, desde la memoria.

La idea era otra

Dejó escrito un célebre y muy leído vagabundo que para dormir sólo hace falta sueño. La hambrienta Elisa admite a disgusto que para comer hace falta más que hambre.

A eso de las diez Elisa concluyó su aislamiento, ya vencida por el ocio y los rebeldes apetitos, pero no el de su teléfono móvil. Al salir del despacho camino del ascensor, con las dos muestras de apetito, sola en la octava planta, dio una vuelta de mirada, roce y abandonada majestad

alrededor de la cuadrícula de su competencia, sin propósito alguno, simplemente lo hizo: certificó el dominio y se sintió complacida con el calmo paseo. Elisa hizo algo que apetece muchas veces pero que se omite porque suele haber alguien que impide la intimidad, o porque la ociosidad se torna vengativa y urge cambiar de escenario para no contaminarse.

Era la primera vez que estaba sola en la octava planta. Por lo tanto, ese día no era martes sino viernes y ya de noche. A la puerta esperaba un coche y su conductor. En otro arrebato de perfil lúdico se imaginó atendida por el conductor, apuesto, servicial y entregado a la fantasía de la adorable clienta, en el coche y también en la fiesta de los amigos de su novio. Como si lo viviera —y ocho pisos dan para eso al exprimir pulpa y corteza del cítrico de la venganza, cuando al menos en una cosa se quiere que salga lo que apetece por quimérico y reprobable que parezca al día siguiente—, como si saboreara con malsana pero placentera fruición la celotipia de Belo J. y la obediencia a regañadientes de Diego. Lo vio en una película, puede que lo soñara despierta y dormida; era divertido imaginarlo.

Hubiera sido divertido o feliz para ella e irritante para el agraviado de cumplirse el pronóstico. El conductor tenía que ser un arquetipo varonil, seductor. Susana se apeó del coche blanco, ya no tan impoluto y un poco menos refrescado que una hora antes, al ver salir del Azul Privilegio al modelo de clienta, rogando por que fuera ella y no un plagio extraído de similar contexto; una hora de espera es demasiado para su mal enseñada paciencia.

Así se vieron ellas por primera vez.

No puede ser, pensó Elisa. Era una mujer. Susana esperaba, erguida y con la mano derecha a la altura del regazo,

la izquierda en paralelo a la cadera, a medio metro del blanco vehículo. Masculla Elisa: “¡Es una mujer!” A Elisa le conturba, ofende y molesta que el conductor sea mujer, una mujer vestida cómoda y suelta, pincelada apenas; una competidora, una mujer de hermosa sonrisa femenina; una conductora atractiva que mide el retraso con su mismo cronómetro; aún peor, una mujer que no sirve como hombre. Acera y desencanto en el punto de encuentro. Con el vapor del mosqueo entelando el juicio, la mujer pudiera ser hombre o el hombre Hermafrodito. Entonces Elisa y sus dos hambres espetaron al oráculo de Hubal: “¡Maldita sea!” —sin especificar si se refería a su suerte o al avisado profeta de la linda sociedad. Imbuída de Renacimiento y Mitología pese a los sucesivos contratiempos — y en esto se constata la influencia dominante de Hike y la recesiva de Diego—, frenada en la acera, atendiendo una llamada en el móvil o de súbito desmemoriada si dentro del bolso había puesto algo que siempre se necesita tener a mano y aún se está a tiempo de reponer, desenmascaró a la tersa Salmacis —pintada por Bartholomeus Spranger—, la ninfa que desposeyó de virilidad a Hermafrodito en la exuberancia contrastada de tonalidades perla, verde ácido, turquesas, carmines y un estanque de polícroma sensualidad.

Salmacis, Hermafrodito, o sea, Susana, giraba el cuerpo hacia el vehículo estacionado en doble fila, su falda se movía con ella, el cabello se le deslizaba en cola apoyado en un hombro, un aro de oro añejo en el dedo índice de la mano izquierda, uñas cepilladas cortadas a filo; detalles a la luz de las farolas.

Así se conocieron, mirándose a los ojos, una retratada en el examen de la otra, con una hora de retraso, a la puerta del Azul Privilegio; con Susana dando las buenas noches

a Elisa y abriéndole la puerta para que la clienta tomara asiento, rescatada del bochorno.

Desde lejos

Se hizo de noche. Empezó la noche, remitió el calor. Veintiocho, veintinueve grados de temperatura en la calle.

—Día caluroso, y sigue.

—Ya.

Algunas cosas inventadas son bonitas, unas pocas llegan a ser muy hermosas; pero, quizá por eso, imposibles. En los desafíos, también en las batallas, rencillas y contiendas, la victoria es individual; sólo uno vence. Falso, hipócrita, eso de que en las guerras no hay vencedores ni vencidos. La guerra, como cualquier otro empeño humano, se sustenta en un objetivo y un resultado. Belo J. había ganado, al modo característico, desde la *terra incognita*, con el dedo que pulsa las teclas. Belo J. tiene las de ganar siempre que esta vida conocida y reconocible sea la única, aunque cada uno crea o le plazca creer que la supeditación al invicto tiene su ventajosa contrapartida, y cada cual vea y entienda esta vida a voluntad.

Hay un empecinamiento morboso en anunciar que sólo hay una vida que se expande o contrae según el viento que a cada uno impulsa al nacer. Sin embargo, no es menor ni menos intimidatoria la fijeza de los que con dirigida insistencia avisan de lo contrario.

Elisa rechazó la oferta de Susana con un paso resuelto hacia la zona de embarque en un taxi tradicional. Elisa quiso sentarse detrás, lejos de la conductora y a su espalda, donde peor pudiera ser observada. El proceder en la parte contratante hizo sospechar a Susana que la clienta, además de ignorar la regla de la proximidad y una elemental

norma de cortesía en la comunicación oral, no pasaba por el mejor momento del día. Era una explicación. Decidió Susana que le convenía el concurso de la diplomacia y el autismo para no perjudicar el negocio de sus hermanos. Y es que la actitud motivada por un sentimiento requemado fecunda el ingenio de quien la tolera, asegurada la retribución, por tiempo limitado; lo que es muy negativo para los negocios. Susana, en acto de servicio, contuvo el caudal satírico: “Jugaremos con el corsé puesto”, cerró la puerta delantera, abrió la solicitada por la clienta, dio la vuelta al coche por la retaguardia —el mirar perdido en el precepto, la prosopopeya del cambio de guardia, el desafecto profesional, la recíproca traba al reajo—, ocupó su asiento y acomodó las manos al volante con servil gravedad.

—¿Dónde la llevo?

—Ya lo sabes.

Susana no concibe este mundo sin respuestas ni alternativas.

—Tengo tres direcciones —anotadas en una cartulina de color ámbar que no mostró a la clienta.

—La primera —decidió Elisa.

Belo J. había dispuesto los destinos en función del cronómetro. Susana leyó en voz alta la primera dirección anotada, debía de ser la correcta pues la clienta otorgó con el silencio, calculó la ruta para llegar cuanto antes, en diez o doce minutos.

—¿Quiere leer?

—No.

—¿Hay alguna noticia de la que quiera informarse?

—Ninguna.

—¿Desea conversación?

—En absoluto.

Susana arrancó el motor y activó el aire acondicionado. Ya en marcha, pero aún con el Azul Privilegio en el retrovisor, Elisa pidió música. No era lo habitual en trayectos cortos, pero había sido un descuido por parte de Susana el no preguntarlo.

—¿Qué música prefiere?

—Ya te lo diré si escucho algo que me apetezca.

El escáner de emisoras musicales comenzó a buscar, a detenerse, a seguir buscando mientras Elisa amordazaba el parloteo de la sesera y Susana, rebullendo desconsideradas iniciativas para el negocio, estimó la eventualidad de alis-tarse en un atasco —que no falta a ninguna hora en la ciudad, sea por tráfico, por acondicionamientos viarios o aglomeración pedestre de pito, megáfono y pancarta— y empantanarse hasta que la clienta bramara contra la des-comunal negligencia.

El escáner atrapó una grabación de *música concreta*.

—Creo que esta música es inapropiada.

—Desde luego.

—Le alabo el gusto.

“Esta tía es una impertinente”.

“Esta tía es una pedante amargada”.

El escáner siguió busca que te busca. Es asombrosa la cantidad de emisoras musicales conteniendo en la banda de frecuencia modulada. Cada segundo se cuele por los altavoces un ritmo, un solista, un coro, un derroche de percusión, el natalicio de un éxito de ventas versionado para la temporada, un guirigay de ofertas y valoraciones o la repesca del artista desfavorecido, su exhaustiva promoción y sus correspondientes premios.

Una persona de afición moderada a la música comercial loquearía con el barrido sonoro, los de la asistencia social la encontrarían libando emisoras dentro de un coche mal

aparcado o en una habitación sin ventilar, con unas latas de bebida que rodaron por el suelo y mazacotes de comida precocinada.

Uno de los dos apetitos de Elisa, el de más fácil apaño, continuaba vehemente con grito ronco: clamaba a la exacta hora de la cena. Belo J. y los demás ya estarían a la mesa embriagados de camaradería. Con voz quebradiza por la divergencia entre lo que se persigue y lo que se consigue, Elisa indicó en dos tiempos una dirección próxima a la de su domicilio. Susana, a disposición de la clienta y ya más o menos entretenida con la lujuria del escáner, obedeció con la sobria indiferencia del prejuzgado que se sabe libre de culpa.

—Aquí es.

Elisa envió a la obediente conductora a por una delicia hecha a base de harina de trigo, harina de arroz, cacahuetes y semillas de sésamo; o harina de centeno, harina de malta, nueces y semillas de linaza. A Susana, que olvidó cenar, se le despertó el apetito con la orden de la clienta, y ajena a la satisfacción que a ésta daba se ofreció a comprar para las dos.

—Eso es lo que quiero. No me traigas otra cosa.

—Descuide.

—Apaga la radio.

Con los años y la carga de recuerdos, los paréntesis y las dispersas lagunas donde nidifican en constante aumento los olvidos, los días y sus aparejados sucesos parecen más o menos de lo que fueron; son esos días, al cabo de un largo tiempo de acciones y omisiones, encimados con su chanza, susto y maravilla.

Regresó en cinco minutos con los dos pequeños paquetes de alimento en una bolsa de plástico.

—El suyo, tome.

—¿Cuánto es?

Susana se aseguró que la clienta quería ir a la primera dirección de la lista y cuando dio con ella aparcó a unos metros del portal.

—Espera aquí —ordenó Elisa.

Flora y fauna

En Avalón los duendes son del color de las hojas frescas. Avalón es una isla descrita en cartas náuticas de fiducia, navegando al paio en mitad de un mar de leyenda y bajo la sapiencial égida de plumas incorruptas. Los duendes verdes y el resto de las criaturas policromadas de la feérica isla de Avalón son oriundos de la Quimera, lugar muy hacia el Sur y un tanto al Oeste de cualquier mar, tierra o aire.

A Susana le gusta inventar historias. Estas historias no empiezan ni acaban con su voz, el estilo narrador es variable, depende del ánimo y de los ramales que afloren al vagabundear por el relato. Las historias que cuenta Susana tienden a agotarse en una pretensión, son y no son, pueden ser y pueden no ser. Un día, hace ya tiempo, decidió individualizar sus ideas, pensamientos, alicientes, sospechas improbables, de paternidad tan múltiple como etérea, aun a riesgo de que el escuchante denunciara la subversión que supone que a uno le expliquen con bien modulada voz su íntima experiencia, arrancada de raíz, con insuficiente dosis de anestesia y en precario la comprensión.

Susana, a la espera, cenó de pie y con apetito lo que había comprado, de espaldas al portal, con la radio emitiendo noticias. A veces se oyen cosas, nuevas, raras, olvidadas, que son increíbles fuera de un contexto ficticio: una hembra de perro mastín ha parido dos cachorros de color verde; ya va por el tercer alumbramiento de tinte glauco en el pelo de sus crías; los veterinarios porfían en dar una explicación genética al fenómeno; el tenue

colorido verdoso de la piel no influye en la lealtad, la valentía y el prurito guardador de esta raza. Casualmente y donde menos se espera tercian noticias que ayudan a digerir la cena y merecen ser comentadas a quienes resaltan por el ceño fruncido, la mandíbula prieta, el humor agrio.

Susana es mujer curiosa, entretenida y despistada, sedienta de incentivos y algunas confirmaciones. Susana y los perros de las más variadas razas tienen en común la concupiscencia de los sentidos, porque les mueve la vocación investigadora y el querer estar pendiente del mundo, a la expectativa, de fuera hacia dentro, en defensa y al ataque, con párpados que no acaban de caer al dormir y el pie izquierdo por delante del derecho, descansado el cuerpo, en por lo general masculina correspondencia con la iconografía escultórica del Egipto faraónico. Pero, también es verdad, la mucha curiosidad y el constante husmeo, la imaginación inscrita a largos recorridos, desactivan la indispensable prevención cuando se está trabajando.

No vio Susana acercarse a la clienta que salía del portal demasiado pronto para lo que se había hecho a la idea, vestida igual que entró, con el mismo dibujo de cuerpo, con idéntica propensión a marcar el territorio y la ensayada expresión barboteada. Habiendo irrigado sus blancos dientes y poco más.

Elisa le dijo donde quería ir, con voz murmurada le indicó la dirección de Diego y echó la cabeza hacia el respaldo con una sonrisilla tersa.

—¿Pongo música?

—Sí.

—¿Subo el volumen?

—Sí

—¿Le doy al escáner?

—Sí.

Susana condujo sin prisa por vía agropecuaria, en noche que pintaba interferencias, identidades desveladas y clandestinas inserciones. Hablaba el cuerpo de la clienta, mujer malévolamente avizora a la espalda de la conductora, embardunado con unguento de Quelidonia. La planta Quelidonia es intermitente y mágica, de uso casi exclusivamente femenino. Las propiedades mágicas de la Quelidonia se resumen en un visto y no visto: ahora soy de esta manera, ahora de esta otra; ahora me muestro, ahora me tapo. Cosa de magia, cosa de hechizo. Los griegos clásicos atribuyeron al sexo femenino la práctica de la magia; los cronistas helénicos han suscrito que las mujeres de Tesalia fueron duchas en artes mágicas, peritas y profesoras de las artes mágicas, aunque hoy no alcanzan en celebridad a la maga Circe ni a su sobrina o nieta —según las fuentes consultadas— la hechicera Medea. Con la Magia de la Conveniencia, practicada por los sexos definidos, se miden las sensaciones anticipadas, las evidentes y las posibles.

Juego, juguete

Al lado de lo necesario suele, resplandeciendo, habitar lo superfluo. Elisa, que no renuncia a sus posibilidades — Diego es una de ellas—, apaciguaba su animosidad dejando correr el tiempo como se deja correr el agua en la pila: en remolinos, engullida por el desagüe; y con mordiente oración: “Que pase, que desaparezca, que no vuelva nunca, nunca, jamás”.

—Ahora te vas.

—¿A la segunda dirección?

—Sí. Pregunta por Belo J., le dices que estoy ocupada, que aún tardaré en reunirme con él. Vuelves y me esperas.

El instinto de Susana le anunció en bisbiseo de oreja que el acuerdo laboral iniciado con retraso además de prolongarse sería castigador; a ver qué pasa. El afónico instinto de Elisa no le advirtió en ningún sentido de la partida volteaica que jugaba; a ver cómo te las arreglas.

Los instintos, locuaces o enmudecidos, no crean ni inventan; los instintos guían, y cuando juegan es a la contra. Los instintos explican la evidencia sin fábula.

Elisa se situó enfrente de su instinto y comenzó a inventar. Antes que después quedó atrapada en el progreso intelectual de la ficción. Con Diego, dispensado el permiso, Elisa juega en una cinta de Moebius. Elisa no juega para alcanzar un resultado favorable —que es una condición ejecutiva inextinguible—, ella juega porque le gusta este juego y no quiere dejar de jugar ni de disfrazarse; no lo va a hacer; el juego se reanuda de continuo porque es una pretensión irrenunciable.

Privada e irrenunciable, ¿queda claro?

Y parece como si el juego sólo dependiera de ellos dos. Pudiera ser cierto. Diego es el juguete de la fantasía. Con Diego cree Elisa que no juega contra un adversario. Diego es el juguete: fidelidad y sumisión, así cumple el juguete. El juego de Elisa es la fantasía, la suya, y la de la predecible dualidad en paralelo: Belo J. y Diego.

Dos es número de complemento.

Sí, es la Elisa de la octava planta del Azul Privilegio, la misma, la de Diego, la de Belo J., la intercalada entre ambos, la de familia numerosa por los pelos, la de su futura familia política, la del sobornable mundo de fronteras inmovibles.

Elisa la jugadora; su prohijada fantasía prendida al planchado cabello cual manojos de blanco amarillentas mayas, la hechicera flor que vuelve visible lo invisible. Desde las endémicas florestas de los Mundos Ideales se exporta la Magia de la Conveniencia a los espurios mundos cotidianos.

Juego, juguete, estrategia, consenso: Diego define la anticipación como la ambrosía de la breve, sincopada y poco original biografía humana. Quizá Diego, por si Elisa va a su casa, disfruta preparando la cena para dos.

El juego, la permuta de rol: Diego es la mujer que espera; Elisa, el hombre vinculado a otro proyecto que va a casa de la amante sabiendo que a horas convenidas es bien recibido. Así se juega esta partida.

—Vuelves y me esperas —recalcó a Susana.

Había luz en el piso de Diego, la cómplice iluminación blanca, y una trama idealizada en el asiento trasero de un coche alquilado con la conductora solapando a la pasajera. Elisa ya no deja reposar la ficción, su cosquillosa ficción

ocupa el presente y milímetros de futuro: “A ver cómo te las arreglas”.

El portal del edificio es de metal negro, revenido y feo; en la ciudad abundan, empadronados bajo el mismo epígrafe. Elisa subió al segundo piso a pie, para sorprender, además, tampoco se fiaba del viejo ascensor, a lo mejor no quería ser ella la sorprendida como antes en el Azul Privilegio. De estos ascensores entrados en años, caja de madera, cables a la vista, puertas manuales, iluminación perdida, rejilla metálica rellano a rellano; de estos ascensores a los que la edad y el meteorismo se les nota menos que a los persistentes usuarios con los que departe en el idioma de las metáforas de arranque a parada, se asegura que enferman menos que los modernos: hay en ellos una inmunidad producto de las muchas patologías con las que el uso ha vacunado al mecanismo. Los achacosos ascensores de los que uno recela en su lineal esfuerzo, a los que uno ve deteriorarse a diario pero nunca morir, con los que uno se siente misericordioso si no ha de ascender más allá del tercer piso y todavía no flaquean las piernas ni el fuelle, conservan un aire digno, un toque noble algunos, un destello aristocrático de especie única pocos pero protegidos, todos se hacen respetar aunque sea por miedo al desplome. Un ascensor moderno, aun los de esmerado ornato interior, se confunde con un montacargas, y es que esa es su función: subir y bajar, subir y bajar lo que se mete dentro, subir y bajar deprisa, acoger, transportar y expulsar, no hay comunicación con la caja; no hay nada más que la indiscriminada función revisada periódicamente. El edificio donde vive Diego en régimen de alquiler tiene más de sesenta años, dos inspecciones técnicas municipales en un lustro y un proyecto de rehabilitación que no acaba de concretarse.

La amustiada puerta de cáscara limada del piso estaba abierta. A Elisa le habría gustado que él la estuviera esperando tres o cuatro peldaños antes de llegar, por no pedir que hubiera bajado a abrirle la puerta dándole la bienvenida que obliga el arrepentimiento, y una pizca de voz compungida.

—Lo siento, de verdad, perdóname.

—Vale, olvidado.

—Entonces... todo va bien.

—Puede ser.

La iluminación de la escalera es deficiente, los globos adosados al techo de los rellanos se han oscurecido con el tiempo, eran blancos, ahora son grisáceos, eran lisos, ahora en cada esfera alternan cenicientos meridianos. Dijo una vez Diego que si las listas fueran de colores los globos de luz serían pelotas de playa. A Elisa le gustaría sorprender a Diego en el cuarto de baño o en la cocina o mirando la calle desde la ventana, que le temblara la voz al oírla, que se le colorean las mejillas de rubor.

—He venido.

—Ah...

Que le confirmara con carrasposa oratoria que la estaba esperando y se le tirara en los brazos desde la cama o la butaca o el módulo cajonero que cierra con llave de doble vuelta, afectado por la irreparable falta de cinco a seis y media, en la calle, con el hotel en la esquina, la femenina intención revelada con todos los medios indirectos: “¿Cómo se puede estar tan ciego? ¿Cómo se puede ser tan despreciativo?”; que le ocultara a sabiendas de la inutilidad del camuflaje el medio perfil de un punto y coma elegante, sentado al trasluz, como quien mira lo que pasa dejando hacer lo que tenga que suceder hasta que sea el momento de intervenir.

—Subiendo he oído voces.

—Ah..., sí. Ha venido.

—Ya.

¿Por qué no? Podía pasar, la vida real supera a la ficción cuando se lo propone. Belo J. sentado de espalda a la pared, las piernas cruzadas, el rostro impassible, la mirada en actitud de espía, celosa y celadora, y a su lado, sobre una mesa baja de madera cañiza y cristal ahumado, una esbelta copa de vino blanco de aguja con sus huellas dactilares: Belo J. ha estado aquí y lo ha visto.

Elisa y los dos amores en una turbulenta fantasía pasional. Al número dos le sienta fatal el tres aireado, pero el riesgo tienta, subyuga y emociona si se le da juego. Ella no acaba de decidir si le gusta o disgusta ser el objeto del anhelo de unos ojos duplicados que miran con ansia, le da vueltas al asunto de la infidelidad sacado de contexto y la cabeza se le puebla de imprecisiones. La mirada sí le complace, esa mirada que tuerce en el conflicto con una sentencia *ad hoc*: “La infidelidad a uno es la fidelidad a otro”. Y su apostilla: “Quieren los hermanos, dos, sumar tres con el primo, el huérfano”. Qué voz, qué imperativos de acción, Belo J. exige que sea ahora, con él testificando, imponiendo las escenas: “Tú, sí, tú: coge, pon, retira, asalta, circunda, estira, encoge, agita, sumerge...”

—Me casaré con Belo J. Viviremos juntos de por vida. Seremos felices para siempre. Tú y yo en el feliz País de la Conveniencia. Nuestro compromiso, querido mío, es más fuerte que este placer morboso.

—Tu infidelidad es menor, con dedicación parcial, sin culpa ni consecuencia.

—Así es. ¿Se habrá dado cuenta?

No le extraña, en el fondo, que sean tres, que él le diga que lo sabía desde hace mucho tiempo pero que tardaba en decidirse a participar.

—Pregúntale a qué espera.

—Vale.

Cualquiera conoce la escena, la haya visto o imaginado. El punto y coma de medio perfil sentado con el porte masculino es una presencia severa, pero en absoluto hostil.

—No creo que quiera.

—Ya.

—No le importa, si dirige.

—Ya.

Elisa comprende que no tiene miedo a perder lo que se supone ha conseguido, puede ignorar a su novio, hacerle creer que ella es sorda, invisible e inviolable, o tenderle una insinuación que le integre a la fiesta: “Atrévete, amor, todo es ponerse a tono y dejarse llevar”. Hasta puede que su novio tuviera miedo de hacer el ridículo en la falsa celada; puede que Belo J. tenga miedo de Elisa si ella se enfada, si ella se revuelve herida en su crepitante ego: “No, tú no lo entiendes; esto no es lo que parece...” “¿Qué has de creer?” “Calla y mira o ven, ordena, márchate o diviértete, bebe vino, respira hondo, frótate las encías, los ojos, pellízcate el mentón, zapatea en las sábanas blancas, saca la mano del bolsillo, libérate de la estrechez, ¿qué te apetece?”

—Está inerte.

—No te fíes.

—Al acecho o muerto lo veo yo, ¿es así como le gusta?

—Me da que pensar, últimamente me preocupan cosas que antes despachaba al vuelo.

Elisa frunció la nariz, era un fastidio.

—¿Has acabado tu copa? Vale, ponte en marcha, tienes que hacerlo antes que él. Venga, encántame, danza, llévame frente al espectador, llévame en volandas al escenario. Contigo aquí le diré que no he cambiado, soy la de ayer y la de mañana.

—Intento funcionar, pero no entiendo qué pasa.

—Tú pórtate bien, sigue portándote bien, ¿recuerdas? Sacúdete la tontería, esta situación no es la conveniente ni para ti ni para mí.

A qué negarlo, en la actitud de Diego planeaba la crisis, la típica de una pareja veterana entre un agente comercial y una dependienta de pequeño comercio. De la solicitud a la amabilidad hay un paso en retroceso, otro de la veneración a la conformidad y uno más, largo y firme, entre tratar un tema a dúo, en íntima y cómoda serenidad, o abordarlo en los extremos de la mesa al modo elemental de los temperamentos en lectura de últimas voluntades.

El espectador no mueve los labios, pero se le oye alto y claro: “Me decepcionas”.

Elisa cautelada en su copa de vino, fresco, dorado, espumoso.

—No me prepares cena, en seguida me voy —indicó a Diego.

—¿Tienes que irte?

—Sí, me esperan.

El plural, a veces, incomoda menos y justifica lo mismo.

—Yo voy a cenar ahora, en cuanto se caliente.

—Vale.

Diego fue a la cocina. Me he equivocado, pensó Elisa: esta tarde, ahora, ¿qué hago aquí?, a mi amante le ha erupcionado entre las cejas el grano premenstrual y a mí me

empieza a punzar la insistencia de la acusación particular en la cabeza. ¡Viernes feliz!

Las agujas del vino susurraban: “Quizá Belo J. tiene amantes, ¿te has parado a pensarlo? Si así fuera, tranquila, no es excesivamente dañino y según lo tomes incluso te beneficia; no te preocupes, quizá sólo tiene una amante que se parece a Diego”. Es muy perjudicial el estilo Diego, sabe Elisa; la dimensión de Diego amante en una mujer es devastadora: Diego posee en la despensa cantidad de frascos con esencia femenina etiquetada, de una pureza deletérea.

—La cabellera rala y la barba abundosa en pico, lucía sombrero de fieltro verde, de ala envuelta y cuenco cimero; era un tipo en boceto a plumín, magro, socarrón, sincero desde su convencimiento —describió Diego dándole el punto al guiso.

—¿Qué me cuentas?

—Presumía de su estómago femenino. Era un hombre de vísceras perfectas.

—Ya. ¿Y qué ha de tener masculino la mujer perfecta?

La perfección no es una utopía, es un error y un embuste; lo suscribe Diego el descreído, sólo él según Elisa. La amante de Belo J., si existe, tendrá esa parte masculina que cautiva y domina al macho, lo que a ella a la inversa le pasa con Diego.

Reconoce Elisa que Diego, cuando se lo propone, piensa y actúa como una mujer y siente adaptado a las circunstancias en las que se mueve la intención femenina. Sí, Diego es un elemento inmune a muchas argucias del sexo complementario y eso le hace menos previsible y más peligroso, desesperante y muy, pero que muy atractivo. Cierto, Diego es un problema; pero con él ya no hay que empezar de cero. Ni con Belo J. empezar desde el

principio. Qué importante es despachar el pasado en dos renglones de pulcra caligrafía, a pesar de los pesares.

Al pensarlo, a Elisa se le dispara la cabeza en imprecisiones. Los amantes, los cuernos, el uso y disfrute de alguien a tiempo parcial, conveniente, convincente. Diego la enfada, atosiga, conmueve y divierte más que Belo J., a Diego le pide cosas que se desestiman en un novio magnífico, de Diego espera esas cosas que subvierten el orden predefinido de la vida conveniente y de vez en cuando golpean donde más duele.

—Es mi novio y no voy a dejarle.

—Faltaba más. ¿Te apetece?

—Que aproveche.

Elisa sabe que un tipo como Belo J. tiene la mar de ventajas y uno como Diego bastantes entretenimientos.

—¿A qué has venido?

Aun suponiendo los accesos de infidelidad, Belo J. nunca romperá el acuerdo mutuo y no hará nada que perjudique a ninguno de los dos; sin embargo, Diego siempre será controvertido —rayando la deslealtad— mientras perdure la relación. Diego es así, opuesto y travieso.

—Me decepcionas.

—¿A quién se lo dices?

—A ti, Diego.

—Ya.

Qué descaro el del amante. No se debería dudar de una confidencia. Elisa palpó la cara inferior de sus dedos y en ellos vio escrito el fracaso de la penúltima tentativa de salvar su embrutecido orgullo de mujer. ¡Viernes fatídico! Pensó: Con un tijeretazo le corto el bulbo de la ironía y saldo la deuda con una carcajada; luego cruzo la puerta y me largo dejando a Diego el provocador retorciéndose y suplicando que me quede.

Era un plan de fuga mediocre, y lo peor de todo es que no quería cruzar la puerta sin entrometerse entre el comensal y su cena; al menos colocar ella el punto y aparte; por lo menos darse esa satisfacción que no revancha. Voy a ser demoledora, prometió al vino. Con la copa en la mano fue hasta la ventana a inspeccionar la calle, sorbió dos tragos cortos seguidos conservando las burbujas en la lengua, probando a deslizarlas por el filo de los dientes y el de los labios: va y ven, vaivén; la lengua mordaz, asoma el venablo de un rosa pálido poco sugerente; hay una burbuja rebelde, le parece que sólo es una la que se separa de la común doctrina, con la cara en cuarto menguante reflejada en el cristal de la ventana nota que escapa esa burbuja, retrae la lengua, repliega los labios, esquiva el reflejo córneo que se multiplica en el interior del piso y se divide al contacto del aire que bate sin odio al cruzar la frontera por el paso angosto; bebe, apura la copa hasta la última gota y traga hasta la última burbuja. Allá abajo, pocos metros en descenso, está la calle; y más cosas. Se cuele un aire tibio. Peinó la ceja derecha con el dedo índice de la mano libre, luego la izquierda, después el hilachoso flequillo y se dio palabra de expulsar a los fantasmas; a partir de mañana, cuando de la fuente volviera a brotar agua. Prometido, mañana. Se le hacía tarde y la cabeza le punzaba a la manera de los lunes conflictivos, diez, doce al cabo del año. Giró el cuello hacia un lado para no perderse en la apatía de su amante y, a la vez, como si buscara allí mismo un vibrante recuerdo prematuramente desechado. ¿Sigues ahí, novio mío?, deja que te escuche. La inculpadora voz del desdoblado promotor y convidado al juego de la cifra impar le agujijoneó la zona sensible: “Me decepcionas”. La ventrílocua voz de Diego, divertido, descortés, acompañó el

menosprecio: “Me decepcionas”. Ingratos, demoledores
ambos.

Los colores del aire

¿Qué harías tú si estuvieras en mi pellejo?

Disimular. Y a otra cosa.

Le hubiera gustado que la primera parte de la ficción fuera real, en el momento que Diego salía a recibirla, la voz trabucada por los nervios, arrepentido. También, que el guion de la jornada lo hubiera escrito ella o el esforzado guionista a sueldo de sus conveniencias.

—Me decepcionas, Diego.

Repetida la frase y el nombre, despejadas las dudas y vacía la segunda copa de vino reserva del amante para su amada, lo más fácil y, no obstante, digno era hacer mutis por el foro, embarcarse en la sensatez, marcar tacones en cada peldaño de la escalera iluminada por los globos plateros, deshacerse en el portal de la perversa obsesión de querer ganar la partida —una partida con mala apertura y peor desarrollo— con un número impar de movimientos; cerrar la puerta con golpe, despedir ese día equivocado con un desplante, con la despreocupación de quien se sitúa por encima de las mundanas adversidades.

No mirar atrás, mañana será otro día, sin duda mejor, no, mejor no, bueno, un buen día; mañana ha de ser un día bueno. Arrojar la máscara del contratiempo al guloso imbornal a pie de farola, dirigirse al coche que espera con el conductor abstraído en atentatoria subjetividad, negar lo obvio, ¡imposible!; una mujer, ¡tenía que ser una mujer!, una mujer de ropas holgadas por las que, con sólo imaginarlo, entra y sale un cuerpo de carne prieta y osamenta firme. La juventud, la tersura, la belleza, duran el intervalo

de dos imágenes en el espejo y una estúpida, negligente, ciega, inevitable comparación.

Sorprender al afinado mármol, la neoclásica *Venus* de Bertel Thorvaldsen, ensimismada ante una burbuja que sostiene en su mano diestra, a la que da forma en estadios sensuales, voluptuosa redondez; atrevido salto el de la burbuja, al huir de un aire pintado con claroscuros azules. Libre la burbuja en el descenso pausado, oscilante.

Susana se pinzó los labios, la visión periférica le reportaba una identidad memorizada: ¿Será la misma burbuja de claroscuros azules que descendía como una Dama Profética, desde la octava planta del Azul Privilegio, a vuelta de volante? Experimentó Susana la sutil bilocación del recuerdo y, de repente, la visión periférica, infatigable espía, le reveló con aura cerúlea a la clienta y la atropellada reacción del que tarda en estirar brazos y piernas.

Pero Elisa, a la que nadie llama Venus, economizó la reprimenda a un pragmático desdén ejecutivo. Preguntó a Susana, permitiendo le abriera la puerta elegida, si había cumplido con lo ordenado. La consultada afirmó.

—¿Ha dicho algo Belo J.?

—No he hablado con él.

—¿Por qué?

Explicó Susana que Belo J. estaba atendiendo un asunto, eso le dijeron al franquear la marquesina del restaurante, y pensó ella que si el asunto iba para largo se retrasaría sin poder avisar.

—He actuado sobre la marcha.

Como si Susana hubiera ensayado el alcance de su respuesta, con la mirada ahora fija en el retrovisor a la espera de la siguiente orden. Elisa contrariada, reprimiendo sapos y culebras en agresiva alianza contra la desvergüenza del sirviente.

—Venga, vamos.

—¿Adónde la llevo?

—Ya sabes.

Hay películas que empiezan de noche, en colores pardos, a veces dentro de un vehículo de alquiler; alguien lanza una sugerencia, una insinuación, borrosas las facciones del conductor y del pasajero; nadie camina bajo el cono de luz de la estoica farola; hace bochorno. Son tres frases, un suspiro y el reojo a las direcciones apuntadas en la cartulina. Una suposición, una exigencia. “Decide por ti misma”.

Se abre el plano sobre el nocturno urbano. Es viernes. Elisa, con la cabeza apoyada, los párpados yertos, el orgullo escocido, perpetra a baja intensidad un ardid que aúpe su ánimo de aquella profundidad ciega que ella misma ha cavado tras un pésimo desarrollo del juego.

Marte y los objetivos comunes

De camino a casa de Elisa la calidad de la película fue en progresivo deterioro, atentando aún más contra la susceptibilidad de la convaleciente y por ende única espectadora. Las imágenes entresacadas de la parodia, tan diferentes y contradictorias, se veían jalonadas por serpentinadas de cromos viejos, esquirlas de artefacto casero que estalla por empatía. ¡Viernes festivo!

Para Susana fue un alivio la exclusión en la guía de viaje de la búsqueda de la emisora musical perfecta. Con la clienta abstraída en obsesiones ya podía atender a sus piezas, desplegándolas de flanco —al estilo Gámiz— con más minuciosidad que tiento hacia el campo adversario, con un peón en avanzadilla, espía y parlamentario. Hay que averiguar las condiciones de fuga de la presa. La pieza infiltrada se maneja bien en las situaciones falaces y en los intercambios, sabe expresarse con fluidez y trata de las condiciones de cesión y admisión llegado el caso. Para entonces la partida cumple la penúltima fase, es el turno del embajador plenipotenciario, de impostada voz y negociación precisa. Su Majestad preside la conclusión, armada de estrategia, circunspección, decoro y nobleza; Su Majestad cuando abandona las estancias de mando tiene siempre las de ganar porque ha vencido con su disposición táctica; Su Majestad acude a festejar el preámbulo de la aniquilación con séquito reducido, y plena de gracia discurre a vencedores y vencidos embelesando, reprochando y castigando; Su Majestad sabe qué decir y cómo decirlo para hacerse entender, su verbo es inapelable; Su

Majestad la Reina se siente segura y complacida escuchándose, es una petulante.

“Te voy a ganar”, se animó Susana.

“No acepto la derrota”, se alentó Elisa.

—He elegido la primera dirección anotada —anunció Susana punteando la cartulina—; ¿me he equivocado?

Elisa inclinó la cabeza hacia su derecha abarcando el espejo retrovisor.

—Espérame aquí, dentro del coche.

Susana contó hasta diez, se mordió la punta de la lengua y escrutó los espejos retrovisores al acecho del envés de la clienta. Contó despacio hasta diez, muy a conciencia. Al final del gravoso conteo vio a un individuo que caminaba exteriorizados sus defectos, divertido con su talante, antes de que el mundo se le echara encima por no llevar a rastras o en un atado al hombro la carga de las cosas ajenas. El hombre observaba el coche quizá recordando que había olvidado algo dentro; tenía una mano pegada a la sien, en la otra portaba un cayado al vuelo; se fue acercando con la duda, llamó picoteando con la uña del índice en el cristal de la ventanilla, se agachó un palmo de espalda, suspiró apoyado en la carrocería y basculó a peso la despejada cabeza.

—Alguien debería recapacitar esta noche —comentó.

—Perdón...

—Para fingir hay que estar muy seguro de uno mismo.

—¿Es a mí?

—Oye, uno se da de morros con la vida a cada jugada, buena o mala, la vida es un rival de consideración, a la vida no se la derrota en un tablero, pero si uno se da maña te acepta las tablas. —Dio media vuelta y se llevó la mano libre a la insignificante convexidad del vientre—. Las cosas pierden su importancia cuando aprendes que lo que

cambia eres tú, de cara a ti —continuó, ahora erguido, con el mirar a la calle—. Hay días que basta la mera contemplación del cuadro. Es irrelevante que a uno le digan después: ¡no hiciste nada!, o ¡podías haber hecho algo! Porque es mentira, claro que hice, nada menos que esparcir las cenizas de lo indeseable, vacié de un golpe jugadas impracticables. Eso es hacer mucho, ya lo creo. Y entonces uno reverdece con el acto purificador. Pero no olvides que también hay apuestas y venganzas que tanto juegan a favor como en contra de uno. Hay días en que uno querría mudar de piel, pero ignorante del procedimiento va dando tumbos de habitación en habitación, de casa en casa, de coche a hotel, y lo que cambia es el marco, lo que cambia es la fachada, la calidez de la luz y la dimensión de las sombras. Sólo eso cambia.

El tipo tenía la voz recia, el pulso firme y la piel alisada y de brillo aceitado.

—Creo que tiene razón. Pero, ¿habla conmigo?

—Alguien debería pensar concienzudamente en el día después, es sencillo tras unos intentos. Los enigmas forman parte de esa otra vida que está en alguna parte también reservada. En la vida real todos los misterios se han impreso.

—No sé, no sé. ¿Cuántas vidas hay contabilizadas?

—Seamos amables con el recuerdo, arrojemos nuestra memoria al modo coriáceo de los políticos censurados por negligencia y terciemos en nuevas vidas cada cierto tiempo para no embrutecer ni corromper la percepción sensorial.

—Si le he entendido, su propuesta es la de un cambio de imagen, de ropa, coche, casa, ciudad y trabajo.

—De vida, cambiar de vida es un deber; hoy aquí, mañana allá; cada uno tiene su vida y a ratos la comparte. La vida es un rival que puede batirse.

—Esto me interesa.

El Hombre, vestido de pretérito, impulsó sus abultados labios hacia fuera, al estilo sirenio, y batió la boca como si la enjuagara con un tónico gingival.

—¿Estás segura?

—¡Claro que sí! —exclamó Susana animada—. Quiero saber dónde está el interruptor.

El Hombre, colgada del mentón la barba trenzada, dio fin al lavatorio y volvió su mirada de noche al pálido reflejo de la carrocería.

—A horas convenidas se vive el momento, ¡qué momento! Uno quiere saberlo todo, uno quiere saber lo que quiere el otro; a uno se le vuelve taciturno el carácter con el ansia de saber: un apetito voraz, una pitanza indigesta. Qué pronto olvidas tú, me decepcionas.

—Eh... —protestó Susana, pero no le salió más palabra que esa interjección, si es que pensaba decir más. El Hombre, que bien pudiera haber escapado de un museo, sugería una gran visión retrospectiva. Ella le imitó en el gesto sirenio, columpió la lengua de lado a lado de la boca cerrada y fisgoneó por los retrovisores.

El Hombre, bien sostenido por sus piernas, devolvió la mano a la frente y carraspeó en busca de la atención de un público inmaduro propenso a distraerse.

—Oye, ¿a quién te gustaría parecer? Oye, ¿cómo preferirías que te recordaran? Oye, ¿cómo aspiras a inmortalizarte?

Ante esta antigua disyuntiva, renovada cada generación, Susana tenía preparada una respuesta global.

—Como la Poetisa de Pompeya —proclamó.

—Vaya, vaya. Inmortal y admirada como la hermosa inspiración de bucles castaños, la culta mujer impresa en arte parietal, con el cálamo delicadamente apoyado en los labios y las enceradas tablillas en el atril de la otra mano, digna postura. Qué gran elección imposible.

Susana estaba disconforme y herida en el frágil orgullo de la inmortalidad.

—Seré recordada ligeramente de perfil, viendo más allá del espectador.

El Hombre ladeó su descubierta cabeza hacia el asfalto, a la escucha.

—Sí, ¿por qué no? La humanidad desfilará delante de tu retrato con grupos de Amorcillos helenos, cerámicos y murales, revoloteando tu privilegiada cabeza inmortal.

Susana acusó el golpe de soberano flagelo en la custodiada zona de material clasificado. Un infiltrado, un traidor le había delatado, supuso.

—De acuerdo, fue un experimento fallido —resolvió entre dientes.

—No, no; nada de eso. Es una experiencia reveladora —opuso el Hombre desde la perspectiva comodín, ensanchando el boquete.

La perspectiva comodín es un modo de interpretar la historia, amoldando la certeza de la exposición al principio o al final de la misma.

Susana suspiró, reclinó la cabeza y se mordisqueó los labios.

—Vale, calculé mal, pero tengo excusa: me engañó.

El Hombre dio un brinco y fue a posarse sobre el capó, en cuclillas, menguado el físico, para enmarcarse en el cristal, irónico, retador e incrédulo. Hizo una seña con la mano para que ella hablara y luego todo él quedó tan permanente como su mirada.

—A Marte le disgustó que limitara el fin de semana a una sola noche. Recuerdo que lo planeamos de corrido, un jueves de abril tomando una copa, sin mirarnos directamente, como si estuviera ya acordado desde aquella noche experimental en la que me reprochó mi desgana, mi poca colaboración.

Dies martis, primavera; Marte con el mejor augurio.

—Protestó Marte: un fin de semana son dos noches, la del viernes y la del sábado. Yo no quise repartirme en días consecutivos, aún no. Aceptó, o se conformó. Nuestro fin de semana empezó el sábado a mediodía, con ese calor sensual de la primavera, alegre e incitador. A Marte se le veía contento en el coche, conducía relajado, atento a la carretera pero comunicativo; amable él y yo manejable, acompasada al olear del deseo. Me llevaba a un hermoso lugar en la playa, dijo. Era un paraje vegetal y melodioso, de prescripción para enamorados o parejas enceladas; era un lugar más a mi gusto, me regalaba la elección que él había tomado por ambos.

Un paraje vegetal. Marte voluntarioso, caliente y agudo.

—La habitación daba al mar y a los verdes, de muchos verdes, campos agrícolas y a un bosquecillo de pino negro y a unas rocas de otros verdes zarandeadas por un mar cesposo, verde y azul y blanco. Me quedé un rato en la terraza despidiendo el día.

Venus vespertina es deseo sensual, amor erótico. Venus hermosa, estrella.

—Allí los dos, solos en el mundo, con la cuenta pendiente.

Marte contempla a la mujer, Venus observa al varón.

—La tendencia prensil de Marte en vanguardia. Yo me dejaba hacer, pienso que le animaba según estaba escrito en mi guion, el guion vespertino de Venus.

Alegoría de la lujuria, obra de Pisanello. Así idealiza Marte a su luminosa, pausada y retrógrada compañera sideral.

—La noche invitaba a lo que apeteciera: habilidades culinarias en cazuela de barro, bebida espirituosa, agua de mar en los pies, un paseo curvo de la arena a la alfombra. Luz de velas, quiso Marte un romanticismo perfumado al licenciar su tacto.

Marte y su tendencia, llameando, prestos al consumo.

—No clareaba la luna, por lo que Venus brillaba sin competencia. Era pronto en la noche. La creatividad amatoria de Marte es idéntica a su sexualidad: rápida y por sorpresa. Sí, esta frase es a medias retórica; no hubo sorpresa para ninguno antes de la madrugada. En la habitación los dos, solos en el más cercano de los mundos, convencidos del íntimo intercambio. La noche joven, a través del balcón cerrado, abundaba en sombras limpias y perfiles ondulados. Yo me sentía poeta, él se sentía amante. De tanto en tanto yo removía el hervor del paisaje, dentro y fuera.

Marte, guardián de la campiña, rotura el campo de Venus.

—Lo había estudiado: “El trabajo agrícola se asimila al acto sexual; la mujer es el fruto y la fuente que mana”. Aquella situación de pacto intrínseco me hizo pensar en el ritmo vegetal: nacer, morir, renacer.

Venus se escribe con uve de vida, Marte con eme de muerte.

—Marte, fogoso y repleto, se afanaba en explorar la tierra fértil mientras yo, amasada y cosquilleada, jugaba a ser la víctima dichosa con el cautiverio, colaborando en el prodigio foráneo que me tocaba en suerte. Allí estaba yo, un ser viviente y muriente, un fresco parietal, un

sembradío. Y mi ombligo, redondo y profundo, una tentación fronteriza.

Venus, el encanto mágico, tu nombre es espuma que asciende del mar.

—El Ombligo del Mundo. Lo sé, fue una desconsideración al laborioso Marte dedicar una plática a las sombras asomadas al balcón, pero me invadió la petulancia que es manifestación externa del placer: El ombligo es la puerta de contención que acaba derribada, simboliza el nexo entre la región venérea y la volitiva.

El ombligo de Venus es planta de hojas carnosas y flores amarillentas, pequeñas y colgantes, común en los tejados. El ombligo de Venus es pieza calcárea de ciertos múrices; llevado en sortija, arracada o botón preserva del dolor de cabeza.

—En mi ombligo dio inicio la balada del amor convenido, el ombligo es el origen y el centro del universo, mi ombligo es una poza de la que bebe el apolíneo amador. El ombligo habló con palabras de oráculo a nuestra inducida sordera del destino de los cuerpos enlazados antes de la medianoche. Marte se entretuvo en el ombligo hasta que su promontorio, el trono de Venus, sobrepasó mis prominencias.

Felix conjunctio. Los Poemas de Beuern ensalzan el amor físico. Venérea trabazón. El discurso amoroso de Marte es directo e inmediata su mecánica corporal. El acto sexual es la satisfacción de una necesidad elemental, según Marte el rapsoda. *Sancta simplicitas.*

—A medianoche se eclipsa el fulgor de Venus. El amanecer compuso a imagen y semejanza de las horas previas al fenecer de la pasión el musculado trono de la estrella matutina y la reproducción concertante de estrofas de los Carmina Burana. Con la última sacudida pereza y mutis-

mo, arena y brisa entre el desayuno y el almuerzo. Había en el rostro de Marte una huella de recelo, no le culpo, mis reacciones no se compasan a ningún horario. Pasé buena parte de la mañana de cara al mar, valía la pena aprovechar el balcón, a solas, tendida con la imaginada y paradójica lectura de un ensayo sobre las coincidencias y las oposiciones, practicando el estilo obsequioso para con el amante de la daliniana *Venus que sonrío*, cosa que es posible agradara a Marte pues a él iba dedicada mi sonrisa y el aparejado hartazgo de su efectista manipulación. Pero él no correspondía con la verdad de Venus sino con la mentira de Marte. Me había engañado.

—Te creías más lista que él —dijo el Hombre saltando a la acera.

—No sé.

—Te creías mejor que él.

—No lo sé.

Se anticipó Marte, vaya fiasco.

Es frustrante para Venus.

Cuando sea mayor y tenga dinero

Al tiempo que Susana aceptaba que Marte no pretendía de ella sino lo conseguido en el fin de semana de una noche, Elisa, decidiendo qué ropa de la extendida sobre la cama ponerse para la fiesta, sospechaba que Diego tenía en ella lo que a ratos apetecía de una mujer; eso que su generosidad le proporcionaba a horas convenidas.

La luz del contestador automático parpadeaba un mensaje cuando entró en el piso. Era de su hermano. A Elisa le sentaba fatal que Belo J. tomara al pie de la letra su deseo por aislarse un rato de él y de lo demás; vaya fiasco, qué impertinente respeto.

En el mensaje telefónico el hermano de Elisa recordaba que el sábado por la tarde iría a divertirse con la última serie de videoclips grabados por ella, según lo planeado a mitad de la semana. “¿Seguro?” No se acordaba, y no estaba de humor para fraternidades vespertinas; ya urdiría una excusa después de la fiesta.

La afición a mirar y grabar vídeos musicales le venía de antiguo, cosa de la que se congratulaba su hermano. Yo haré lo mismo cuando viva solo, explicaba a su hermana, de madrugada me pondré delante del televisor, tumbado, comiendo y bebiendo y acompañado si me da la gana; seré feliz el día que tenga mi casa.

—¿Qué sabes tú de la vida en solitario?

—Lo tengo muy claro.

—Sale muy caro.

—Me las apañaré.

—Hay que ser responsable y organizado.

—Me gusta como funciona, libertad y buena compañía, te lo has sabido montar.

—Eres un salido.

Tratados en imagen y sonido de exposición femenina para refocilo de espectadores dispuestos a premiar la realización y la coreografía. Es denigrante, a veces reflexionaba Elisa, pero seguía mirando, grabando y coleccionando, en las madrugadas laborables, con título y fecha. Había aprendido a dormir cinco horas de lunes a viernes, y a amodorrarse en la cama diez los festivos. Es una pasada, un abuso, un insulto, una injuria, protestaba a su monotemática videoteca. Una mierda. Pero su adicción era más fuerte que la repulsa.

Música, modelos, vestuario y contorsión. Me gusta, encomiaba su hermano el dictado de la moda. Coqueterías y artificios. A ellos les gusta, aseveraba Elisa registrando, consintiendo, emulando con toque personal; las mujeres se adelantan a lo que se les pide, no es un esfuerzo, lo hacen porque son mujeres y la mujer sabe vender lo que haga falta al más avisado y al más lerdo de los compradores; si tienen con lo que pagar.

El hermano de Elisa se emboba delante del televisor con las grabaciones que ella le deja. Desde perspectiva opuesta, se supone, uno y otra toman nota del uso que se hace de la mujer y lo que la mujer consigue por actuar a la manera sinuosa y reptante que encela al macho, al tonto y primario macho, al pagador rijoso; en la televisión se enseña mucho truco sexual que llegado el caso sirve para el propósito y complementa el currículum vitae. Elisa se sienta junto a su hermano y mira y compara, para refrescar la memoria, para influir en el mundo de un modo físico: si yo no lo hago por principios o decoro otra lucirá y deslumbrará en mi mundo, la liberación también oprime; y mira

a su hermano con curiosidad periférica, aunque sepa que la adolescencia mide las longitudes y las transparencias con vara plegable. Coñazo de tíos. Pero hay un detalle en el que repara: al chico le va adivinar. Se fija en la indumentaria, por mínima que sea. Aunque, claro está, no desdeña un desnudo parcial y desenfocado.

—Respira, que te congestionas.

—Oye, ¿tú crees que estas tías piden mucho?

—Puede.

Al físico de la mujer lo embellecen los adornos, es una opinión, lo que embellece a la mujer es físico; eso dicen las pupilas del hermano cachondo. La apariencia es un edificio muy sólido, a prueba de vapuleos, sobes y seísmos.

—¿Cómo te gustan más: vestidas o sin ropa?

—¿Cuál es la diferencia?

—Las mujeres desnudas piensan mucho y bien, no lo olvides.

—Si tú lo dices, pero yo creo que desnudas... les falta algo.

Como si algo sustancial destacara menos o casi desapareciera, viene a decir. Un toque de artificio, por ejemplo; un corrector de la naturaleza, una enmienda corporal que garantice la seducción, la neutralidad olfativa al echar el cierre. Sigue y suma.

Gelatina y prótesis. El hermano ya tiene sus preferencias, no quiere cañas quebradizas, dice que paradas le dan asco y venteadas le repugnan. A la adolescencia del hermano se le va la lanza en ristre con las beldades telegénicas, también las parasitarias, le da igual lo que carguen por dentro o si saben cantar, responder, conversar, bailar o moverse. El hermano tiene su criterio ahormado a la moda.

Metido en confesiones y distingos dice a Elisa que cuando sea mayor, un poco más que ahora se comprende,

le pedirá la llave del piso; metido en temperaturas tropicales y suposiciones frívolas le expone que el dinero que gane o que tenga lo gastará con ellas.

—En ellas, lo gastarás en ellas.

Los dos picotean chucherías delante del televisor. Se llevan bien, tienen una buena relación de puertas adentro. A veces, después de los vídeos, hablan de lo primero que se les ocurre bebiendo refrescos de lata.

—Oye, ¿qué es una crisis?, pero no me cuentes rollos.

—¿Estás pasando una crisis?

—No lo sé. ¿En qué se nota? ¿Cuántos años hay que tener para estar en crisis? ¿Los adolescentes somos un problema?

Forma parte del mérito propio estar en crisis, entrar y salir de las crisis, participar de una crisis y de la terapia al uso para remediarla, atajarla o sobrellevarla. Cada edad tiene sus altibajos y su vocabulario. Cada vez las generaciones se espacian menos o se afirman antes, pero mantienen las discrepancias que las han definido en el registro social; porque siempre la pugna acerba, la recreación heterodoxa de mitos, devociones, mareas y resacas, la perpetuación del problema inexistente o real concede audiencia, crédito, espacio y capítulos a los reclamantes.

—Oye, ¿tú crees que soy un problema?

—Para mí no, por ahora.

—Me han dicho que si uno es problemático, vamos, que si tira a rebelde peliculero, tú ya me entiendes, pues que recibe un trato preferente; ya sabes, que se le escucha y se le atiende y todo eso. ¿O no?

—Que le dan lo que pide, te han dicho.

—Claro.

Elisa aconsejó que no lo probara, por si acaso era al revés y quien ella sabía le daba una patada en el culo y le

dejaba sin protección ni patrimonio. Lo mal que lo iba a pasar entonces.

Amores, enroques

Cuatro opciones sobre la cama. Elisa elige despacio. Son vestidos caros, exigentes. “Te alabo el gusto”. ¿Quién se lo había dicho la última vez? Cada uno debe saber lo que mejor le sienta. “Sí, abuela”. Suele comprar ropa con su hermana, de la que ha aprendido a mirarse en el espejo de los probadores, a palpar los tejidos en la tienda, a conservar etiquetas y comprobantes y a reclamar si le asiste la razón del buen cliente. “¿Cuál me pongo?”

No le importa hacer esperar a Susana, al contrario. Que espere Belo J. con la cucharilla del postre, y los demás que también la esperen en la segunda parte de la fiesta. Es viernes, no hay prisa. Fue a la cocina a por una manzana reineta y a pequeños mordiscos que atacaban otra carne se hizo a la nada jugosa ni aromática idea de que hoy todos eran más viejos y egoístas que ayer. “¿Con cuál me quedo?” Tenía que decidirse o enfermar repentinamente. “O tú o tú.”

Que se fijaran en ella.

Que aquella noche la desearan todos.

Que la recibieran como a una diva, con entusiasmo y ovación.

“Aún no me decido.”

Zumo de piña, estirada en el tresillo del comedor. Que espere Susana. No te lo perdono Belo J., lo has hecho ex profeso, empiezo a reconocerte en la faceta del juego fuerte, te has incorporado a la partida en el tablero de las veleidades femeninas, has elegido a posta que fuera una mujer, me has dado jaque, la puntilla. No te lo perdono,

con una novia no se esgrimen armas tan mortíferas. ¿Y si volviera a casa de Diego el ingrato? Encendió el televisor: música, vídeos, coreografías; la lección del maestro de ceremonias.

“Diego, a mí no me puedes hacer esto.” Cierra los ojos.

La disnea de los enamorados, desea Elisa para resarcir su ego. Quisiera sentirse amada hasta el ahogo con la víctima a sus pies, frágil y desbocada.

“Diego, me vengaré de ti.”

Podría inventar una excusa para acabar su relación con Diego, un pretexto inmunizado a las mil tretas del ingenioso apetito. Elisa ya fue tentada hace más de veinte años con el espíritu par. Dos, se sabe, es número de proporción justa y estable.

Tendría que ser una excusa infalible, calcula, sin apelación hasta dentro de muchos años, cuando se produjera el reencuentro.

Es tu maleta, Diego.

Hace mucho que no la levanto del suelo.

Vete, A4AD, te irás temprano mañana.

Nunca te daré las gracias, A2C, alguien despierta esta madrugada.

No hay de qué Diego. O-O.

Me verás pasar cien, mil, un millón de veces. O-O.

Es uno que se va, A3C, murmuraré en la ventana y correré la cortina.

Me llevo la memoria, C3A, y el libro donde se manusciben los acontecimientos que van y vienen.

Me quedo en mi sueño, P3TD, todo lo que existe está aquí. Conmigo.

Ya lo he visto todo, A2D, ya he estado en todas partes. Conmigo.

Guardaré un buen recuerdo de ti Diego, C x C.

Reiré con la boca abierta al acordarme, lejos, muy cerca, A x C.

Tendría que ser la mejor excusa del mundo para que las blancas de Elisa atacaran C x A, y las negras de Diego opusieran a la desesperada R x A; y las blancas remataran con el jaque C5R; y el rey negro izara la bandera de la rendición. Una magnífica excusa haría falta. Y no deseaba buscarla ni encontrarla.

“Me quedo contigo”. Eligió el vestido de gasa color uva albilla.

Elisa pronuncia en silencio el nombre de Diego más a menudo que el de su novio. El número de veces que se cita a una persona es índice de su importancia y valor cualitativo. El nombre de Diego suena mucho en la cabeza y en la intención de Elisa. Tengo excusa, se defiende: Diego es un misterio sabroso y reutilizable. Lo dice sin voz, claro está.

El mal de amores, agonizar de amor, fenecer enamorado. Románticas epidemias en verso. Supone que nadie ha sentido por ella un amor insobornable. Vale, será que no es mujer para tal desmesura, qué se le va a hacer, nadie al jugar lleva encima todas las bazas de triunfo ni al vivir lo cotidiano tantas cartas de recomendación. Elisa hace mucho que prefiere las finezas de contrastada perdurabilidad, contractuales. Los amores apasionados son en esencia breves y violentos, peligrosos e inconvenientes.

“No voy a consentirlo, Diego.”

En la calle hay un hombre que ya se iba

Aparenta dar media vuelta y mira más allá del coche y de su paciente conductora. El Hombre que se había despedido como una ráfaga de aire caliente, se regodea mirando a la clienta que avanza por la acera llenando la noche y los retrovisores que la contemplan.

Guapa se ha puesto Elisa.

Guapa es y guapa viene, leyó Susana el requiebro en los labios del Hombre apegado al instinto como el viento terrenal.

Le dio tiempo a Susana a bajar del coche, saludar con lo primero que acude a la deferencia y abrir la puerta, la contraria, la de la acera. Pero Elisa esta vez no opuso reparo y subió por la ruta que se le ofrecía, con buena cara, con sonrisa elocuente, con publicitaria flexión.

—¿Nos vamos?

—Dame un paseo.

Susana se volvió en cuerpo y fisgoneo hacia la clienta, dominada por un sentimiento apenas cosechado.

—¿Dónde quiere ir?

Elisa disfrutaba del momento, en las alturas, practicando el abaniquo de párpados y atravesando el dedo índice de su mano diestra en los raíles de la boca. Con la yema del dedo acariciaba el tobogán pronunciado entre el labio superior y la estilizada base de una nariz discreta, mimo sensual. Susana estaba descriptiva e incómoda admirando el atrezo y el repertorio de la clienta.

Está guapa y animada Elisa.

—¿Dónde quiere que la lleve?

—Treinta o cuarenta minutos de ciudad, sin alejarnos del centro. Y en silencio.

El Hombre que no acababa de marchar las despidió con el refrescante gorjeo de la ventolina.

La oración por pasiva

Sedución y celosía. Elisa se dejaba admirar a distancia, sin conceder mayores confianzas. La sesera ya no le andaba tan alborotada y su cuerpo ceñía insinuante en el vestido de fiesta.

Por el contrario, Susana sufría el acoso del espía perseguido. Pero no podía hacer más que cumplir con su remunerada obligación conduciendo el coche y las ganas de invertir el tablero y cambiar de bando por calles anchas y avenidas, con mucho semáforo en ámbar y en rojo para mentalizarse de las diferencias y las ocasiones.

“Si yo le pidiera..., si me pusiera..., si tuviera...”

En un cuestionable alarde fantasioso, por la corta distancia y lo prosaico del reclamo, imaginaba un cambio de ropa con la clienta. Cómo reaccionaría la clienta si le propusiera que intercambiaran la apariencia.

Nos metemos en un bar, vamos al aseo y nos cambiamos, sugeriría enfatizando. O paro el coche en una calle con poca luz y yo te doy mi ropa y tú me pasas la tuya. Esta noche, una hora, un rato. Es un juego.

¿Y si Elisa, en efecto, aceptara esa noche ir más lejos, una suplantación de personalidad y circunstancias, un verdadero cambio de identidad y presente?

Yo voy a la fiesta, le propondría Susana, y tú me esperas en... Ya lo pensaremos. Me hago pasar por ti, o digo que tú me envías para que te represente, es la gracia del juego, experimento una parte de tu vida como si yo fuera tú, no un doble alquilado; y luego tú y yo vamos donde nos apetezca hasta que despunte la mañana y te cuento lo que ha

pasado, lo que he vivido y cómo se lo han tomado los demás. ¿Qué te parece? ¿Harías eso por mí, incluso por ti? Es un juego entre dos que no pensaban conocerse, no es más que eso, una vez en la vida.

¿Te he dado permiso para tutearme? ¿No sabes estar en tu sitio? No desbarres, criatura.

Aquella noche, al volante, envidiaba Susana el vestido de Elisa, la ocasión de lucirlo y la compañía destinataria de la conjuntada sofisticación. No le había pasado antes, algo en ella andaba revuelto por dentro y por fuera. Su aspecto corporal, su atavío, su exterioridad, se le antojaron burdos, zafios, de una vulgaridad insultante. La ostentación y el exhibicionismo le arremetían por los flancos, picando espuelas; era una avalancha de ridículo lo que la vapuleaba de semáforo a semáforo, todos en ámbar y en rojo.

“Bueno, ya está bien, a otra cosa.” Era espantoso cómo se le escabullían los ojos hacia el retrovisor. Qué cruel es la libertad. “¡Ya basta!” La clienta tenía la culpa, la estaba provocando, siempre ha de haber un culpable exógeno al que responsabilizar de males, envidias, decepciones y fracasos; candidaturas sobran. Pero se engañaba, y como mujer sin apreturas, además, equivocaba el objetivo.

Con la palma de la mano dio un golpe seco al volante, le salió del alma.

—¿Ocurre algo?

Fatídica reacción de novata.

—Nada, no.

—¿Seguro?

Una excusa y punto y aparte.

—Pensaba en lo que tenía que hacer esta noche.

Pero mentía, y como mujer con arbitrio, además, cedía la iniciativa a la rival. Imperdonable.

El pensamiento nómada

—¿Algo importante? —preguntó Elisa fingiendo interés.

—Bueno..., puede.

—Ya.

Imperdonable. Su agudeza y agilidad mental, sus comentarios mordaces, su voluminoso bagaje de excelentes réplicas y contrarréplicas empapado en vinagre. Susana discontinua, extraviada como aquella mañana de fin de semana recortado con Marte en el hotel de la costa, catatónica como si los sedimentos de los muchos cursos de agua atascaran el desagadero.

“Ya está bien, a otra cosa.”

Ahora le gustaría que el trayecto a ninguna parte durara toda la noche, en un silenciado viaje de círculos concéntricos, con la clienta malhumorada y escondida a su espalda; la vuelta al principio. Susana disfruta conduciendo a cualquier hora porque cree que el movimiento, el físico y el mental, el pedestre y el inducido, la mantiene asilvestrada, y eso es una aspiración en ella; podría callejear al volante hasta el orto solar. En el fondo agradecía a la clienta el paseo, qué lástima que no le hubiera propuesto salir de la ciudad, carretera y manta, cien, doscientos kilómetros a velocidad de crucero, con paradas discrecionales, quinientos kilómetros y despedir a la clienta en el punto de encuentro.

“Es una idea.”

Se animó con la prefiguración de la represalia.

“Es posible.”

Para el pensamiento nómada el movimiento es la norma, en poética sinopsis: las ramas son el árbol, las nubes el cielo, los barcos el mar. Y el mundo —que no es ni lo más ni lo menos importante para el observador condicionado por la observación—, el primer tramo de la escalera hacia el infinito, por la que se camina, trota, brinca o corre según las ansias de conocimiento y la condición física. Supone el viajero o la viajera, que de ambos hay —imaginemos que es una mujer joven, curiosa, acostumbrada a estudiar y documentarse, con notable coeficiente intelectual, de nombre Susana—, supone la viajera que quien se nutre de las fuentes del conocimiento succionando de los caños la materia pedagógica, al cabo del tiempo y el recorrido de peldaños, tropiezos y empujones, dispone de abundantes vituallas y razones para aventurarse por dimensiones y laberintos poco franqueados, vías para esos predecesores que, en idéntica sintonía, apostaron por la novedad en detrimento de profundizar sobre lo hecho y descubierto. Ah —suspiro, parpadeo—, la novedad; menudo reclamo. Es una manera de vivir.

Una manera cívica, generalista y nómada de oponerse a la sedentaria especialización de la clienta. Susana ha encajado mal el reverdecer del instinto; la libertad, se comprueba, tiene sus ramales inconvenientes, imperecederos.

Querría preguntar a la clienta, con reojos al retrovisor frontal, si es capaz de vivir años y años con el protagonismo de una sola persona a su lado, ¡seguro que no!; quisiera espetarle con el coche detenido y el cuerpo vuelto, cómo se puede convivir con una sola idea, exclusiva, excluyente, lineal, uniforme, dogmática, ¡quia! Quisiera echar en cara a Elisa, en corto y por derecho, su adhesión inquebrantable al gran proyecto.

Y que le hubiera despertado la envidia.

Soliviantado el ánimo.

Obstaculizado el análisis.

Y deteriorado el convencimiento.

La observadora de pensamiento nómada —digamos que se llama Susana y que aquella noche estaba trabajando al volante de un vehículo de alquiler, propiedad de la familia—, experimenta con atento y clandestino estudio, voluntario de la cruz a la raya, reforzado con preguntas precedentes y directas; con su análisis pretende habitar en las honduras de la observación para apropiarse o poseer o tomar en préstamo lo que le interesa y en cantidad suficiente, para después seguir a lo suyo, con lo suyo.

Suma y sigue.

La clienta propone

—¿Es importante? —se interesó Elisa.

—¿El qué?

—Lo que tenías que hacer esta noche.

No, sí, puede.

Tenía que hacer lo que estaba haciendo.

Pícara y encandilada, Elisa buscó en el espejo retrovisor.

—Podemos ir.

—Adónde.

—A tomar una copa.

—¿Es lo que desea?

—Me apetece. Mis deseos se escriben y se viven con letra mayúscula. Y ahora dime, ¿es importante?

El censo de los impertinentes

En fin. Qué más da, hoy es un día raro.

Llevó a la clienta al lugar de R. Comodín. Fue un impulso, habría que calificarlo de arrebato, y una equivocación de la que se sabe no cabe huir. Qué se le va a hacer. En el local de R. Comodín las dos —Susana con su gorra de tela y la letanía de los errores evitables por delante— se dejaron seducir por la llovizna de luz incidental; el signo de vida destacado a esa hora de calor espeso residual en el espacio cubierto. Elisa deslizó su mirada por el octaedro de paredes, las perchas, las mesas y las sillas, el suelo enlosado, el techo de bóveda, por el contraste de sombras y luces, voluptuosas nubes, formas vivientes. Quedaron las dos de pie junto al mostrador, en la frontera de ningún país, las dos retiradas del escenario y de la puerta del recinto exterior, el otro mundo refrescado por la inminente madrugada.

Dijo Susana iniciado el paso que ahora venía, dejaba claro que se iba sola, y se dirigió a la puerta del jardín aunque tenía ganas de meterse en el aseo a exonerar de todo líquido la vejiga. Puso su atención Elisa en la gorra y en el andar felino, como de pisar azúcar, de Susana, hasta la puerta y, acto seguido y con maestría, en las miradas fortuitas de los clientes hacia ella, su vestido de seda joyante color entre albo y verdegay y complementos, la prístina Afrodita cortejada en oro. Miradas depuradas antes de acariciar. El viernes se redimía en plácido tránsito hacia el sábado, un alivio.

Los veladores del jardín son cinco, que es número de pentagrama y quintaesencia, con sendos velones y cuatro asientos por mesa que expresan la cuádruple orientación de la imagen del mundo. Es una disposición estética —una interpretación esteticista, en palabras de R. Comodín—, sin otro sentido que el de situar a los visitantes. El agua del estanque, con metafóricas serpientes relampagueando al incidir de la mirada, se remecía artificiosa en su pesebre. En el Universo todo se mueve, todo está animado.

Susana cerró la puerta tras de sí pero no avanzó un paso. Ni una mesa libre, ni un asiento vacío en el recinto exterior. Observa: en el tercer velador hay sentadas dos parejas en animada tertulia, con botella de vino tinto a la mesa. Susana, que ha acopiado dioptrías en la última media hora, descubre a Moncada y a Gámiz; Gámiz con su esposa, Moncada con alguna de buen ver y mal sospechar. Le extraña a Susana tal circunstancia de doble pareja, es un eufemismo cordial; a Susana el cuadro le apuntilla la cerviz, le alborota la sacrificada vejiga y le estrangula la uretra para redondear la faena. Qué raro, querría pensar; pero claro, hoy es un día poco común en el que puede pasar cualquier cosa. Gámiz es hombre casado y padre, es lo que es porque no lo concibe de otro apaño. Pero Moncada alterna derroteros, es hombre soltero en segunda celebrada oportunidad, es un varón adulto y vital sin hijos, lo dice jovial si se le pregunta, sin ganas de reproducirse con simiente compartida ni de multiplicar la especie, sea por contravenir la inercia; dice y repite que a ratos hay cabida en casa propia y ajena, a ratos y momentos. Moncada es libre, con la misma libertad en peso y medida que Susana, y la maldita libertad da muchos disgustos a las partes en liza si uno confía y se descuida a ratos. Vaya fiasco, escupe Susana. Con lo bien que lo pasaban los tres, *Omne*

trium perfectum: toda tríada es perfecta, todas las cosas buenas son tres; Elisa no lo hubiera expresado mejor.

Susana no distingue a Moncada sino a esa mujer al lado, a cuerpo tocante, y los terribles celos que le agitan el canal expeditivo y le desmoronan la esclusa.

La libertad tiene ramales imperecederos, inconvenientes.

Asegura Moncada: “Después de mí se cierra la puerta”, en inflexión de creérselo.

Con la puerta de acceso al recinto exterior cerrada Susana recuerda lo bien que estaban los tres, el velón en medio y la botella en fresco.

Qué bien lo pasaban los tres hablando de lo que se les antojaba.

—No subestiméis a la diosa Libitina, advierte un individuo estatuario que cuida y guarda el jardín cercado y florido para deleite de amantes, enamorados y misántropos. A la hora del crepúsculo, con un perro mestizo y hociudo a la escucha de cuartos traseros, eleva la voz que compasa con indicaciones amaneradas hacia el erial extramuros para ser creído.

—La poética Libitina aparece en el lugar de la muerte. Pero ella es inmortal.

—De la misma pasta inmortal que Venus, nacida de la espuma del mar y del reguero seminal del castrado Urano.

—Ese fue el origen de Afrodita.

—También.

—Venus es una deidad latina antiquísima, pero no pertenecía al elenco de las grandes divinidades romanas.

—Hasta que fue asimilada a la griega Afrodita, de la que tomó personalidad, leyendas y empaque.

—Venus mujer graciosa, bonita, sensual, festejada el primero de abril en la Veneralia. Venus primaveral, cálida, festiva.

—El culto erótico a Venus es todavía más antiguo, distinguido según Platón entre el amor vulgar encarnado por Afrodita Pandemos: hija de Zeus y Dione, la Afrodita Popular; y el amor puro de Afrodita Urania: hija del esperma desparramado de Urano, el Cielo, la Afrodita celestial.

—No subestiméis a Libitina, insiste el vocero desde el suntuoso jardín tapizado de gemas, un tanto afónico debido al relente crepuscular; con un sentido y ladrador perro gozque pegado a los tobillos.

—Hay que gritar, porque la memoria es tan frágil como la voluntad al recordar lo ingrato e inconveniente.

—A saber lo que habrá después. Por eso la vieja Libitina y la joven Venus cultivan el huerto de la vanidosa inmortalidad: flores, templos, sepulturas, donaciones, fieles y sacerdotes, plegarias a sueldo, exvotos, ofrendas y alhajas.

—Memoria para la eternidad.

—Para el polvo cósmico itinerante.

—Para los inmortales de visita en el país del olvido.

—Para los mortales sobre los que se abaten las tormentas al doblar los cabos en sus intrépidas expediciones náuticas a nuevos mundos legendarios.

—Salió mal, se olvida y a otra cosa.

—Si fuera tan fácil.

—Lo es, si ayuda el fuerte viento del Norte que arrastra la nave al ignoto país de los lotófagos. Comiendo la exquisita planta de loto es fácil y nutritivo, un delicioso alimento el loto blanco y también el azul. Quien ingiere loto con fe y prudencia, con higiene profiláctica y modales cortesanos, olvida lo que quiere olvidar. Es, digamos, anes-

tesia de pesares y afrentas por tiempo regulado; es, pues, elixir de la felicidad. El que se excede, sin embargo, paga la intoxicación: se olvida de lo humano y lo divino, de lo habido y lo por haber, de lo que fue, es y podría ser. Digamos que es peor el remedio que la enfermedad. No hay que llegar a ese extremo para corregir una humana equivocación.

—No subestiméis a Libitina, proclama a los humanos de ayer y hoy el lampiño guardián del templo y las sepulturas desde un montículo pelado por mor de la ambientación; con un perro lucharniego, adiestrado para la caza nocturna, husmeando entre las raíces expuestas de un árbol maduro y solitario calcinado por el rayo.

—La diosa Libitina, en la etimología divinal antecesora de Venus, vela las obligaciones de los vivos para con los muertos, y guarda en el Bosque Sagrado —emplazado al sur del Ombligo del Mundo y en perpendicular a éste, en una gruta húmeda y cálida de dilatada recepción con recóndita laguna de agua emboscada donde titilan los iris de los seguidores clasificados por colores—, en el santuario del Bosque Sagrado guarda el portentoso ingenio reformador de destinos.

—Que es uno de los mayores anhelos de la humanidad.

—Otro de los mayores anhelos de la humanidad es el de bautizar hechos y objetos para sentirlos vivos y catalogados.

—Es la manera de atribuir a las cosas un principio creador y un destino ineludible. Vamos, que así se juega a ser Dios.

—Son unos plastas los mortales con su afán clasificador.

—Dan mal sosiego al espíritu y ajetrean las emociones.

—Los humanos somos estúpidos al cargar con accesorios y tribulaciones inútiles, pero cuán laborioso y casi siempre árido es trabar la protervia taxonómica.

—De casta le viene al galgo.

—De tal palo tal astilla.

—Fiémonos de los tipos que guarnecen su individualidad con relaciones a la carta y el talento con pizcas amargas, cínicas y alanceadoras contra uno y todo.

—¿Y eso?

—Embozados y a socapa viajan en fila india justos y pecadores, crédulos, creyentes, agnósticos, ácratas y nihilistas, al santuario del Bosque Sagrado a rendir pleitesía a la diosa y, como quien no quiere pero tampoco lo evita, a rogar auxilio al milagroso dispositivo de rectificación — botón o interruptor— que devuelve al peregrino a una situación precedente, sea para obviarla o para vivirla a conveniencia.

—¿Cuántos de los nuestros moran en el reflejo irisado de las aguas mágicas? ¿Cuántos de los nuestros han inmortalizado sus señas en el Panteón de la Divina? De los nuestros, sólo de los nuestros que hayan hollado la Entraña y asistido al Fenómeno quiero la información.

—Según fuentes desecadas en la remota Antigüedad, las instrucciones de funcionamiento para activar y desactivar el prodigio transformador son simples y sinónimas: apretar, soltar; bajar, subir; oprimir, liberar.

—Pudiera ser cierto, por qué no.

—No subestiméis a Libitina, salmodia de anochecida el guardés del penúltimo secreto, purgando un parterre de siemprevivas que atemoriza un perro gastador, tragón y de pata retozona.

—Imposible llegar al final. El último peldaño de la infinita escalera, al igual que el último secreto de la inabarcable saga, no existe.

—En algún lugar, allende o aquende, empieza y acaba la Historia.

—Y la numeración: de 0 a cero.

—En los Gabinetes de Curiosidades y Maravillas, feliz el que encuentra uno, se juegan partidas doctrinales con número impar de ilusionistas, se pinta con palabras, se escucha el arte que emite a bajo volumen, se duerme con los orificios descongestionados y se come con poca sal.

—En los Gabinetes de Curiosidades y Maravillas, alguno queda inexplorado sobre la faz de la Tierra, las muertes de ficción o las sugeridas por imágenes ideadas para el entretenimiento impresionan más que la muerte real, certificada por personal cualificado. Es otra muerte la ficticia; es una muerte decidida para llagar el alma sensiblera del espectador, sin compensaciones.

—Desde los Gabinetes de Curiosidades y Maravillas parten alfombras de crujidera hojarasca que conducen al romero y al errabundo, sin fatiga ni desmayo, hasta la fémina laguna de agua emboscada y mineralización muy débil que sacia apetitos.

—A gustar de los cambios.

—Las personas no cambian, mentira. A medida que cumplimos años, deshojamos flores apisonadas y recontamos experiencias nos convencemos de ser como somos, dispuestos o resignados a ser como venimos siendo, de todo hay, y acabamos apostando por lo que nunca dejaremos de ser vengan de cara todas las opciones antaño amputadas.

—Sí, de todo hay: los que opinan y los que se limitan a regurgitar.

—No subestiméis a Libitina ni al sentido común llamado el buen sentido cuando previene de la paradójica semejanza entre los diferentes, recita el bardo custodio. La docta y quizá a su pesar obligada Libitina ordena la conservación de su acendrado jardín desparasitándolo de animales y vegetales mustios.

—La lozanía es perecedera.

—La antiquísima Libitina, cuyo nombre suscita errónea pasión, dijo a Venus: “Yo fui antes. Yo soy antes que tú”. Venus replicona, sin ánimo de ofender a la vetusta diosa, opuso con muy experimentada candorosa voz: “Yo soy ahora. Yo seré después que tú”.

La inmortalidad quiere ser una partida abierta entre el jugador y su destino, una historia sin principio ni final con varios biógrafos en la grada; no quiere ser un libro que se agote en su lectura o en el título, porque estos libros acaban en el vertedero municipal; quiere ser un libro que se lee a tramos una vez leído, que se guarda y venera, consulta y curiosear, y un día —que nunca será un día cualquiera— se regala o quema.

Acaso sea cierto que la inmortalidad es un castigo que manda envejecer en la misma celda de milenio en milenio: cana a cana, arruga a arruga, mácula a mácula; un aburrimiento crónico. Por qué no.

La verdad y la muerte no suelen encontrarse en la opinión de la mayoría, es un decir anónimo.

Un susto

No era Moncada. Respiro.

Susana, que sin más dilación tenía que aliviarse del apretón fisiológico, al dar media vuelta para salir a escape hacia el aseo se topó con la clienta, con la bella luciérnaga y el rumoroso mantón de escolta.

—¿Ha venido?

Elisa había echado el ojo a la doble pareja, coincidencia femenina.

—No he quedado con nadie.

Susana dejó a la clienta con esa y otras dudas en el jardín, para que los sátiros rapiegos con careta y acento vaporizado se cernieran sobre ella.

“¿Viene Diego aquí? ¿Es Diego ese tipo que ríe las ocurrencias de... su amiga? ¿Estará Diego con otra? ¿Tendrá Belo J. a otra? No voy a consentirlo.”

Burbujas

Hay noches en que los animales racionales sentimos de modo diferente sin que en apariencia suceda nada especial a nuestro alrededor.

Hay noches —como aquella sobre la que tanto se ha insistido— de primavera tardía, de bochorno climático y agobio físico y mental, que empiezan y acaban con las dos jugadoras, sus equipajes de mano y sus afectos en la misma casilla; porque así pinta este juego.

—¿Dónde vamos? —preguntó Susana desde el asiento del conductor, seria, mohína y con la gorra puesta, indiferente al retrato en el retrovisor; percutiendo con los nudillos en su mascota para despertarla de una siesta excesiva.

—Ya sabes.

Susana colocó a la perezosa mascota en el asiento contiguo describiendo un arco magnificado; la clienta, ya hecha a la idea de reincorporarse a su estilo de vida, hizo caso omiso de la teatralidad y del objeto.

“Por supuesto que lo sé.”

Susana conduce despacio y con la radio emitiendo noticias en volumen de audición individual, porque quiere informarse de lo que pasa en el mundo; porque cada hora de día y de noche ocurren cosas, triviales y de relleno algunas, la mayoría, insulsas por machaconas las de actualidad —exprimidas en versiones hasta el hollejo—, importantes también las hay, muy importantes y definitorias a veces porque afectan a la conciencia y alteran la percepción de lo cotidiano; son informaciones, todas, que con-

viene conocer e interiorizar por lo que para uno y el resto representan.

Sucedan muchas cosas a lo largo del día, si uno se dedica a repasarlas. Y también, y en cascada, en tres horas de servicio ambulatorio. Sin embargo, uno puede llegar a creer que pase lo que pase, bueno, regular o malo, trivial, insulso, repetido o importante, nunca pasa nada. Nada que detenga el curso de la vida; la vida en sentido genérico, universal.

Todo gira, todo fluye.

La Primera Ley del Sentido Común versifica la perenne animación de los elementos que pueblan el Universo; y sentencia que las más de las veces, por querencia, desánimo o hipnótica rutina, los individuos y jugadoras acaban después donde antes empezaron.

“Claro que lo sé.”

A veces en las historias particulares, en su lectura entre líneas y también en una rápida traslación sentimental, se circula del efecto a la causa. Por extensión: conduciendo el coche de alquiler con una clienta a la que se debe satisfacer en sus demandas, aunque haya que prescindir de las direcciones jerarquizadas por el contratante y pagador y anotadas en cartulina de color ámbar, aunque haya que recurrir al arte adivinatorio con el consiguiente y grave riesgo a equivocarse, conviene circular hacia el origen en condiciones óptimas, a velocidad permitida, respetando las señales y la luminotecnia de los semáforos. Con guiños a la mascota. Con la gorra puesta. Con la radio informando de los sucesos del día.

Disco en rojo.

Pies fisgones, balcones parlanchines; manos de enormes palmas y dedos cortos y gruesos que transportan a los peatones de una acera a la otra; hábiles camareros por-

tando sus bandejas con raciones de ojos, orejas, lenguas y narices; olear ciudadano de tenue convexidad; saludos cordiales de quien les habla.

Largo disco en rojo y verde.

Actúan en traje de calle; son dos, encima y debajo, vivos y muertos, promiscuos; interpretan del verde esperanza al rojo pasión, del verde ansia, desenfreno, sacudidas, ahora voy, no te apartes, al rojo derrame, cumplido, ha estado bien, lo hemos conseguido; rojizo pavoneo en el ático, verdosa recarga en la trinchera; vuelta a empezar con la transición de colores previa a la transición entre actos que simulan la vida cotidiana.

Hay luz en el Azul Privilegio.

“Ya sabes el camino.”

Es un juego.

“Faltaba más.”

La clienta no comprende. Critica a Susana porque no ha acertado con la tercera dirección. A Elisa la esperan en una fiesta donde los afanes concurren en número par. Susana dice que la dirección es correcta y rompe la cartulina de color ámbar.

La planta octava del Azul Privilegio duerme, así parece.

Susana propone a la clienta un juego. Le dice que coja el volante y conduzca a placer como si el coche fuera suyo; le dice que ella permanecerá sentada detrás con la boca cerrada y la tarifa congelada; le dice que no se prive y que la lleve donde quiera. Como si fuera un juego.

Es un juego, insiste Susana, atrévete; ahora ya la tutea. Pero Elisa se niega, esgrime con donaire y con razón que ella da las órdenes y es a ella a quien hay que conducir. Susana confirma la dirección, la del Azul Privilegio, dice que es la única que tiene.

Es un juego, supone Elisa. Abre el bolso y conecta su teléfono móvil.

Blancas mueven: D3A; negras mueven: A2D.

Todo en el Universo se mueve.

Elisa cree que el mundo, este viernes, se ha vuelto loco.

Susana cree que el mundo, hoy, es más hipócrita y cobarde.

Elisa quiere saber cuánto va a durar la pantomima.

Susana quiere saber qué es lo más importante para la clienta: lo que hace o lo que quisiera hacer.

Todo en el Universo es cambiante.

En el buzón de voz de Elisa hay mensajes, un alivio.

Me gustaría dar un paseo por el edificio, dijo Susana. Bajó del coche y se aproximó al vestíbulo del Azul Privilegio.

Elisa oprimió el botón que posibilita el cambio de una situación a otra y luego, elegante y firme sobre el escenario, abandonó el coche y cualquier vestigio de azar.

—Vamos dentro.

—Yo me quedo.

—¿Ves lo mismo que yo? —preguntó Susana con la mirada alta.

—Seguramente no.

—Son dos y caen despacio, no quieren llegar al suelo. Burbujas.

—Es aire, el aire de la noche; eso es lo que yo veo.

Blancas mueven: D3A; negras mueven: T4R.

—Enséñame el edificio por dentro. Enséñame tu despacho. Quiero sentirme encastada. Quiero bailar al son de los integrados.

—No atiando consultas fuera de agenda.

Susana señaló a brazo extendido el Azul Privilegio.

—Si me dices lo que buscas te ayudaré a encontrarlo antes del amanecer —se ofreció.

—Yo no busco, niña. Yo tengo.

Tablas.

Susana asintió con la cabeza, estaban jugando, era un juego. Alguna vez la novedad fue nueva, apetecible. Por la esquina apareció un taxi. Susana dio unos pasos de baile, sopló a una de las burbujas para que remontara el vuelo hasta la octava planta del Azul Privilegio y pidió a la clienta que le enseñara su despacho y en un momento el ambiente directivo. Un taxi vació circulando muy despacio.

Con la gorra puesta, la voz melosa y una burbuja entre los dedos la indiscreta Susana.

EL BOTÓN MÁGICO DE LA DIOSA

Libitina y Venus no comparten la misma sensibilidad. El relato que de Venus ha hecho Libitina es el de una cortesana.

—Dibujan mal tus palabras, mujer —protesta Venus.

—Iconografía de mobiliario y afeites, niña.

Libitina, en su aposento, avienta la Llama del Origen.

Venus postula para sanear la ponzoña en algunos capítulos de la predicción. Y, ya puestos, idea un decorado que engalane a su favor los espejos en que Velázquez, Tiziano y Tiépolo, desde las respectivas ópticas, la inmortalizaron reflejada.

—Dime, ¿quién soy yo? —reta en el concepto a Libitina.

—Nadie sin mí.

Venus alardea sus encantos. La categórica frase de la venerable Libitina no ha de incidir en el presente ni heredar el futuro.

—No te creo.

Hoy es día de fiesta.

—Tú eres una creación lúdica, eres una circunstancia divisa, la consecuencia de una plasmación simbólica: Venus pasión, Venus deseo, Venus propaganda.

Libitina, la egregia deidad que preserva a los inmortales del humano expolio, antecesora en epíteto de Venus, entiendo mucho de codicias y soflamas terrenales.

Venus ensortija mechones de su luenga cabellera, suspira, murmura, elogia a la hacendosa Libitina.

—Nos parecemos tú y yo —dice. Y avanza un paso fisgador, uno más, y otro.

Libitina desciñe los velos que la ondean y las fíbulas de su túnica palmada que despide con acierto sobre las cuatro columnas recamadas de mirra, pámpano y adormidera que circunvalan la Sagrada Llama del Origen. Libitina es mujer tan inmortal y fue tan deseada como su sucesora la re-lamida Venus.

—Nos parecemos tú y yo —repite la joven, bella y apetecida Venus bamboleando los pronombres.

—Tú y yo somos muy diferentes, niña. Recuerda mi ascendencia y autoridad; recuerda tu pasado hortelano. Eres de fácil olvido, niña. Yo, la diosa Libitina, soy antes que tú. Yo te he concedido la inmortalidad, una figurita de terracota para alegría de arqueólogos y hornacina en el panteón a tamaño natural. Yo cuido que las flores del jardín no se marchiten con las sequías prolongadas ni se ajen por los rasguños impíos de tormentas polvorosas.

—El jardín de Venus en flor, siempre renovado con brotes y yemas. Venus la perdurable doncella que rechaza la esclavitud pasional. Gracias, muchas gracias, si es que a ti debo mi majestad.

—A mí y a mi jardín —corrige Libitina—. A mis botones. Antes que tú soy yo. Te llevo mucha ventaja en todas las vidas, en todos los mundos y en todos los artificios.

El jardín de Libitina está esmaltado de flores y frutos. En este jardín, cuando la diosa así lo dispone, sopla el viento de los delirios que trueca el culto en fiesta, la solemnidad se confunde con la emoción y el sacrificio con la liviana penitencia en el deglutir de manjares y la santificación de los placeres, vividos, imaginados o contados por riguroso turno de escalafón.

Venus quiere saber más. A Venus se le ha renovado el apetito indagador y una picazón siempre bienvenida.

—Diosa Libitina, ¿qué cobijas en el santuario?

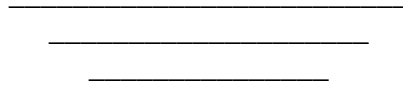
Un cosquilleo acariciador donde conviene, apetece y gusta.

—Dime, excelsa modista: ¿Qué se excita fervorosamente en tu altar ígneo?

Es la Celebración de las Flores Encendidas, durante el tránsito de Venus a Saturno, en el jardín de Libitina, vigilado por cuatro perros de aguas que ladran las horas y los cuartos y la sucesión de platos a la mesa para los numerosos asistentes.

—Dime, y no te hagas de rogar, diestra Libitina: ¿Qué frotas primorosamente? ¿Tendré alguna vez tu pericia?, dime. Concédeme esta otra inmortalidad, comparte tu sabiduría, divina maestra. Para no recaer en el olvido, para no quedar a expensas de otros poderes y otras voluntades.

Al unísono y con el ladrido bien temperado anuncian el comienzo de la fiesta las mascotas de pelo blanco y negro.



Primera edición: 2003

Segunda edición: 2015

ISBN: 978-84-933264-4-9

Depósito legal: 5.216-2015M

